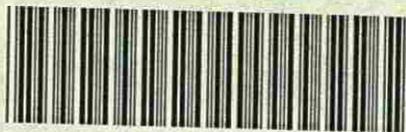
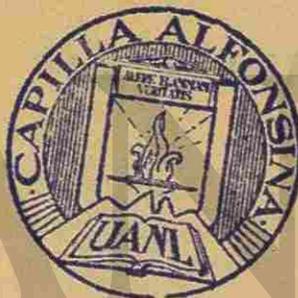
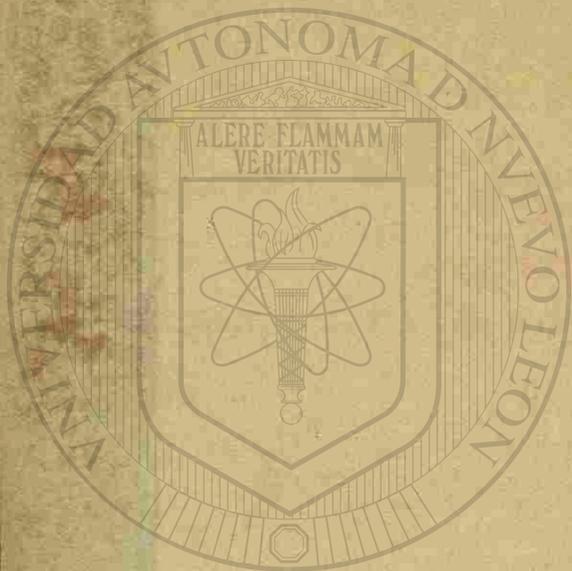


CIC



1020026897

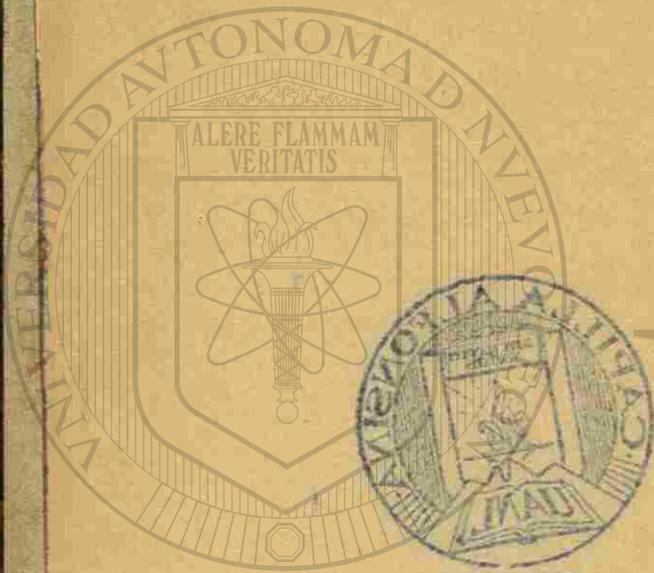


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA RALEA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Emilio Zola

LA RALEA

(LA CURÉE)

Traducción de

EMILIO M. MARTINEZ

Tomo II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

101162

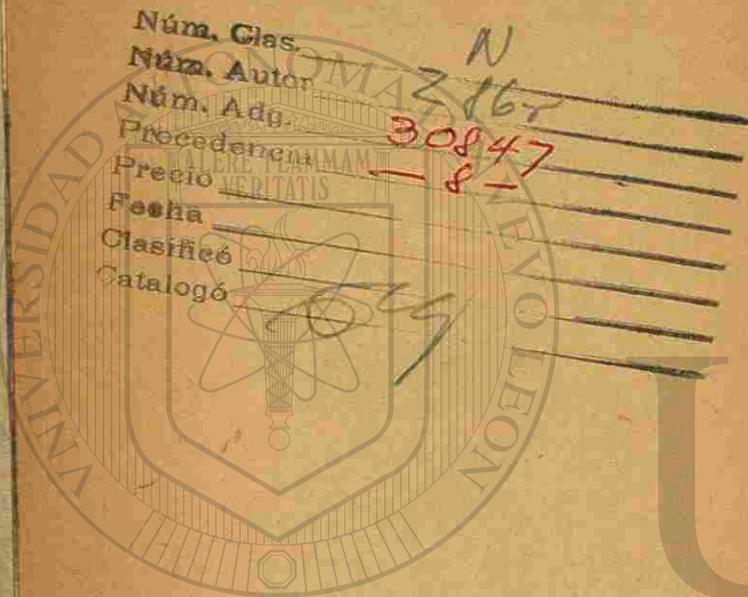
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

JUAN DE GASSO - EDITOR - Sucesor de GASSÓ HERMANOS
Santa Teresa, 4 y 6 - BARCELONA

30847

Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adq. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

N
30847
- 8 -



843
Z.

PQ 2499

C98

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. M.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

51808

IV

El deseo franco y ardiente que había subido al corazón de Renata, en los embriagadores perfumes de la estufa, mientras que Máximo y Luisa se reían en un confidente del saloncito botón de oro, pareció desvanecerse como una pesadilla de que tan sólo queda un vago estremecimiento. La joven había conservado toda la noche en los labios el amargor del tanghin; al sentir el escozor de aquella hoja maldita, parecía que una boca de fuego se posaba sobre la suya, y le encendía un amor devorador. Luego aquella boca huía de ella y su ensueño se anegaba en las gigantescas oleadas de obscuridad que rodaban sobre ella.

Durmió un poco por la mañana y cuando despertó se creyó enferma. Mandó correr las cortinas, habló a su médico de náuseas y de dolores de cabeza, y se negó en absoluto a salir durante dos días. Y como se tuviese por asediada, condenó la puerta de su habitación. Máximo fué inútilmente a llamar. El joven no dormía en su hotel para disponer con más libertad de su habitación; por lo demás, llevaba la vida más nómada que darse puede, habitando en las nuevas casas de su padre, eligiendo el piso que más era de su agrado, mudándose cada mes, a menudo

por capricho y a veces por dejar la habitación a inquilinos formales. Y se ponía a secar la humedad de los enyesados en compañía de cualquier querida. Acostumbrado a los caprichos de su madrastra, fingió una gran compasión y subió cuatro veces al día para pedir noticias suyas, con semblante compungido, con la sola idea de hacerla rabiarse. El tercer día la encontró en el saloncito, rosada, sonriente, con aspecto tranquilo y reposado.

—Y bien, ¿te has divertido mucho con Celeste? —le preguntó aludiendo a la interminable conversación que acababa de tener con su doncella.

—Sí, —le contestó; —es una muchacha que vale un mundo. Siempre tiene las manos heladas; me las ponía en la frente y calmaba un poco mi pobre cabeza.

—¡Pues entonces, es un remedio esa muchacha! —exclamó el joven. —Si alguna vez tuviese la desgracia de enamorarme, ya me la prestarías, ¿verdad? para que me pusiese ambas manos sobre el corazón.

Estuvieron bromeando, y luego hicieron en el Bois su paseo de costumbre. Transcurrieron quince días. Renata se había lanzado con más locura que nunca a su vida de visiteo y de bailes; parecía que su cabeza se hubiese vuelto a trastornar y no volvía a quejarse de lasitud ni de aburrimiento. Habriase dicho tan sólo que había tenido alguna caída secreta, de la que no hablaba, pero que a confesar venía, mediante un desprecio más marcado hacia ella misma y por una depravación más peligrosa aun en sus caprichos de gran mundana. Una tarde confesó a Máximo que se perecía por ir a un baile que Blanca Muller, actriz en boga, daba a las princesas de bastidores y a las reinas de vida ambigua. Aquella confesión sorprendió y hasta dejó per-

plejo al joven, que por cierto no abrigaba grandes escrúpulos. Quiso catequizar a su madrastra: en realidad, aquel no era su sitio, en donde, por lo demás, nada vería de gracioso ni de divertido. Además, si llegaba a ser conocida, se armaría el gran escándalo. A todas estas juiciosas razones, ella juntaba las manos en ademán de súplica y sonriente.

—Vamos, mi querido Maximito, sé amable. Lo quiero... Me pondré un dominó muy obscuro, y no haremos más que atravesar los salones.

Cuando Máximo, que acababa siempre por ceder, y que habría llevado a su madrastra a todos los lugares visitados de París por poco que ella se lo hubiese rogado, consintió en llevarla al baile de Blanca Muller, batió palmas como el niño a quien se concede una diversión inesperada.

—¡Ah! qué amable eres! —le dijo. —Es para mañana, ¿no es así? Ven por mí muy temprano. Quiero ver llegar a aquellas señoras. Me las irás nombrando y nos divertiremos de lo lindo...

Reflexionó y agregó después:

—No, no vengas. Me esperarás en un fiacre en el bulevar Malesherbes. Yo saldré por el jardín.

Aquel misterio era un excitante aperitivo que añadía a su escapatoria; un sencillo refinamiento de goce, pues habría salido a media noche por la puerta principal, sin que su marido hubiese tan siquiera asomado la cabeza a la ventana.

Al día siguiente, después de haber recomendado a Celeste que la esperara, atravesó con los repeluznos de un gran miedo las negruras del parque Monceaux. Saccard se había valido de las buenas relaciones que mantenía en el Ayuntamiento para que se le facilitara la llave de un portillo del parque, y Renata, por su parte, quiso tener otra. A pique estuvo de perderse, y no dió con el fiacre sino merced a los dos amarillos

ojos de las linternas. En aquella época el bulevar Maiesherbes, apenas terminado, era todavía, por la noche, una verdadera soledad. La joven se deslizó en el coche, muy conmovida y latándole el corazón deliciosamente, como si hubiese acudido a alguna cita de amor. Máximo, con toda filosofía, fumaba, medio dormido, en un rincón del fiacre. Quiso tirar el cigarro, pero ella se lo impidió, y al tratar de sujetarle el brazo, en plena obscuridad, púsole la mano en pleno rostro, lo que a los dos divirtió en extremo.

—Ya te he dicho que me gusta el olor del tabaco,—exclamó.—No lo tires. A más de que esta noche la echamos de calaveras... Soy un hombre, para que lo sepas.

El bulevar no estaba aún alumbrado. Mientras que el fiacre bajaba hacia la Magdalena, reinaba tan gran obscuridad en el coche que no se podían ver. A veces, cuando el joven llevaba el cigarro a los labios, un punto rojo interrumpía las densas tinieblas. Aquel puntito rojo interesaba a Renata. Máximo, medio cubierto por la oleada del dominó de raso negro que llenaba el interior del carruaje, continuaba fumando en silencio, en actitud de fastidio. La verdad era que el capricho de su madrastra acababa de impedirle que fuera al café Inglés en pos de una caterva de damas, resueltas a empezar y a terminar allí el baile de Blanca Muller. Estaba malhumorado, y ella adivinó su enfurruñamiento en la sombra.

—¿Acaso no te sientes bien?—le preguntó.

—No, tengo frío,—le contestó.

—Pues mira, yo estoy que ardo. Me parece que aquí se ahoga una... Pon un extremo de mis faldas sobre tus rodillas.

—¡Oh! tus faldas—murmuró con mal humor,—me llegan hasta los ojos.

Aquella frase le hizo reír a él mismo y poco

a poco se fué animando. Renata le contó el miedo que acababa de pasar en el parque Monceaux, y a continuación le confesó uno de sus otros deseos; habría querido hacer, durante la noche, en el lago del parque, un paseo en la barca que veía desde sus ventanas y que se encontraba amarrada a la orilla de una avenida. A Máximo le pareció que se volvía elegiaca. El fiacre continuaba rodando, y la obscuridad seguía intensa; inclinábanse el uno al otro para oírse en medio del ruido de las ruedas, rozándose con la mirada y sintiendo a veces su tibio aliento cuando se acercaban demasiado. Y, a intervalos regulares, el cigarro de Máximo se avivaba, manchaba la sombra de rojo, lanzando un relámpago pálido y rizado al rostro de Renata. Vista a tan rápido fulgor aparecía encantadora, en tal medida que el joven se sintió sorprendido.

—¡Oh, oh!—exclamó,—parece que estamos muy linda esta noche, querida mamá... Veamos un instante.

Se acercó a la boca un cigarro y atrajo precipitadamente algunas bocanadas. Renata, en su rincón, se encontró iluminada con claridad tibia y como jadeante. Se había echado un poco atrás el capuchón y su cabeza, cubierta con una nube de ricitos, adornada con una sencilla cinta azul, se asemejaba a la de un verdadero pilluelo, por encima del gran dominó de raso negro que le subía hasta la garganta. Le parecía muy chusco aquello de verse así contemplada y admirada a la claridad de un cigarro. Echábase atrás con ligeras risitas, mientras que él agregaba con gravedad cómica:

—¡Diantre! va a ser preciso que vele por ti, si es que quiero devolverte sana y salva a mi padre.

En esto el fiacre daba la vuelta a la Magdalena y se internaba en los bulevares. Llenóse allí de claridades movibles, con el reflejo de las tien-

das cuyos aparadores fulguraban. Blanca Muller habitaba a dos pasos de allí, una de las nuevas casas que se han edificado en los terrenos levantados de la calle Basse-du-Rempart. Todavía no había más que unos cuantos coches a la puerta. Apenas eran las diez. Máximo quería dar una vuelta por los bulevares, esperar una hora; pero Renata, cuya curiosidad se despertaba, dijo claramente que iba a subir sola si él no la acompañaba. La siguió y se regocijó en gran manera al ver allá arriba más gente de la que habría creído. La joven se había puesto el antifaz. Del brazo de Máximo, a quien en voz baja daba órdenes terminantes, dócilmente obedecidas, escudriñaba todas las habitaciones, levantaba las antepuertas, examinaba el mueblaje, y hasta habría ido a registrar los cajones si no hubiese temido ser vista. La casa, puesta con gran lujo, tenía, no obstante, rincones de bohemia, en donde se traslucía la comiquería de la legua. Allí era sobre todo en donde las sonrosadas narices de Renata se estremecían y en donde obligaba a su acompañante a andar muy despacio, para no perder nada de las cosas ni de sus olores. Detúvose en particular en un gabinete de tocado, dejado de par en par abierto por Blanca Muller, la cual, cuando recibía, entregaba a sus convidados hasta su alcoba, en donde se apartaba la cama para colocar mesas de juego. Pero el gabinete no le satisfizo; parecióle vulgar y hasta un tanto sucio, con su alfombra que las puntas de cigarro habían acerbado de pequeñas quemaduras redondas, y con sus colgaduras de seda azul, sucias de pomada y moteadas con salpicaduras de jabón. Después, cuando hubo inspeccionado las habitaciones y fijado los menores detalles en la memoria, para describirlos después a sus íntimas, pasó a la revista de los personajes. A los hombres los conocía; en su mayor parte eran los mismos ban-

queros, los mismos políticos, los mismos jóvenes vividores que asistían a sus jueves. Creía hallarse a veces en su salón, cuando se encontraba en presencia de un grupo de trajes negros, sonrientes, que el día anterior ostentaban en su casa la misma sonrisa al hablar de la marquesa de Espanet o de la rubia señora de Haffner. Y cuando miraba a las mujeres, la ilusión no cesaba por completo. Laura de Aurigny iba de amarillo como Susana Haffner, y Blanca Muller llevaba, como Adelina de Espanet, un vestido blanco escotado hasta la mitad de la espalda. Máximo, por último, le suplicó y determinó entonces sentarse a su lado en un confidente. Así permanecieron unos instantes, el joven bostezando y ella preguntándole los nombres de aquellas señoras, desnudándolas con la mirada y contando los metros de encaje que llevaban alrededor de sus vestidos. Al verla sumida en tan grave estudio, el joven acabó por tocar soleta, obedeciendo a la llamada que Laura de Aurigny le hacía con la mano. Se puso a gastar bromas acerca de la dama que llevaba del brazo, y luego le hizo jurar que iría, allá a la una, a reunirse con ellas al café Inglés.

—Tu padre será de la partida, le dijo en el momento en que se dirigía a Renata.

Esta se encontraba rodeada de un grupo de mujeres que reían estrepitosamente, mientras que el señor de Saffré se había aprovechado del sitio dejado libre por Máximo para deslizarse a su lado y descogarse con galanterías de cochero. Luego el señor de Saffré y las mujeres, toda aquella turba se puso a gritar y a darse golpes en los muslos, tanto y tan bien que Renata, con los oídos destrozados y bostezando a su vez, se levantó diciendo a su compañero:

—Vámonos; son demasiado bestias.

Al salir ellos, entró el señor de Mussy. Pareció entusiasmado al encontrar a Máximo, y sin

fijar la atención en la mujer enmascarada que estaba con él:

—¡Ay, amigo mío!—murmuró con lánguido acento,—me acarrearé la muerte. Sé que se va restableciendo, y, no obstante, me cierra siempre la puerta. Dígame usted que me ha visto con lágrimas en los ojos.

—Viva usted tranquilo, que se hará el encargo de usted—dijo el joven con especial sonrisa.

Y, ya en la escalera, prosiguió:

—Y bien, querida mamá, ¿no te ha enternecido ese pobre muchacho?

Renata se encogió de hombros, sin contestar. Una vez abajo, en la acera, se detuvo antes de subir al fiacre que les había esperado, mirando con vacilación hacia el lado de la Magdalena y al del bulevar de los Italianos. Apenas eran las once y media, y en el bulevar reinaba todavía gran animación.

—Vámonos a casa,—murmuró con sentimiento.

—A menos que no quieras recorrer unos instantes los bulevares en coche—contestó Máximo.

Renata aceptó. Su gozo de mujer curiosa tomaba mal sesgo y se desesperaba al volver por tal modo a su casa con una ilusión menos y con un amago de jaqueca. Por mucho tiempo había abrigado la creencia de que un baile de actrices sería de lo más divertido. La primavera, como acontece a veces en los últimos días de octubre, parecía que había vuelto; la noche ofrecía tibiezas de mayo, y los breves estremecimientos fríos que pasaban impregnaban la atmósfera de alegría más intensa. Renata, asomada a la portezuela, permanecía silenciosa, mirando la multitud, los cafés, los restaurantes, cuya interminable fila parecía correr delante de ella. Habíase quedado completamente seria, perdida en el fondo de esos anhelos vagos de que se alimentan los ensueños

de las mujeres. Aquella ancha acera, barrida por las faldas de las muchachas y en que las botas de los hombres resonaban con cierta familiaridad, aquel asfalto gris por el que parecía pasar el galope de los placeres y de los amores fáciles, despertaban sus adormecidos deseos, haciéndole olvidar aquel baile estúpido de donde salía, para dejarle entrever otras alegrías de gusto más elevado. En las ventanas de los gabinetes de Brévant, distinguió sombras de mujeres que se destacaban en la blancura de los cortinajes. Y Máximo le refirió una muy escabrosa historia referente a un marido engañado que por tal manera había sorprendido tras de una cortina, la sombra de su mujer en flagrante delito con la sombra de un amante. Renata apenas le escuchaba, y él se regocijó, concluyendo por cogerle las manos, para hacerle rabiarse, hablándole de aquel pobre señor de Mussy.

Al volver y al pasar de nuevo por delante de Brévant:

—¿Sabes—le dijo de repente—que el señor de Saffré me ha invitado a cenar esta noche?

—¡Oh! habrías comido mal—replicó él riendo.—Saffré carece de la menor idea culinaria. Está todavía por la ensalada de cangrejo.

—No, no; habló de ostras y de perdigones flambrés... Pero se puso a tutearme, y esto me disgustó.

Callóse, miró al bulevar y agregó tras de breve silencio y con desolado acento:

—Lo peor es que tengo un hambre feroz.

—¿Qué tienes hambre?—exclamó el joven.—Pues es muy sencillo; nos vamos a cenar juntos... ¿Lo quieres?

Dijo aquello con naturalidad; mas ella empezó por negarse, asegurando que Celeste le tenía preparada una cena en el hotel. No obstante, no queriendo ir al café Inglés, Máximo mandó pa-

rar el coche en la esquina de la calle Le Pelletier, ante el restaurant del café Riche; ya había bajado, mas como viese que su madrastra seguía vacilando:

—Después de todo — agregó, — si tienes miedo de que yo te comprometa, dilo... Subiré al pescante al lado del cochero y te llevaré a tu marido.

Renata se sonrió y bajó del fiacre con trazas de pajarito que teme mojarse las patas. Sentíase radiante de alegría. La acera aquella, que sentía bajo sus plantas, le abrasaba los talones, y le comunicaba a ras de la piel, un delicioso repeluzno de miedo al par que de capricho satisfecho. Desde que el fiacre se puso en movimiento, entróle una ansia loca de querer saltar en ella. Atravesóla pasito a paso, furtivamente, como si hubiese experimentado un placer más vivo al temer ser allí vista. Su escapatoria revestía todas las trazas de una aventura. No sentía, en verdad, haber rehusado la brutal invitación del señor de Saffré; más hubiese vuelto a su casa horriblemente de mal temple si Máximo no hubiese concebido la idea de hacerla saborear el fruto prohibido. Este subió la escalera más que de prisa, como si se hallase en su casa, y ella le siguió jadeando un poco. Ligeros vapores de pescado fresco y caza henchían el ambiente, y la alfombra, sujeta en los peldaños por varillas de cobre, despedía un olor de polvo que aumentaba su emoción.

Al llegar al entresuelo, se tropezaron con un mozo, de aspecto digno, que se arrimó a la pared para dejarlos pasar.

—Carlos — le dijo Máximo, — usted nos servirá, ¿verdad?... Denos usted el salón blanco.

Carlos se inclinó, subió algunos escalones y abrió la puerta de un gabinete. El gas estaba bajo, y parecióle a Renata que entraba en la semiclaridad de un lugar sospechoso y encantador.

Un continuo rodar de carruajes entraba por la ventana, abierta de par en par, y por el techo, a causa de los reflejos del café de abajo, pasaban las rápidas sombras de los paseantes. Mas, con un ligero movimiento, el mozo dió todo el gas. Las sombras del techo desaparecieron y el gabinete se llenó de viva claridad que cayó plenamente sobre la cabeza de la joven. Ya se había echado atrás el capuchón. Los ricitos se habían alborotado un poco en el fiacre, pero el lazo azul no se había movido. Púsose a andar de un lado a otro, contrariada por el modo como Carlos la miraba; guiñaba los ojos y entornaba los párpados por modo tan especial para verla mejor, que a todas luces quería decir: "Esta es una que no conozco todavía."

—¿Qué servirá al señor? — preguntó en voz alta.

Máximo se volvió a Renata.

—La cena del señor de Saffré, ¿no es así? — dijo. — Ostras, un perdigón...

Y viendo sonreír al joven, Carlos le imitó, con discreción, diciendo por lo bajo:

—Entonces, la cena del miércoles, si a usted le parece.

—La cena del miércoles... — repitió Máximo.

Y luego, haciendo memoria.

—Sí, sí, me es igual — dijo. — Denos usted la cena del miércoles.

Así que el mozo hubo salido, Renata tomó su lente y dió con curiosidad la vuelta al saloncito. Era aquella una habitación cuadrada, blanca y con doradas molduras, adornada con coqueterías de gabinete de señora. Sin contar las mesas y las sillas, había un mueble de poca alzada, especie de consola en donde se ponía el servicio, y un amplio diván, verdadera cama, que se hallaba colocado entre la chimenea y la ventana. Un reloj de péndulo y dos candelabros Luis XVI, adornaban la

chimenea de mármol blanco. Pero la curiosidad del gabinete la constituía el espejo, un hermoso espejo, más ancho que alto, que los brillantes de las damas habían acribillado de nombres, de fechas, de versos cojos, de pensamientos admirables y de confesiones portentosas. Renata creyó reparar en una porquería y le faltó el valor para satisfacer su curiosidad. Miró al diván, y experimentando una nueva confusión, se puso, a fin de mostrar serenidad, a contemplar el techo y la lámpara de cobre dorado, de cinco mecheros; pero el encogimiento que la dominaba era delicioso. En tanto que alzaba la frente, como para estudiar la cornisa, sería y con el lente en la mano, gozaba lo que no es decible ante aquel mobiliario equivoco que veía a su alrededor, ante aquel espejo claro y único, cuya pureza, empañada apenas por las sucias patas de mosca, había servido para sujetar tanto moño postizo; ante aquel diván que le chocaba por su anchura... ante la mesa y la alfombra misma, en donde volvía a ofenderla el olor de la escalera, vago olor de polvo penetrante y como de iglesia.

Después, cuando ya tuvo que bajar los ojos:

—¿Qué se entiende por esa cena del miércoles?— preguntó a Máximo.

—Nada— contestó, —una apuesta que uno de mis amigos ha perdido.

En cualquier otro sitio habría dicho sin vacilar que había cenado el miércoles con una dama, a quien encontró en el bulevar. Pero desde el punto y hora en que había entrado en el gabinete, tratóla por instinto como mujer a quien hay que agradar y cuyos celos deben evitarse. Por lo demás, Renata no insistió; fué a acodarse en la baranda de la ventana, a donde él fué a reunirsele. Detrás de ellos, Carlos entraba y salía con ruidos de vagilla y de argentería.

No había llegado aún la media noche. Abajo,

en el bulevar, París, resonaba, prolongando el caluroso día, antes de decidirse a meterse en la cama. Las hileras de árboles marcaban, en línea confusa, la blancura de las aceras y la vaga obscuridad del arroyo, por donde atravesaban el rodar y los rápidos faroles de los carruajes. A ambos lados de aquella banda oscura, los quioscos de los vendedores de periódicos, de trecho en trecho, se iluminaban semejantes a grandes faroles venecianos, altos y caprichosamente pintarrajeados, colocados con regularidad en el suelo para alguna iluminación colosal. Pero en la hora aquella su resplandor amortiguado se perdía en los fulgores de las instalaciones vecinas. Ni una sola de las maderas de las ventanas se habían colocado; las aceras se prolongaban sin la menor raya de sombra, bajo una lluvia de rayos que las iluminaba con polvo de oro, con la claridad cálida y deslumbradora del pleno día. Máximo enseñó a Renata, frontero a ellos, el café Inglés, cuyas ventanas resplandecían. Por otra parte, las altas ramas de los árboles les molestaban un poco para poder ver las casas y las aceras del lado opuesto. Inclináronse y miraron debajo de ellos. Aquello era un continuo ir y venir; los paseantes andaban por grupos, las muchachas de dos en dos, arrastraban sus faldas, que recogían de vez en cuando, con movimiento lánguido, dirigiendo en torno suyo miradas de cansancio y sonrientes. Hasta debajo de la ventana, el café Riche adelantaba sus mesitas bajo la luz de sol de sus lámparas, cuyo resplandor se extendía hasta la mitad del arroyo; en el centro, sobre todo, de aquel ardiente foco, era en donde veían los verdosos rostros y las apagadas risas de los transeúntes. En torno a las mesitas redondas, bebían las mujeres mezcladas con los hombres. Vestían ellas vistosos trajes, con los cabellos echados a la espalda; mecíanse en las sillas y empleaban

en alta voz palabras que el ruido no dejaba oír. Renata se fijó especialmente en una, que se hallaba sola a una mesa, vestida con traje de azul obscuro, guarnecido de guipure blanco; daba fin, a sorbitos, a un vaso de cerveza, medio recostada, con las manos descansando en la falda y en actitud de espera paciente y resignada. Aquellas que transitaban se perdían lentamente en medio de la multitud, y Renata, cuya atención atraían, las seguía con la mirada, iba de un extremo a otro del bulevar, en las lontananzas tumultuosas y confusas de la avenida, rebosantes del murmurador bulle-bulle de los paseantes y en las cuales las luces no eran sino menudas chispas. Y el desfile volvía a pasar sin término, con fatigosa regularidad, gentío extrañamente mezclado y siempre el mismo, en medio de los vivos resplandores, de los espacios oscuros, en el grande y mágico desorden de aquellos millares de llamas movibles, saliendo como oleadas de las tiendas, iluminando los transparentes de las ventanas y de los quioscos y corriendo por las fachadas en forma de molduras, de letras, de dibujos de fuego, sembrando la obscuridad de estrellas y desfilando sin cesar por el arroyo. El murmullo ensordecedor que ascendía iba acompañado de un clamor, de una especie de ronquido prolongado y monótono, cual nota de órgano que acompaña la eterna procesión de los muñecos mecánicos. Hubo un instante en que Renata se creyó que acababa de ocurrir un accidente. Una gran muchedumbre se movía en dirección a la izquierda, un poco más allá del pasaje de la Opera. Mas habiendo tomado el lente, distinguió el despacho de los ómnibus; veíase una multitud de gente en la acera, en pie, esperando y precipitándose en cuanto llegaba un coche. Oía la bronca voz del revisador llamando a los números, y después los campanilleos del contador llegaban

hasta ella cual repiques cristalinos. Fijóse en los anuncios de un quiosco, tan extravagantemente pintados como las imágenes de Epinal; veíase en uno de los cristales, en cuadro amarillo y verde, una testa de demonio haciendo burla y con los cabellos de punta, reclamo de un sombrero que no pudo comprender. Cada cinco minutos pasaba el ómnibus de los Batignolles, con sus rojas linternas y su caja amarilla, doblando la esquina de la calle de Le Peletier, haciendo temblar las casas con su ruido; y veía a los hombres del imperial, semblantes fatigados, que se alzaban y les miraban, a ella y a Máximo, con la curiosidad del ansioso que atisba por el ojo de la llave.

—¡Ah!—dijo Renata,—el parque Monceaux, a estas horas, duerme en la mayor tranquilidad.

Fué esta la única frase que salió de sus labios. Permanecieron allí cerca de veinte minutos, silenciosos y entregados a la embriaguez de los ruidos y de las luces. Después, puesta la mesa, fueron a sentarse; y como ella pareciese contrariada por la presencia del mozo, Máximo le despidió.

—Puede usted irse: ya le llamaremos para los postres.

Tenía Renata las mejillas un tanto enrojecidas y le relucían los ojos, como si acabase de correr. Traía de la ventana algo del estruendo y de la animación del bulevar, y no quería que su compañero cerrase las maderas.

—¡Eh! si es la orquesta—le dijo al quejarse del ruido.—¿No te parece que es música divertida?—Viene de molde para que acompañe las ostras y el perdigón.

Parecía que sus treinta años se rejuvenecían en aquella escapatoria. Eran vivos sus movimientos, un tanto febriles, y aquel gabinete, aquella cena a solas con un joven, en el ruido sordo y

confuso de la calle, la estimulaban y le comunicaban un aspecto de muchacha. Así fué que con toda decisión embistió a las ostras. Máximo no tenía apetito y la miraba devorar sonriendo.

—¡Diantre!—exclamó—habrías figurado como un gran terció en toda cena.

Entonces se detuvo, como incomodada por comer tan de prisa.

—Te parece que tengo hambre. ¿Qué quieres? Esa hora de baile estúpido me ha extenuado... ¡Ah, mi buen amigo! hay que compadecerte al verte vivir entre esta clase de gente.

—Ya sabes—le contestó,—que te tengo prometido dejar a Silvia y a Laura de Aurigny el día en que tus amigas quieran venir a cenar conmigo.

Renata hizo un expresivo gesto.

—¡Pardiez! ya lo creo. Nosotras somos divertidas por modo distinto que esas señoras, lo has de confesar... Si una de nosotras abrumase a un amante como tu Silvia y tu Laura de Aurigny deben de abrumaros, la pobre mujercita no tendría amante ni para una semana!... No quieres escucharme nunca. Pruébalo el día que te parezca.

Máximo, para no llamar al mozo, se levantó, apartó las conchas de las ostras y acercó el perdigón que estaba encima de la consola. La mesa ostentaba el lujo de los grandes restaurantes. Sobre el adamascado mantel, circulaba un hábito de envidiable orgía, y Renata, con ligeros estremecimientos de bienestar, paseaba sus delicadas manos del tenedor al cuchillo, del plato a la copa. Behió vino blanco sin agua, cuando por lo común no bebía más que agua apenas coloreada. Cuando Máximo, en pie, con la servilleta al brazo, la servía con complacencia cómica, le dijo:

—¿Qué es lo que el señor de Saffré ha tenido a bien decirte para que estés tan enfurruscada? ¿Acaso te ha encontrado fea?

—¡Oh!—contestó,—él sí que es un indecentón.

Nunca habría creído que tan distinguido caballero, tan cortés en mi casa, se expresara en tal lenguaje. Pero le perdono. Las mujeres son las que me han excitado los nervios; habríaselas tenido por vendedoras de patatas. Una había que se quejaba de tener un clavo en la cadera, y, con poco más, estoy en que se habría levantado las faldas para enseñar el mal a todo bicho viviente.

Máximo reía a carcajadas.

—No, no—prosiguió animándose,—no les comprende a ustedes ¡son tan gorrinas y tan estúpidas!... Y pensar que cuando te veía ir a casa de Silvia, me figuraba ver cosas prodigiosas, festines clásicos, como se ven en los cuadros, con mujeres coronadas de rosas, con copas de oro y entre maravillosas voluptuosidades... ¡Ah! sí, me has enseñado un cuarto tocador sucio y mujeres que blasfemaban como carreteros. Para esto no vale la pena hacer mal.

El joven quiso poner el grito en el cielo, mas ella le impuso silencio, y, teniendo en la punta de los dedos un huesecillo de perdigón que roía con delicadeza, añadió en voz más queda:

—El mal debería de ser algo de exquisito, caro amigo... Yo, que me tengo por mujer honrada, cuando el caso llega de que me aburro y de que cometo el pecado de soñar lo imposible, segura estoy de que encuentro cosas mucho más bonitas que Blanca Muller.

Y con semblante serio dió fin con esta profunda frase de cándido cinismo:

—Es cuestión de educación, ¿comprendes? Y dejó con naturalidad el huesecillo en el plato. El ruido de los coches proseguía, sin que una nota más viva se apercibiese. Veíase obligada a levantar un tanto la voz para que él la pudiese oír, y la rojez de sus mejillas aumentaba. Quedaban todavía en la consola, trufas, un entremés de dulce y espárragos, que constituían una curiosi-

dad, dada la estación. Máximo lo llevó todo a la mesa, para no tener que volver a molestarse, y como la mesa fuese un poco estrecha, colocó en el suelo, entre ella y él, un cubo de plata lleno de nieve, en el que se veía una botella de champagne. El apetito de la joven acabó por excitar el suyo. La emprendieron con todos los platos y vaciaron la botella de champagne, con repentinas alegrías, lanzándose a las teorías escabrosas, y poniéndose de codos sobre la mesa como amigos que desahogan el corazón después de beber. Los rumores disminuían en el bulevar, mas a ellos, por el contrario, se les figuraba que iban en aumento, y todas aquellas ruedas parecidas que a cada instante les daban vueltas en la cabeza.

Cuando Máximo habló de llamar para los postres, ella se levantó, sacudió su larga blusa de raso para que cayeran las migajas, y dijo:

—Eso es... Ya sabes que puedes encender un cigarro.

Sentíase un si es o no es atolondrada, y se dirigió a la ventana, atraída por un ruido especial que no sabía explicarse: era que cerraban las tiendas.

—Calla—dijo volviéndose hacia Máximo,—es la orquesta que recoge los chirimbolos.

Y se volvió a inclinar. En mitad del arroyo, los fiacres y los ómnibus cruzaban sin cesar sus ojos de colores, más escasos y más rápidos. Pero a los lados, a lo largo de las aceras, grandes trozos de sombra se extendían delante de las tiendas cerradas. Únicamente los cafés resplandecían aún, rayando el asfalto con ráfagas luminosas. Desde la calle Drouot a la del Helder, distinguía por tal modo una larga enfilada de cuadrantes blancos y negros, en las cuales los últimos transeuntes surgían y se disipaban por manera extraña. Las muchachas, sobre todo, con la cola de sus vestidos, alternativamente ilumina-

das crudamente o hundidas en la sombra, revestían un aspecto de aparición, de pálidos polichinelas, atravesando el eléctrico resplandor de alguna magia. Por unos instantes, Renata se distrajo con el espectáculo aquel. Ya no había más iluminación desparramada; apagábanse los mecheros de gas y los abigarrados quioscos manchaban más sombríamente las tinieblas. De vez en cuando, una oleada de gente, a la salida de algún teatro, pasaba por allí. Más pronto notábanse los vacíos, y veíanse sólo bajo la ventana grupos de dos o tres hombres a quienes se acercaba una mujer. Ellos permanecían de pie, disputando. En el ya debilitado ruido, algunas de sus palabras subían hasta la ventana; después, la mujer, lo más a menudo, se iba del brazo de algunos de los hombres. Otras muchachas iban de café en café, dando vuelta a las mesas, apoderándose del azúcar olvidado, riendo con los mozos y mirando con fijeza, con ademán interrogativo y de silencioso ofrecimiento a los consumidores retardados. Y como Renata acabase de seguir con la mirada el imperial de un ómnibus casi vacío de las Batignolles, vino a distinguir, en la extremidad de la acera, a la mujer del vestido azul y de guípures blancos, rígida y volviendo a un lado y otro la cabeza, siempre en demanda.

Cuando Máximo fué a unirse a ella a la ventana, en donde parecía olvidarse de todo, no pudo menos de sonreírse al mirar una de las ventanas entreabiertas del café Inglés; la idea de que su padre, por su parte, estaba allí cenando, parecióle cómico por demás; pero en aquella noche sentíase cohibido con ciertos pudores que contrarrestaban sus bromas de costumbre. Renata no dejó la barandilla sino con gran sentimiento. Una embriaguez, una languidez llegaban hasta allí desde las más vagas profundidades del bule-

var. En el atenuado ruido de los carruajes, en el desconocimiento de las vivas luces, se envolvía un cariñoso llamamiento a la voluptuosidad y al sueño. Los cuchicheos que se oían de una parte a otra, los grupos detenidos en un rincón de la sombra, convertían la acera en el corredor de una gran posada, en la hora en que los viajeros van en busca de su cama de circunstancias. Las luces y los ruidos iban siempre en disminución, la ciudad se entregaba al sueño y hábitos amorosos parecían flotar bajo los techos.

Cuando la joven se volvió, la luz de la lámpara le hizo entornar los párpados. Hallábase entonces algo pálida y ligeras contracciones aparecían en sus labios. Carlos disponía los postres; salía, volvía a entrar y hacía girar lentamente la puerta, con su flema de hombre importante.

—Pero si ya no tengo gana de comer—exclamó Renata;—lévese usted todos esos platos y tráiganos café.

El mozo, avezado a los caprichos de sus clientes, se llevó los postres y echó el café. Llenaba la habitación con toda su importancia.

—Te ruego que lo despidas—dijo a Máximo la joven cuyo corazón palpitaba.

Máximo lo despidió; mas apenas había desaparecido, cuando volvió de nuevo para cerrar herméticamente las grandes cortinas de la ventana, con actitud de discreción. Cuando al fin se hubo retirado, el joven, dominado también por la impaciencia, se levantó y, dirigiéndose a la puerta:

—Espera—dijo,—tengo un medio para que nos deje.

Y corrió el cerrojo.

—Eso es—repuso ella,—por lo menos estamos en nuestra casa.

Sus confidencias y sus picoteos de buenos amigos volvieron a empezar. Máximo había en-

cendido un cigarro. Renata tomaba el café a sorbitos, y hasta se permitía una copita de chartreuse. La habitación se caldeaba y se llenaba de azulado humo. Ella concluyó por colocar los codos en la mesa y por apoyar la barba entre ambos puños a medio cerrar. En tan ligera presión, achicábasele la boca, subíasele un tanto las mejillas, y sus ojos, más empequeñecidos, relucían más aún. Por tal modo comprimida, su carita resultaba encantadora, bajo la lluvia de los dorados bulecitos que le bajaban entonces hasta las cejas. Máximo la contemplaba al través del humo del cigarro, pareciéndole en extremo original. Había momentos en que no estaba ya muy seguro tocante a su sexo; la grande arruga que le atravesaba la frente, sus salientes y enfurruñados labios, su mirada indecisa de miope, hacían de ella un buen mozo; tanto más cuanto que su larga blusa de raso negro le llegaba tan arriba, que apenas se le distinguía, bajo la barba, una línea del cuello blanca y gruesa. Dejábase mirar con cierta sonrisa, sin mover la cabeza, con la mirada vaga y amortiguada la voz.

Luego tuvo un brusco despertar; fué a mirar-se al espejo, hacia el que su indeciso mirar se volvía desde hacia un instante. Empinóse sobre la punta de los pies, y apoyó las manos en el borde de la chimenea, para leer aquellas firmas, aquellas palabras atrevidas que la habían asustado antes de cenar. Deletreaba las sílabas con cierta dificultad y leía siempre, como el colegial que vuelve las páginas de un Pirón en su pupitre. —“Ernesto y Clara”—decía,—y hay un cora—“Me gustan los hombres porque me gustan las trufas”. Firmado: “Laura”. Dime, Máximo, ¿es acaso la de Aurigny quien ha escrito esto?... Mira las armas de una de esas señoras, según creo: una gallina fumándose una gran pipa... Siempre nombres, el calendario de las santas y

de los santos. Victor, Amelia, Alejandro, Eduardo, Margarita, Paquita, Luisa, Renata... Mira, hay una que se llama como yo...

Máximo veía en el espejo su enrojecido rostro. Empinábase Renata más aun, y su dominó, echándose atrás, le dibujaba la curvatura del talle y el desarrollo de las caderas. El joven seguía con la vista la línea de raso que se le ajustaba como una camisa. Levantóse a su vez y tiró el cigarro. No se sentía bien, se hallaba inquieto. Parecía que le faltaba algo a que estaba acostumbrado.

—¡Ah! aquí tienes tu nombre, Máximo—exclamó Renata.—Escucha... “Amo...”

Pero él se había sentado al extremo del diván, casi a los pies de la joven. Con rápido movimiento logró cogerle las manos, y apartándola del espejo, le dijo con acento singular:

—Te lo ruego, no leas eso.

La joven forcejeó riendo nerviosamente.

—¿Y por qué? ¿Acaso no soy tu confidente?

Pero él, insistiendo, agregó con acento más sofozado:

—No, esta noche no.

El continuaba teniéndola sujeta, y ella daba ligeras sacudidas con sus puños para poderse desprender. Mirábanse con ojos que parecían no conocerse, con larga sonrisa contraída y un tanto aboehornada. La joven cayó de rodillas al borde del diván. Continuaban luchando, por más que ella no hacía ya movimiento alguno del lado del espejo y que cedía. Y como él la cogiese con toda su fuerza, le dijo con risa turbada y lánguida:

—Vamos, déjame... Me haces mal.

Fué este el único murmurio de sus labios. En medio del gran silencio de la estancia, en donde el gas parecía fulgurar en todo su esplendor, sintió que el suelo temblaba y oyó el rodar del ómnibus de las Batignolles que debía de volver

la esquina del bulevar. Cuando volvieron a encontrarse uno al lado del otro, sentados en el diván, Máximo balbuceó, en medio de su mutuo malestar:

—¡Bah! esto tenía que suceder un día u otro.

Ella no decía una palabra, y miraba con anodado semblante los florones de la alfombra.

—¿Acaso pensabas tú en esto?—continuó Máximo balbuceando más aún.—Por mi parte, en modo alguno... habría debido desconfiar del gabinete...

Pero ella, con profundo acento y como si toda la burguesa honradez de los Béraud Du Chatel se despertase en medio de aquella horrible falta: —Es inicuo lo que acabamos de hacer—murmuró, ya desembriagada, con el rostro envejecido y rebosante de seriedad.

Faltábale la respiración. Dirigióse a la ventana, descorrió las cortinas y se acodó en la baranda. La orquesta había terminado; la falta se había cometido en el último estremecimiento de los bajos y el lejano trémolo de los violines, vaga sordina del bulevar adormecido y soñando de amor. Abajo, el arroyo y las aceras se prolongaban y desaparecían en medio de cenicienta soledad. Todas aquellas ruidosas ruedas de fieras parecían haberse alejado, llevándose consigo las luces y la muchedumbre. Bajo la ventana el café Riche hallábase cerrado, ni una rendija de luz atravesaba las maderas. Del otro lado de la avenida, tan sólo brillantes resplandores iluminaban aún la fachada del café Inglés; una ventana, entre otras, había entreabierta, de la que salían risas apagadas. Y todo a lo largo de aquella faja de sombra, desde la esquina de la calle Drouot al otro extremo, tan lejos como la vista podía alcanzar, no veía ya sino las manchas simétricas de los quioscos, tiñendo de rojo y verde la obscuridad de la noche, sin iluminarla, a la manera de ma-

riposas colocadas de trecho en trecho en dormitorio gigantesco.

Renata alzó la cabeza. Los árboles recortaban su elevado ramaje en un claro cielo, mientras que la línea irregular de las casas se esfumaba como los amontonamientos de una costa rocosa a la orilla del azulado mar. Pero aquella franja de cielo la entristecía más aun, y tan sólo en las tinieblas del bulevar encontraba algún consuelo. Lo que quedaba en la desierta avenida, de ruido y de relajación, la excusaba. Creía sentir como si el calor desarrollado por los pasos de todos los hombres y mujeres, subiese de las aceras que se iban enfriando. Las impudicias que por allí se habían arrastrado, deseos de un minuto, ofertas hechas en voz baja, placeres de una noche pagados de antemano, se evaporaban, flotaban en una espesa niebla impelida por el soplo matutino. Inclínada en la obscuridad, respiró aquel estremecedor silencio, aquel olor de alcoba, como estímulo que le llegaba de abajo, como seguridad de vergüenza, compartida y aceptada por una ciudad cómplice. Y así que sus ojos se hubieron avizado a la obscuridad, divisó a la mujer con vestido azul guarnecido de encaje, sola en la cenicienta obscuridad, en pie en el mismo sitio, esperando y ofreciéndose a las vacías tinieblas.

La joven, al volverse, vió a Carlos, que miraba a su alrededor, olfateando. Acabó por reparar en la cinta azul de Renata, arrugada, olvidada en un extremo del diván. Apresuróse a llevárselo, con su cortés ademán. Entonces Renata sintió todo su bochorno. En pie delante del espejo y torpes las manos, trató de reanudar la cinta; mas el peinado se le había deshecho, los ricitos se habían aplastado sobre las sienes, y no pudo conseguir hacer el nudo. Carlos acudió en su ayuda, diciendo, como si ofreciese algo acostumbrado, un enjuague o un palillo para los dientes:

—Si la señora quisiera el peine...

—¡Eh! no, es inútil,—interrumpió Máximo, lanzando al mozo una mirada de impaciencia. Vaya usted en busca de un coche.

Renata se cubrió sencillamente con el capuchón del dominó. Y, cuando iba a dejar el espejo, se empujó ligeramente para dar con las palabras que los brazos de Máximo no le habían dejado leer. Veíase allí, subiendo hacia el techo, con gruesos y torpes trazos, la declaración con la firma de Silvia: "Amo a Máximo". Mordióse los labios y se cubrió un poco más con el capuchón.

En el coche experimentaron un malestar terrible. Habíanse colocado, como al bajar del parque Monceaux, el uno frontero al otro. No daban con una palabra que decirse. El fiacre estaba sumido en lóbrega obscuridad, y el cigarro de Máximo ni siquiera despedía aquel punto rojizo, aquella claridad de brasa encendida. Envuelto nuevamente en las faldas "que le llegaban hasta los ojos", sufría con aquellas tinieblas, con aquel silencio, con aquella mujer muda que sentía a su lado, y cuyos ojos, del todo abiertos, se figuraba ver en la obscuridad de la noche. Para parecer menos estólido, acabó por buscar su mano, y cuando la tuvo en la suya, se sintió aliviado y encontró la situación tolerante. La mano aquella se abandonaba, inerte, soñadora.

El fiacre atravesó la plaza de la Magdalena.

Renata pensaba que no era culpable. Ella no había querido el incesto. Y cuanto más descendía en su interior, más inocente se conceptuaba, en las primeras horas de su escapatoria, en su furtiva salida del parque Monceaux, en casa de Blanca Muller, en el bulevar, hasta en el gabinete del restaurán. ¿Por qué se había dejado caer de rodillas al borde de aquel diván? Ni lo sabía: ni siquiera un segundo había pensado en ello. Ha-

bríase negado airada. Era cosa de broma, se divertía, y pare usted de contar. Y en el rodar del fiacre, volvía a llegar a sus oídos aquella ensordecedora orquesta del bulevar, aquel ir y venir de hombres y mujeres, en tanto que rayas de fuego le abrasaban sus fatigados ojos.

Máximo, en su rincón, soñaba asimismo con cierto malestar. Sentíase disgustado con su aventura. Echábalé la culpa al dominó de raso negro. ¿Habíase visto en la vida que una mujer se pergeñase de aquella manera? Ni siquiera se le veía el cuello. Habíala tomado por un muchacho, jugaba con ella, y la culpa no era suya si el juego se había vuelto serio. Ciertamente que ni la habría tocado con la yema de los dedos, si tan siquiera hubiese dejado ver una miaja de los hombros. Habría hecho memoria entonces de que era la mujer de su padre. Y luego, como no era dado a reflexiones desagradables, acabó por perdonarse. ¡Tanto peor, sin embargo! Procuraría no volver a las andadas; sería la mayor de las necesidades.

Detúvose el fiacre, y Máximo bajó primero para ayudar a Renata. Pero en el pasillo del parque no se atrevió a abrazarla, y se dieron la mano como de costumbre. Encontrábase ya al otro lado de la verja, cuando, por decir algo, y cediendo, sin embargo, a una preocupación que vagaba en su mente desde el restaurán:

—¿Qué significa—le preguntó—aquel peine de que habló el mozo?

—Aquel peine,—repitió Máximo cortado,—pues no lo sé...

Renata comprendió al instante. El gabinete contaba sin duda con un peine que entraba en el menaje, con igual título que los cortinajes, el cerrojo y el diván. Y sin esperar una explicación que no venía, se hundió en las tinieblas del parque Monceaux, apresurando el paso, creyendo ver

a sus espaldas aquellos dientes de concha en que Laura de Aurigny y Silvia habían debido de dejar cabellos rubios o cabellos negros. Tenía una gran fiebre y fué preciso que Celeste la metiera en la cama y que la velase hasta por la mañana. Máximo, en la acera del bulevar Malesherbes, reflexionó un instante para decidirse a ir o no a reunirse con la alegre partida del café Inglés; mas, abrigando la idea de que así se castigaba, resolvió irse a acostar.

Al día siguiente Renata se despertó tarde de un sueño pesado y sin sobresaltos. Mandó que le encendieran un gran fuego y dijo que pasaría el día en su habitación. Era aquel su refugio en las circunstancias graves. Hacía el medio día, como su marido no la viese bajar el almuerzo, le pidió permiso para conversar con ella un instante. Iba a negarse con cierta inquietud, cuando vino a mejor consejo. La víspera había mandado a Saccard una factura de Worms que ascendía a ciento treinta y seis mil francos, cantidad un tanto crecida, y, a no dudarlo, quería tener la galantería de entregarle en persona la factura con el recibo.

El recuerdo de los bulecitos del día anterior volvió a su memoria. Dirigió maquinalmente al espejo una mirada y vió sus cabellos que Celeste había recogido en grandes trenzas. Luego se acurrucó junto al fuego, sepultándose en las blondas de su peinador. Saccard cuya habitación se encontraba también en el primer piso, haciendo juego con el de su mujer, se presentó en zapatillas a lo marido. A duras penas ponía los pies una vez al mes en el cuarto de Renata, y siempre por alguna delicada cuestión de dinero. Aquella mañana tenía los ojos enrojecidos y con la tez rojo-verdosa de quien no ha dormido. Besó la mano de la joven con toda galantería.

—¿Estás enferma, querida amiga?—dijo sen-

tándose al otro lado de la chimenea.—Un poquitín de jaqueca, ¿verdad? Perdóname si te rompo la cabeza con mi galimatías de hombre de negocios; pero la cosa es bastante grave...

Sacó de un bolsillo de la bata la factura de Worms, cuyo glaseado papel conoció Renata.

—Ayer me encontré esta factura en mi escritorio—prosiguió,—y me siento sumamente afligido, pues en este instante me es absolutamente imposible satisfacerla.

Estudió con el rabillo del ojo el efecto que producirían en ella estas palabras. Renata pareció terriblemente admirada. Saccard repuso sonriendo:

—Ya sabes, amiga querida, que no tengo por costumbre inquirir tus gastos. Esto no obsta para que ciertos detalles de esta cuenta no me hayan un tanto sorprendido. Así, por ejemplo, leo en la segunda página: "Traje de baile: tela, 70 francos; hechura, 600 francos; dinero prestado, 5,000; agua del doctor Pierre 6 francos". He aquí un vestido de setenta francos que asciende a una gran cantidad. Pero tú ya sabes que me hago cargo de todas las debilidades. Tu factura asciende a ciento treinta y seis mil francos, y casi, casi te has mostrado circunspecta, relativamente, se entiende... No hay más sino que, lo repito, no puedo pagar. Me encuentro apurado.

Renata tendió la mano con expresión de contenido despecho.

—Está bien—dijo con sequedad;—devuélveme la factura. Daré aviso.

—Veo que no me crees—murmuró Saccard, saboreando como un triunfo la incredulidad de su mujer, tocante a sus apuros de dinero.—No quiero significar que mi situación se vea amenazada, pero los negocios se presentan muy enrevesados en este instante... A riesgo de serte importuno, permíteme que te explique el estado en

que nos encontramos; tú me confiaste tu dote, y por mi parte, te soy deudor de completa franqueza.

Dejó el documento sobre la chimenea, tomó las tenazas y se puso a atizar el fuego. La manía de remover las cenizas mientras hablaba de negocios constituía para él un cálculo que había acabado por convertirse en costumbre. Cuando llegaba a una cantidad, a una frase de difícil pronunciación, producía algún desplome en el fuego, que reparaba en seguida laboriosamente, acercando los tizones, atrayendo y amontonando las astillas de madera. Otras veces desaparecía casi en la chimenea para ir en busca de un trozo de ascua extraviado. Ensordecíasele la voz, había quien se interesaba contemplando sus sabias construcciones de carbones encendidos; por último la gente acababa por no escucharle, y generalmente salía de su habitación contenta y apaleada. Hasta en la casa ajena se apoderaba despóticamente de las tenazas. Durante el verano se entretenía con una pluma, con un cortapapeles, con un cortaplumas.

—Querida amiga—dijo dando un soberano golpe que puso el fuego patas arriba,—vuelvo a pedirte perdón si entro en esos detalles... Yo te he satisfecho con toda puntualidad la renta de los fondos que habías puesto en mi poder. Hasta puedo decirte, sin ánimo de ofenderte, que esta renta la he considerado tan sólo como dinero para tu bolsillo particular, pagando tus gastos y no pidiéndote nunca tu contribución por partes iguales a los gastos comunes de la casa.

Y se calló. Renata sufría y le miraba hacer un gran hoyo en la ceniza para enterrar el extremo de un tronco. Acercábase sin duda a una delicada confesión.

—Como tú comprendes, he tenido que hacer producir a tu dinero intereses considerables. Los

capitales se hallan en buenas manos, vive tranquila... En cuanto a las cantidades procedentes de tus bienes de Sologne, en parte han servido para el pago del hotel que habitamos; lo demás está colocado en un negocio excelente, en la Sociedad general de los Puertos de Marruecos... No es esto decir que no marchemos de acuerdo, ¿no es así? pero quiero probarte que los pobres maridos somos con frecuencia injustamente apreciados.

Un poderoso motivo debía impulsarle a mentir menos que de costumbre. La verdad era que la dote de Renata no existía desde hacía mucho tiempo; había pasado, en la caja de Saccard, al estado de valor ficticio. Si satisfacía los intereses a más de doscientos o trescientos por ciento, no habría podido en cambio presentar el menor título ni dar aún la menor garantía sólida del capital primitivo. Por lo demás, como confesaba a medias, los quinientos mil francos de los bienes de Sologne, habían servido para satisfacer la primera cantidad a cuenta del hotel y del mobiliario, que costaban juntos cerca de dos millones. Todavía debía un millón al tapicero y al contratista.

—No te reclamo nada— dijo por fin Renata, —ya sé que te soy deudora de grandes cantidades.

—¡Oh, querida amiga! — exclamó cogiendo la mano de su mujer, sin dejar las tenazas, — ¡qué idea tan mezquina se te ocurre!... Oye, en dos palabras; he tenido desgracia en la Bolsa, Toutin-Laroche ha cometido necedades, los Mignon y Charrier son unos gansos que me comprometen... y he aquí por qué no puedo pagar la factura. Tú me perdonarás, ¿verdad que sí?

Parecía en realidad conmovido. Hundió las tenazas en los tizones, produciendo millares de chispas. Renata tuvo presente el inquieto ambiente con que aparecía de algún tiempo a aque-

lla parte, pero no podía descender a la espantosa verdad. Saccard había llegado a un soberano esfuerzo de todos los días. Habitaba un hotel de dos millones, vivía bajo el pie de una dotación de príncipe, y sin embargo, había mañanas en que no tenía ni mil francos en la caja. Sus gastos no parecían disminuir; vivía del crédito entre un ejército de acreedores que se tragaban, día por día, los escandalosos beneficios que realizaba en cierta clase de negocios. Durante aquel tiempo, y en el mismo instante, había sociedades que se hundían bajo sus plantas, nuevos y más profundos abismos se iban abriendo, por encima de los cuales saltaba, ya que no los podía cegar. De este modo marchaba sobre un terreno minado, en continua crisis, satisfaciendo cuentas de cincuenta mil francos y no pagando los salarios del cochero, andando a la continua con una serenidad cada vez más majestuosa, vaciando con mayor frenesí sobre París su caja vacía, de donde continuaba, no obstante, fluyendo el río de oro de los manantiales legendarios.

La especulación atravesaba entonces momentos de mal augurio. Saccard era digno hijo del Municipio; había seguido la rápida transformación, la fiebre de goces, la ceguera en los gastos que agitaba a París. En aquellos instantes, al par que la ciudad, se encontraba ante un formidable déficit, que se trataba de saldar secretamente, pues él no quería oír hablar de prudencia, de economía, de existencia tranquila y burguesa. Prefería conservar el lujo inútil y la miseria real de aquellas nuevas vías, de donde había sacado su colosal fortuna de por la mañana, para engullírsela por la noche. De aventura en aventura, no le quedaba sino la dorada apariencia de un capital ausente. En aquella hora de febril locura, París mismo no comprometía su porvenir con más vehemencia y no iba más en derechura a

todas las extravagancias y a todo latrocinio financiero. La liquidación amenazaba ser terrible.

Las más brillantes especulaciones tomaban mal sesgo en manos de Saccard. Como decía, acababa de experimentar enormes pérdidas en la Bolsa. En un tris estuvo que el señor Toutin-Laroché no hiciese quebrar al Crédito vitícola en un juego a la alza, que bruscamente se volvió en contra suya; felizmente el gobierno, interviniendo bajo cuerda, había vuelto a enderezar la famosa máquina del préstamo hipotecario a los cultivadores. Saccard, conmovido por aquella doble sacudida, maltratado en gran manera por su hermano el ministro, ante el riesgo que acababa de correr la solidez de los bonos de delegación del Municipio, comprometidos con la del Crédito vitícola, encontrábase aún menos afortunado en su especulación con los inmuebles. Los Mignon y Charrier habían roto del todo con él. Si les acusaba era por el sordo coraje de haberse equivocado, haciendo edificar en su parte de terrenos, mientras que ellos vendían prudentemente la suya. Mientras que así realizaban una fortuna, Saccard se quedaba con las casas, de las cuales no podía desprenderse a menudo sin pérdida. Entre otros, vendió en trescientos mil francos un hotel, calle de Marignan, sobre el que debía aún trescientos ochenta mil. Por más que había dado con una estratagema de las suyas, consistente en exigir diez mil francos por una habitación que cuando más valía ocho mil; el inquilino, espantado, no firmaba un contrato de arrendamiento, sino cuando el propietario consentía en regalarle los dos primeros años de alquiler; de esta suerte la habitación quedaba reducida a su precio real, pero en el contrato figuraba la cantidad de diez mil francos al año; y cuando Saccard encontraba un comprador y capitalizaba la renta de la finca, llegaba a una ver-

dadera fantasmagoría de cálculo. Aquel engaño no pudo aplicarlo en gran escala; sus casas no se alquilaban; habíalas edificado demasiado pronto; los escombros, en medio de los cuales se encontraban perdidas en pleno barro en el invierno, las aislaban y las perjudicaban por modo considerable. El asunto que más le llegó al corazón fué la gran pillada de los señores Mignon y Charrier, quienes le compraron el hotel del bulevar Malesherbes, cuya construcción había tenido que abandonar. Los contratistas se vieron al fin espoleados por el deseo de vivir en "su bulevar". Habiendo vendido su parte de terrenos de mayor valía, y habiendo olfateado los apuros de su antiguo socio, le ofrecieron desembarazarle del cercado en medio del cual el hotel se alzaba hasta la altura del suelo del primer piso, cuya armazón de hierro estaba en parte colocada. No hubo más sino que trataron de cascotes inútiles aquellos sólidos cimientos de piedra de talla, agregando que hubieran preferido el solar mondo y liso, para edificar ellos a su guisa. Saccard no tuvo más remedio que vender, sin tener en cuenta los ciento y pico de miles de francos que ya había gastado. Y lo que aun le sacó más de quicio fué que los contratistas no quisieron volver a quedarse con el terreno a doscientos cincuenta francos el metro, cantidad que quedó fijada al reparto. Rebajáronle veinticinco francos por metro, al modo de esas prenderas que no dan más que cuatro francos por un objeto que el día anterior vendieron por cinco. Dos días después, Saccard tuvo el sentimiento de ver una caterva de albañiles invadir la cerca de tablas y continuar edificando sobre los "cascotes inútiles".

Representaba ante su mujer los apuros en que se veía, tanto más cuanto que sus asuntos se embrollaban a más y mejor. No era hombre capaz de confesarse tan sólo por amor a la verdad.

—Pero, hombre—dijo Renata como dudando, —si tan apurado te encuentras, ¿a qué haberme comprado esta diadema y este collar que te han costado, según creo, setenta y cinco mil francos?... Nada tengo que hacer con estas joyas; voy a verme en la necesidad de tenerte que pedir permiso para desprenderme de ellas y dar algo a cuenta a Worms.

—¡Guárdate muy bien de hacerlo!—exclamó lleno de zozobra.—Si mañana, en el baile del ministerio te viesen sin esas alhajas, no se armarían pocos chismes tocante a mi situación...

Estaba hecho un ángel de Dios aquella mañana. Acabó por sonreírse y por decir por lo bajo y guiñando los ojos:

—Cara amiga mía, nosotros los especuladores somos como las mujeres bonitas, tenemos nuestras truhanadas... Guárdate tu diadema y tu collar; te lo ruego por mi amor.

No podía contar la historia, que era graciosa a más no poder, aunque un tanto arriesgada. Al final de una cena fué cuando Saccard y Laura de Aurigny celebraron un tratado de alianza. Laura estaba acerbillada de deudas y ya tan sólo pensaba en dar con un buen muchacho que quisiese raptarla y llevársela a Londres. Saccard, por su parte, sentía que el suelo se derrumbaba a sus pies, su imaginación, en el mayor apuro, buscaba un expediente que le mostrase al público como revolcándose en un lecho de oro y de billetes de banco. La llevada y traída joven y el especulador, en la semiembriaguez de los postres, se entendieron: él concibió la idea de aquella venta de diamantes que hizo correr por todo París, y en la cual adquirió, moviendo gran ruido, alhajas para su mujer. Después, con el producto de la venta, cosa de cuatrocientos mil francos, consiguió satisfacer a los acreedores de Laura, a los cuales, poco más o menos, debía doble canti-

dad. Hasta hay que creer que de aquel juego retiró una parte de sus sesenta y cinco mil francos. Cuando se le vió liquidar la situación de la Aurigny, pasó por amante suyo, creyóse que pagó la totalidad de sus deudas y que hacía locuras por ella. Todas las manos se tendieron hacia él, y volvió a gozar de su crédito por modo aún más formidable. Y se le compadecía en la Bolsa por su pasión, con sonrisitas y alusiones que le entusiasmaban. Durante aquel tiempo, Laura de Aurigny, puesta en evidencia por semejante alboroto, y en cuya casa Saccard ni siquiera pasó una noche, hizo como que le engañaba con ocho o diez imbéciles, engolosinados con la idea de robarla a un hombre tan colosalmente rico. En un mes se hizo con dos mueblajes y con más diamantes de los que había vendido. Saccard había adquirido la costumbre de irse a fumar un cigarro en su casa, por la tarde, a la salida de la Bolsa; a menudo se percataba de algunos faldones de levita que huían, espantados, por las puertas. Cuando se encontraban sólo no podían mirarse sin echarse a reír, y él la besaba en la frente, cual si se tratase de una muchacha perversa, cuyas bellaquerías le entusiasmaban. No le daba siquiera un sueldo, y hasta una vez ella le prestó dinero por una deuda contraída en el juego.

Renata quiso insistir y habló de empeñar cuando menos las joyas; mas su marido le dió a entender que aquello no era posible y que todo París hallábase en la expectación de vérselas al día siguiente. Entonces la joven, a quien la factura de Worms inquietaba sobremanera, acudió a otra solución.

—Pero —exclamó de súbito, —mi negocio de Charonne va por buen camino, ¿no es verdad? Hasta me dijiste el otro día que los beneficios serían enormes... Tal vez Larssonneau me adelantaría los ciento treinta y seis mil francos...

Hacia un instante que Saccard tenía olvidadas las tenazas entre las piernas. Tomólas vivamente, se inclinó y casi desapareció en la chimenea, en donde la joven oía sordamente su voz, que murmuraba:

—Si, sí, Larsonneau podría tal vez...

Por su propio impulso, llegaba por último Renata al punto a que él la conducía con toda suavidad desde el principio de la conversación. Siempre se opuso a enagenar los bienes de la tía Isabel; había jurado a ésta conservarlos intactos para legarlos a su hijo, si llegaba a ser madre. Ante tamaña testarudez, la imaginación del especulador se puso a trabajar y concluyó por forjar todo un poema. Fué obra de exquisita perfidia, un engaño colosal, del cual, el Municipio, el Estado, su mujer y hasta Larsonneau, debían resultar víctimas. No habló más de vender los terrenos; no había más sino que gimoteaba un día tras otro por la tontería que resultaba en dejarlos improductivos, contentándose con una renta de dos por ciento. Renata, acosada siempre por sus necesidades de dinero, acabó por aceptar la idea de una especulación, fuere la que fuere. Saccard basó su especulación en la certidumbre de una próxima expropiación, para la apertura del bulevar del príncipe Eugenio, cuyo trazado no estaba todavía determinado con claridad. Y entonces fué cuando llevó a su antiguo cómplice Larsonneau, como un asociado, que cerró con su mujer un tratado bajo las bases siguientes: ella aportaba los terrenos, que representaban un valor de quinientos mil francos; por su parte Larsonneau se comprometía a edificar, en aquellos terrenos, por el importe de una suma igual, una sala de café-concierto, acompañada de un gran jardín, en donde se instalarían juegos de toda clase, columpios, juegos de bochas, de birlos, etcétera. Los beneficios, naturalmente, habrían de

repartirse, así como las pérdidas habrían de soportarse por mitad. En el caso de que uno de los socios quisiese retirarse, podría hacerlo, exigiendo su parte, con arreglo a la estimación que procediera. Renata pareció sorprendida ante aquella importante cantidad de quinientos mil francos, siendo así que los terrenos valían, a todo tirar, trescientos mil. Mas él le dió a comprender que era aquél un medio hábil de atar para más adelante las manos de Larsonneau, cuyas construcciones no llegarían jamás a semejante suma.

Larsonneau se había convertido en un vividor elegante, bien enguantado, con ropa blanca deslumbradora y con corbatas admirables. Para hacer sus correrías se había echado un tilbury, elegante y ligero como obra de relojería, muy elevado de asiento y guiado por sí propio. Sus oficinas de la calle de Rivoli la constituían una hilera de piezas suntuosas, en las que no se veía ni una caja de cartón ni el menor legajo. Sus empleados escribían en mesas de peral pintado de negro, taraceadas y adornadas con molduras de cobre cincelado. Había tomado el título de "Agente de Expropiación", oficio nuevo que las obras de París habían creado. Sus relaciones con el Municipio le tenían al corriente de antemano sobre la apertura de las nuevas vías. Cuando llegaba a que se le hiciese saber, por un agente inspector, el trazado de un bulevar, iba a ofrecer sus servicios a los propietarios amenazados. Y hacía valer sus triquiñuelas para aumentar la indemnización, gestionando antes de que llegara a publicarse el decreto de utilidad pública. Desde el punto y hora en que un propietario aceptaba sus ofrecimientos, corrían por su cuenta todos los gastos, trazaba un plano de la propiedad, escribía una Memoria, seguía el asunto ante el tribunal, pagaba un abogado, todo mediante un tanto por

ciento sobre la diferencia entre la oferta del Municipio y la indemnización concedida por el jurado. Pero a aquella industria casi a las claras, agregaba mucho más. Sobre todo, prestaba con usura. No era ya el usurero de la antigua escuela, andrajoso, sucio, de pálidos y mudos ojos como monedas de cien sueldos, de labios descoloridos y apretados como los cordones de una boha. El se mostraba sonriente, dirigía miradas encantadoras, hacíase vestir por Dusautoy, iba a almorzar a casa de Brébanf con su víctima, a quien llamaba "caro amigo", ofreciéndole habanos a los postres. En el fondo, dentro de sus chalecos que le apretaban la cintura, Larsonneau era un terrible caballero que habría gestionado el pago de una cuenta hasta el suicidio del firmante, sin perder un ápice de su amabilidad.

De buena gana habría buscado Saccard otro asociado, pero abrigaba siempre inquietudes tocante al inventario falso que Larsonneau guardaba como oro en paño. Prefirió interesarle en el negocio, contando con aprovecharse de cualquiera circunstancia para volver a entrar en posesión de tan comprometedor documento. Larsonneau construyó el café-concierto, construcción de tablas y de argamasa, cubierta con campaniles de hojalata, que hizo pintarrapear de amarillo y rojo. El jardín y los juegos tuvieron aceptación en el populoso barrio de Charonne. Al cabo de dos años, la especulación parecía próspera, aunque los beneficios fuesen en realidad muy exigüos. Saccard, hasta entonces, no había hablado sino con gran entusiasmo a su mujer del porvenir de tan peregrina idea.

Renata, viendo que su marido no se determinaba a salir de la chimenea, en donde su voz se ahogaba cada vez más:

—Yo iré hoy a ver a Larsonneau—dijo;—es el único recurso que me queda.

Entonces Saccard dejó el tizón con que luchaba.

—El paso está dado, querida amiga—contestó sonriendo.—Por ventura, ¿no me anticipo a todos tus deseos?... Ayer por la noche vi a Larsonneau.

—¿Y te prometió los ciento treinta y seis mil francos?—preguntó con ansiedad.

Entre los dos tizones que ardían, iba formando un montoncillo de ascuas, reuniendo con todo cuidado, con las puntas de las tenazas, los más pequeños fragmentos de carbón, contemplando con ademán satisfecho cómo se alzaba aquel cerrillo que con tan exquisito arte construía.

—¡Oh! ¡pues no corres poco!—masculló.—Los ciento treinta y seis mil francos componen una suma importante... Larsonneau es un buen muchacho, pero su caja es todavía modesta. Sin embargo, está dispuestísimo a complacerte...

Y se detenía, guiñando los ojos, reconstruyendo un lado de la montaña que acababa de venirse abajo. Aquel entretenimiento empezaba a embrollar las ideas de la joven. A pesar suyo, seguía con la vista el trabajo de su marido, cuya torpeza aumentaba. Tentada estaba de aconsejarle. Olvidándose de Worms, de la factura y de la falta de recursos, acabó por decir:

—Pero coloca debajo el gran pedazo aquel; así los demás se sostendrán.

Su marido la obedeció con docilidad, agregando:

—No puede encontrar más que cincuenta mil francos. Siempre es una bonita cantidad para entregarla a cuenta... Sólo que no quiere involucrar este negocio con el de Charonne. El no es más que intermediario, ¿comprendes, querida amiga? La persona que presta el dinero exige intereses enormes. Querría un pagaré de ochenta mil francos a seis meses fecha.

Y habiendo coronado el montículo con un pedazo de brasa puntiagudo, cruzó las manos sobre las tenazas, mirando de hito en hito a su mujer.

—¡Ochenta mil francos!—exclamó,—¡pero eso es un robo!... ¿Me aconsejas acaso mañana locura?

—No—dijo sin rodeos,—pero si tienes en absoluto necesidad de dinero, no te la habré de prohibir.

Se levantó como para retirarse. Renata, pasado de indecisión cruel, miró a su marido y a la factura que dejaba sobre la chimenea. Concluyó por cogerse la cabeza entre las manos, murmurando:

—¡Oh! ¡esos negocios, esos negocios! Tengo esta mañana destrozada la cabeza... Anda, voy a firmar el pagaré de ochenta mil francos. Si no lo hiciese, acabaría por caer seriamente enferma. Me conozco, pasaría el día entero en un combate horrible... Las barbaridades prefiero hacerlas de golpe y porrazo; esto me alivia.

Y habló de llamar para que fuesen en busca del papel timbrado. Mas él quiso prestarle aquel servicio en persona. A no dudarlo, el papel timbrado lo tenía en el bolsillo, pues su ausencia se prolongó apenas dos minutos. En tanto que Renata escribía en una mesita que él había acercado a la chimenea, él la contemplaba con ojos en que brillaba ávido deseo. Hacía gran calor en la habitación, impregnada todavía con el ambiente del primer tocado de la joven. Hablando, hablando, había dejado que resbalaran los grandes pliegues del peinador en que se había arrebujado, y la mirada de su marido, de pie delante de ella, se deslizaba sobre su inclinada cabeza, por entre el oro de sus cabellos, hasta detenerse en las blancuras de su cuello y de su pecho. Sonreíase por modo singular; aquel ardiente fuego que le había encendido el rostro, aquella

cerrada habitación en que la espesa atmósfera conservaba una fragancia de amor, aquellos cabellos amarillos y aquella blanca tez que le incitaban con una especie de desdén conyugal, poníanle meditabundo, ampliando los límites del drama, una de cuyas escenas acababa de representar, haciendo surgir en él algún secreto y voluptuoso cálculo en su carne brutal de agiotista.

Cuando su mujer le alargó el pagaré, rogándole que terminase el asunto, él lo tomó, sin dejar de mirarla.

—Estás pasmosamente linda.

Y como Renata se bajase para apartar la mesa, la besó rudamente en el cuello. La joven lanzó un ligero grito; en seguida se levantó, temblorosa, tratando de reír, pensando, sin ser parte a evitarlo, en los besos del otro, del día anterior. Aquel beso de cochero le apenó; despidióse de ella, estrechándole amistosamente la mano y prometiéndole los cincuenta mil francos aquella noche misma.

Renata dormitó todo el día delante del fuego. En los momentos de crisis sentía languideces de criolla. Entonces toda su turbulencia se hacía perezosa, friolenta, adormecida. Tiritaba, le eran indispensables ardientes brasas, calor sofocante que le llevaba a la frente gotas de sudor que la adormecían. En aquel ardoroso ambiente, en aquel baño de llamas, casi no padecía; convertíase su dolor como en ligero sueño, en opresión vaga, cuya indecisión hasta concluía siendo voluptuosa. Así fué cómo adormeció hasta la noche sus remordimientos de la víspera, en la rojiza claridad de la chimenea, ante un espantoso fuego que hacía crujir los muebles en torno suyo y que le quitaba, a veces, hasta la conciencia de su ser. Pudo pensar en Máximo como en un ardiente goce, cuyos rayos le abrasaban; acometióle como una pesadilla de extravagantes amores,

en mitad de piras de fuego, sobre lechos enrojecidos al blanco. Celeste iba y venía en la habitación, con su quieta fisonomía de doncella de sangre helada. Tenía orden de no dejar entrar a nadie; hasta despidió a las inseparables Adelina de Espanet y Susana Halfner, de regreso de un almuerzo que acababan de tener juntas, en un pabellón alquilado por ellas en Saint-Germain. Sin embargo, allá hacia la noche, habiendo ido a decir a su señora que madama Sidonia, la hermana del señor, quería hablarle, dió orden de que la dejaran entrar.

La señora Sidonia generalmente no iba sino ya entrada la noche. Su hermano había, no obstante, conseguido que se pusiera vestidos de seda. No se sabía cómo, mas era el caso que la seda que llevaba, por más que acabase de salir de la tienda, nunca se veía nueva; se arrugaba, perdía el brillo y parecía un pingajo. Asimismo había accedido a no llevar su cesto a casa de los Saecard. En cambio, sus bolsillos rebotaban de papelotes. Renata, de la que no podía hacer una cliente razonable, resignada a las necesidades de la vida, le interesaba. Visitábala con regularidad, con discretas sonrisas de médico que no quiere asustar a un enfermo haciéndole saber el nombre de su enfermedad. Compadecíala por sus miserias, así como por la pupa que curaría en un dos por tres, si la joven viniese en ello. Esta, que se encontraba en uno de esos instantes en que la persona necesita ser compadecida, la mandaba únicamente entrar para decirle que tenía dolores de cabeza de todo punto insoportables.

—¡Ah, hermosa mía!— murmuró madama Sidonia al deslizarse a la obscuridad de la habitación,—¡pero si te estás ahogando aquí!... Siempre con tus dolores neurálgicos, ¿no es así? Penas y nada más que penas: tomas la vida demasiado por lo serio.

—Si, no me faltan desazones— contestó languidamente Renata.

La noche se venía encima. No había querido que Celeste encendiese la lámpara. Solamente la chimenea lanzaba roja claridad, que la iluminaba de lleno, arrellanada, en su blanco peinador, cuyos encajes aparecían color de rosa. En la penumbra veíase tan sólo la orla del vestido negro de la señora Sidonia y ambas sus manos cruzadas cubiertas con guantes de algodón gris. Su apagada voz parecía salir de las tinieblas.

—¡Todavía disgustos por causa del dinero!— dijo, como si hubiese dicho "penas del corazón", con tono rebotante de dulzura y de compasión.

Renata bajó los párpados e hizo un ademán de asentimiento.

—¡Ah! si mis hermanos quisiesen oírme, todos seríamos ricos. Pero se encogen de hombros cuando les hablo de aquella deuda de tres mil millones... Tengo grandes esperanzas, a pesar de todo. Desde hace diez años estoy deseando hacer un viaje a Inglaterra... ¡Puedo disponer de tan poco tiempo!... Por último he resuelto escribir a Londres, y en espera estoy de respuesta.

Pero como la joven se sonriese:

—Ya lo sé que eres una incrédula tú también. Muy contenta quedarías, no obstante, si un día de estos te hiciese un regalo de un millonaje... Vaya, la historia es por demás sencilla: se trata de un banquero de París que prestó dinero al hijo del rey de Inglaterra, y como el banquero falleció sin heredero legítimo, el Estado puede hoy día exigir el reembolso de la deuda, con sus intereses compuestos. Yo tengo hecho el cálculo, y la cosa asciende a dos mil novecientos cuarenta y tres millones doscientos cincuenta mil francos... No tengas miedo, que será un hecho, será un hecho.

—Entre tanto—dijo la joven con un tanto de

ironía, —bien podría usted hacer que se me pres-tasen cien mil francos... Así podría pagar a mi sastre, quien me hace pasar muy malos ratos.

—Cien mil francos se encuentran —contestó tranquilamente madama Sidonia; — sería cuestión tan sólo de fijar el precio.

La lumbre resplandecía; Renata, más lángui-da cada vez, estiraba las piernas dejando ver las babuchas al extremo del peinador. La corredora repuso con su acento lacrimoso:

—Pobrecita mía, en realidad no eres razona-ble... Muchas son las mujeres que conozco, pero ninguna tan poco cuidadosa de lo que le con-viene. Mira, ahí tienes a esa pequeña Michelin; esa sí que las sabe arreglar. A pesar mío, pienso en ti cuando la veo tan dichosa y tan campante... ¿Sabes que el señor de Saffré está como un loco enamorado y que ya le ha hecho regalos que im-portan casi diez mil francos?... Tengo para mí que sueña en tener una casa de campo.

Y se animaba mientras buscaba en el bolsillo.

—Aquí precisamente tengo una carta de una pobre joven... Siuviésemos luz te la dejaría leer... Figúrate que su marido maldito lo que se ocupa de ella. Había firmado pagarés, y no ha tenido más remedio que pedir prestado a un ca-ballero a quien yo conozco. Yo soy la que ha reti-rado los pagarés de las garras de los alguaciles, y no con poco trabajo... Y esos pobres mucha-chos, ¿crees tú que hacen ningún mal? Yo los recibo en mi casa como si fuesen mi hijo y mi hija.

—¿Conoce usted a algún prestamista? — dijo Renata con negligencia.

—Diez conozco... Tú eres demasiado buena. Entre mujeres, ¿no te parece? son muchas las cosas que se pueden decir, y no porqué tu mari-do sea mi hermano, he de excusarle de que ande por ahí tras de las mujeres perdidas, dejando

que se consuma en un rincón del fuego una mu-jer tan preciosa como tú... Esa Laura de Aurig-ny le cuesta un ojo de la cara. No me maravilla-ría de que te hubiese negado dinero. Te lo ha negado, ¿me equivoco?... ¡Ah, desgraciado!

Renata escuchaba complacida aquella voz in-dolente que salía de la obscuridad, como el eco vago aun de sus propios ensueños. Con los pár-pados entornados, tendida casi en su sillón, ya no se daba cuenta de que madama Sidonia estu-viese allí, creía soñar que malos pensamientos le acudían a la mente y que la tentaban con suavi-sima dulzura. La corredora siguió hablando por mucho tiempo, semejante a un chorro de agua tibia y monótona.

—La señora de Lauwerens ha sido la que ha menoscabado tu existencia. Nunca me has que-rido creer. ¡Ah! no te encontrarías gimiendo en un rincón de tu chimenea, si no hubieses desconfiado de mí... Y yo te quiero como a mis propios ojos, hermosa mía. Tienes un pie seductor. Vas a burlarte de mí, pero quiero contarte mis locu-ras: cuando pasan tres días sin que te haya visto, me es de todo punto indispensable venir a admi-rarte; sí, me falta algo; necesito saciar mi vista con tus hermosos cabellos, con tu rostro tan blanco y tan delicado, con tu delgado talle... En realidad de verdad, en toda mi vida he visto talle como el tuyo.

Renata acabó por sonreírse. Ni sus mismos adoradores, al hablarle de su belleza, demostra-ban tanto calor, tan reconcentrado éxtasis.

La señora Sidonia se fijó en aquella sonrisa.

—Vamos, queda convenido — dijo levantándo-se de súbito. —Estoy charla que te charla y me olvido de que te caliento la cabeza... Vendrás mañana, ¿verdad que sí? Hablaremos de dinero, buscaremos un prestamista... ¿Entiendes? deseo que seas feliz.

La joven, sin moverse, desfallecida por el calor, contestó con el silencio, como si hubiese necesitado un trabajo laborioso para comprender lo que se decía a su alrededor.

—Si, iré, queda convenido, y hablaremos; pero no mañana. Worms se contentará con una cantidad a cuenta. Cuando vuelva a atormentarme, veremos. No vuelva usted a hablarme de todo esto. Tengo ahora la cabeza destornillada para los negocios.

Madama Sidonia pareció muy contrariada. Iba a volverse a sentar, a reanudar su cariñoso monólogo; pero la fatigada actitud de Renata le hizo posponer su investida para otra ocasión. Sacó del bolsillo un puñado de papelotes, entre los cuales buscó y acabó por encontrar un objeto encerrado en una especie de caja color de rosa.

—Había venido para recomendarte un jabón nuevo—dijo volviendo a su voz de corredora.—Me intereso en el alma por el inventor, que es un primor de joven. Es un jabón suavísimo, muy conveniente para el cutis. Ya lo probarás, ¿verdad? y hablarás de él a tus amigas... Aquí te lo dejo, sobre la chimenea.

Estaba ya en la puerta, cuando volvió atrás, y, en pie, en medio de la claridad rojiza de la chimenea, con su rostro de cera, púsose a hacer el elogio de un cinturón elástico, un invento destinado a reemplazar los corsés.

—Esto da al talle una forma redonda en absoluto, un verdadero talle de avispa—continuaba.—Esto lo he salvado de una quiebra. Cuando vayas por casa, te probarás las muestras, si lo deseas... He tenido que verme con abogados toda una semana. Tengo el legajo en el bolsillo y me voy en seguida a casa de mi procurador para presentar una última oposición... Hasta muy pronto, hermosa mía. Ya sabes que te espero y que quiero enjugar tus lindos ojos.

Deslizóse y desapareció. Renata no la oyó ni siquiera cerrar la puerta. Quedóse delante del fuego que se apagaba, continuando el ensueño de todo el día, con la cabeza llena de números que parecían bailar dentro de ella, oyendo a lo lejos las voces de Saccard y de Sidonia, que hablaban como ofreciéndole ésta cantidades considerables, con el acento que emplea el tasador para vender un mobiliario en pública subasta. Sentía en el cuello el beso brutal de su marido, y cuando se volvía, era la corredora a quien encontraba a sus pies, con el vestido negro, con su verdoso rostro, dirigiéndole apasionadas frases, poniendo en las nubes sus perfecciones e implorando una cita de amor, en la actitud del amante en el colmo de la resignación. Aquello la hacía sonreír. El calor en el gabinete se hacía cada vez más sofocante. Y el estupor de la joven, los extravagantes ensueños que la asediaban, no eran sino un sueño ligero artificial, en cuyo fondo veía incesantemente el gabinetito del bulevar, el ancho diván en que había caído de rodillas. No sufría ya nada absolutamente: cuando alzaba los párpados, Máximo cruzaba por entre las encendidas brasas.

El día siguiente, en el baile del ministerio, la hermosa señora de Saccard estuvo admirable. Worms había aceptado los cincuenta mil francos a cuenta; de aquel apuro de dinero salía Renata con risas de convaleciente. Cuando atravesó los salones con su gran vestido de faya color de rosa con larga cola Luis XIV, guarnecida de anchos encajes blancos, alzóse un murmullo y los hombres se empujaron para verla. Los íntimos se inclinaban con discreta sonrisa de inteligencia, rindiendo homenaje a sus hermosos hombros, tan conocidos por todo el París oficial y que eran las sólidas columnas del imperio. Iba descotada, con desprecio tal de las miradas, andaba con sosiego

y blandura tales en medio de su desnudez, que casi no resultaba indecente. Eugenio Rougon, el gran hombre político, que tenía aquella desnuda garganta por más elocuente aún que su palabra en la Cámara, más dulce y más persuasiva para hacer saborear los encantos del régimen y convencer a los escépticos, fué a felicitar a su hermana política por su feliz y audaz osadía, al descegar su corpiño dos dedos más. Casi todo el Cuerpo legislativo se encontraba allí, y al ver el modo con que los diputados miraban a la joven, el ministro se prometía el mejor de los éxitos para el día siguiente, en la delicada cuestión de los empréstitos de la ciudad de París.

No era posible votar contra un poder que hacía brotar en el mantillo de los millones, una flor como aquella Renata, tan extraña flor de voluptuosidad, con cutis de seda, con desnudeces de estatua, goce viviente que dejaba tras sí una fragancia de tibio placer. Mas lo que hizo cuchichear al baile entero fué el collar y la piocha. Los hombres conocían las joyas, y las mujeres se las señalaban, furtivamente, con la vista. No se habló sino de aquello en toda la noche. Y los salones se prolongaban unos tras otros, iluminados por la blanca claridad de las arañas, henchidos de brillante muchedumbre, cual una confusión de astros caídos en lugar demasiado estrecho.

Allá a la una Saecard se eclipsó. Había disfrutado del gran éxito de su mujer, como hombre a quien satisface su golpe teatral. Acababa de consolidar su crédito más y más. Un asunto le llamaba a casa de Laura de Aurigny; tocó soleta, rogando a Máximo que acompañase a Renata al hotel, después del baile.

Máximo había pasado la velada juiciosamente, al lado de Luisa de Mareuil, ocupadísimos ambos en poner cual no digan dueñas a las damas que iban y venían. Y cuando daban con una locu-

ra mayor que las otras, ahogaban las risas tras de los pañuelos. Fué preciso que Renata se acercase a pedir el brazo al joven para salir de los salones. En el coche mostró nerviosa alegría; sentíase como vibrante aun de la embriaguez de las luces, de los perfumes y de los ruidos que acababa de atravesar. Por lo demás, parecía haber echado en olvido su "tontería" del hulevar, como decía Máximo. Renata le preguntó tan sólo, con acento singular:

—Por lo que se ve, es muy graciosa esa jorobadita de Luisa.

—¡Oh! graciosísima—contestó el joven riendo todavía.—Supongo que habrás visto a la duquesa de Sternich con un pájaro amarillo en el peinado. ¿No? ¿Pues no se le ha ocurrido a Luisa que se trata de un pájaro mecánico que agita las alas y que grita al pobre duque a todas horas: ¡Cucu! ¡cucu!...

A Renata le pareció muy cómica aquella broma de colegiala emancipada. Así que hubieron llegado, al ir Máximo a despedirse, Renata le dijo:

—¿No subes? Seguramente Celeste me tiene preparado un refrigerio.

Y subió con su abandono de costumbre.

Arriba no se encontraron con refrigerio alguno, y Celeste estaba entre sábanas. Hubo precisión de que Renata encendiese las bujías de un pequeño candelabro de tres brazos. La mano le temblaba un poco.

—Esa boba—decía hablando de su doncella—habrá comprendido mal mis órdenes. Me parece que no sabré nunca desnudarme sola.

Pasó a su gabinete de tocado. Máximo se fué tras ella para contarle un nuevo chiste de Luisa que le acudía a la memoria, tan tranquilo como si se hubiese retardado en casa de un amigo, y buscando ya su petaca para encender un habano.

Y una vez allí, cuando Renata hubo colocado el candelabro, volvióse y cayó en brazos del joven, muda e inquieta, pegando sus labios a los de Máximo.

La habitación particular de Renata era un nido de seda y de encajes, una maravilla de lujo y de coquetería. Un retrete muy reducido procedía a la alcoba. Ambas piezas no componían más que una, o cuando menos, el retrete apenas era el dintel de la habitación, grande alcoba sin puerta formal, provista de cómodos sillones y cerrada por dobles antepuertas. Las paredes, en una y otra habitación, se hallaban asimismo tapizadas con una tela de seda mate gris de lino, recamada con enormes ramilletes de rosas, de lilas blancas y de ranúnculos. Las cortinas y las antepuertas eran de encajes de Venecia, sobrepuestos en forro de seda, compuesto de bandas alternativamente grises y de color de rosa. En la alcoba, la chimenea de mármol blanco, verdadera joya, ostentaba, como una canasta de flores, sus incrustaciones de lápiz-lázuli y de preciosos mosaicos, reproduciendo las rosas, las lilas blancas y los ranúnculos o botones de oro de la tapicería. Un gran lecho gris y rosa, cuya madera cubierta de tela y de flecos de seda no se veía, y cuyo cabece-ro se apoyaba en la pared, llenaba la mitad entera de la habitación, con su oleada de colgaduras, con sus encajes de relieve y su sedería brochada de ramilletes, que caían desde el techo hasta la alfombra. Habriasele tomado por un completo traje de mujer, redondeado, lleno de picados y recortes, acompañado de bullones de lazos, de volantes; y aquella amplia cortina, que se henchía a modo de falda, llevaba a pensar en una gran enamorada, inclinada, desfalleciente y pronta a caer sobre las almohadas. Bajo las cortinas, aquello era como un santuario; batistas dobladas en diminutos pliegues, una nube de blondas,

toda suerte de cosas delicadas y transparentes, que se anegaban en una media luz religiosa. Al lado del lecho, de aquel monumento, cuya devota amplitud traía a la memoria una capilla adornada para cualquier fiesta, los demás muebles desaparecían; asientos bajos, una *psiché* (tocador) de dos metros, y muebles provistos de infinidad de cajones. En el suelo, la alfombra, de color gris azulado, se hallaba sembrada de rosas pálidas y deshojadas. Y, a ambos lados del lecho, veíanse sendas pieles de enormes osos negros, guarnecidas de terciopelo color de rosa, con uñas de plata, y cuyas cabezas, vueltas hacia la ventana, miraban fijamente el ancho cielo con sus ojos de cristal.

Ofrecía aquella estancia una dulce armonía, un recogido silencio. Ninguna nota demasiado aguda, reflejo metálico ni dorado brillante sobresalían en la soñadora frase de los colores rosa y gris. Hasta el ornato de la chimenea, el marco del espejo, el reloj de péndulo y los candelabros, estaban fabricados de antiguo Sevres, dejando ver apenas el metal dorado de las monturas. Toda aquella ornamentación era una maravilla, el péndulo sobre todo, con su rueda de Amores molletudos, que bajaban y se inclinaban alrededor de la muestra, como una bandada de pilluelos en pelota, burlándose de la rápida marcha de las horas. Aquel lujo atenuado, aquellos colores y aquellos objetos que el gusto de Renata había escogido, tiernos y sonrientes, infundían allí un crepúsculo, una velada claridad de alcoba cuyas cortinas se han corrido. Parecía que el lecho se prolongaba, que la habitación entera fuese un inmenso lecho, con sus alfombras, sus pieles de osos, sus asientos apuntados, sus tapices acolchados que continuaban la molicie del suelo a lo largo de las paredes hasta el techo. Y, al igual que en una cama, la joven dejaba sobre todos

aquellos objetos la huella, el suave calor, el perfume de su cuerpo. Cuando se descorría la doble antepuerta del gabinete, parecía que se levantaba una sobre-cama bordada de seda, que se entraba en un gran lecho, tibio y húmedo todavía, en donde se encontraban, bajo las delicadas telas, las adorables formas, el sueño y las dulces quimeras de una parisina de treinta años.

La pieza inmediata, el guarda-ropa, grande habitación tapizada de antiguo persa, estaba sencillamente rodeada de altos armarios de palo de rosa, en los que se hallaba colgado un ejército de vestidos. Celeste, en extremo metódica, colocaba los trajes por orden de antigüedad, les ponía sus correspondientes rótulos, empleaba la aritmética para los caprichos amarillos o azules de su señora y mantenía el guarda-ropa en el reconocimiento de sacristía y de limpieza de un gran guararnés.

Pero la maravilla de la habitación, la pieza de que se hablaba en todo París, era el gabinete de tocado. Decíase "El gabinete tocador de la señora de Saccard" como se dice "La galería de los espejos, en Versalles". Hallábase aquel gabinete en una de las torrecillas del hotel, debajo precisamente del saloncito botón de oro. Al entrar allí, figurábase uno hallarse en una tienda redonda, tienda de hadas, erigida en pleno ensueño por alguna guerrera enamorada. En el centro del techo, una corona de plata cincelada sostenía los paños de la tienda, que bajaban redondeándose, hasta unirse a las paredes, desde donde caían rectos hasta el pavimento. Aquellos paños, aquella rica tapicería estaba compuesta de un forro de seda color de rosa, cubierto con transparente muselina, rizada a grandes pliegues de trecho en trecho; un adorno sobrepuesto de guipure separaba los pliegues y unas varitas de plata bruñida bajaban de la corona, se extendían

a lo largo de la tapicería en ambas orillas de cada aplicación. El gris rosa de la alcoba tomaba allí tintes más claros, convirtiéndose en blanco rosa de desnuda carne. Y bajo aquella bóveda de encajes, bajo aquellas cortinas que tan sólo dejaban ver del techo, por el estrecho círculo de la corona, un claro azulado, en el que Chaplin había pintado un risueño Amorcillo mirando y aparejando su flecha, habriase cualquiera creído dentro de una cajita de confites, en un lindo estuche para joyas, agrandado y dispuesto para el brillo de un diamante, ya que no para la desnudez de una mujer. La alfombra, como la nieve blanca, se extendía sin la menor semilla de flores. Anueblaban la estancia un armario de luna, cuyos dos tableros estaban incrustados de plata; una silla larga, dos *prouffs*, unos taburetes de raso blanco y una gran mesa de tocado, con tablero de mármol rosa y cuyos pies desaparecían bajo volantes de muselina y de guipur. La cristalería de la mesa-tocador, los vasos, los frascos, la palangana, eran de antiguo bohemía veteado de rosa y de blanco. Y veíase además otra mesa, incrustada de plata, como el armario de espejo, en donde se hallaban en perfecto orden todos los útiles y artefactos de tocador, raro conjunto que ostentaba un considerable número de delicados instrumentos, cuyo uso no se comprendía fácilmente: los rascaespaldas, los alisadores, las limas de todos tamaños y de todas las formas, las tijeras rectas y encorvadas, todas las variedades de pinzas y de alfileres. Cada uno de aquellos objetos, de plata y marfil, estaba marcado con las iniciales de Renata.

Pero en el gabinete había sobre todo un rincón delicioso, rincón que le daba celebridad. Enfrente de la ventana, los paños de la tienda se abrían y descubrían, en el fondo de una especie de alcoba larga y algo perfumada, una bañera,

una fuente de mármol color de rosa empotrada en el suelo y cuyos acanalados bordes, como los de una gran concha, llegaban a ras de la alfombra. Bajábase a la bañera por escalones de mármol. Por encima de los grifos de plata, en forma de cuello de cisne, un espejo de Venecia, sin marco, con dibujos trazados en el cristal, ocupaba el fondo de la alcoba. Todas las mañanas Renata tomaba un baño de unos minutos. Aquel baño impregnaba el gabinete, para todo el día, de una humedad, de un perfume de carne fresca y mojada. A veces un frasco destapado, una pastilla de jabón que se había quedado fuera de su caja, difundían un aroma más penetrante en aquella languidez un tanto insulsa. La joven se parecía por permanecer allí hasta el mediodía, casi desnuda. La redonda tienda aparecía desnuda también. Aquella bañera color de rosa, aquellas mesas y jofainas rosadas asimismo, aquella museлина del techo y de las paredes, bajo la cual creíase ver desprenderse una como rosada sangre, comunicaban redondeces de carne, de hombros y de senos; y, según a que hora del día, habríase las tenido por el niveo cutis de un niño o por el ardoroso de una mujer. Cuando Renata salía del baño, su blanco cuerpo, en aquella gran desnudez, sólo agregaba un ligero y rosado tinte al tibio ambiente de la habitación.

Fué Máximo quien desnudó a Renata. Entendía por todo lo alto de aquellas cosas, y sus ágiles manos adivinaban los alfileres y se deslizaban alrededor de su talle con no aprendida ciencia. La despeinó, le quitó los diamantes y la volvió a peinar para la noche. Y como a su oficio de doncella y de peluquero añadiese bromas y caricias, Renata se reía con risa impúdica y ahogada, mientras que la seda del corpiño le crujía y sus enaguas se desataban una por una. Así que se vió desnuda, apagó las bujías del candelabro, co-

gió a Máximo por la cintura y casi lo empujó hasta la alcoba. Aquel baile había acabado casi por embriagarla. En medio de su fiebre se daba cuenta del día que había pasado la víspera delante de la chimenea, de aquel día de ardiente estupor, de ensueños vagos y sonrientes. Y seguía oyendo el dialogar de las secas voces de Saccard y de madama Sidonia, citando números con el ganguero propio de los alguaciles. Personas eran aquellas que la ponían en el disparador, que la impulsaban al crimen. Y hasta en aquella ocasión, cuando buscaba los labios de Máximo, en el fondo del gran lecho oscuro, veíalo siempre en medio de la lumbre de la vispera, mirándola con ojos que la abrasaban.

El joven no se retiró hasta las seis de la mañana. Dióle ella la llave del postigo del parque Monceaux, haciéndole jurar que volvería todas las noches. El gabinete tocador comunicaba con el salón capullo de oro por una escalera de servicio oculta en la pared y que daba acceso a todas las piezas de la torrecilla. Del salón era fácil pasar a la estufa y dirigirse al parque.

Al salir al rayar el día, en medio de espesa niebla, Máximo se sentía un tanto aturdido por su buena suerte, aceptándola, por otra parte, con sus concupiscencias de ser neutro.

— ¡Tanto peor! — pensaba, — ella es la que lo quiere, al fin y al cabo... ¡Qué divinamente formada está! y tenía razón, en la cama es dos veces más seductora que Silvia.

Poco a poco habíanse ido deslizado hacia el incesto, desde el punto y hora en que, con su raída chaqueta de colegial, se había como gollgado al cuello de Renata, arrugándole su traje de guardia francés. La extraña educación que la joven daba al muchacho, las familiaridades que los convirtieron en dos camaradas; después la regocijada audacia de sus confidencias, toda

aquella peligrosa promiscuidad, acabó por ligarles con lazo singular, en que las alegrías de la amistad convertíanse casi en satisfacciones carnales. Habíanse, pues, entregado uno a otro desde hacia años; el acto brutal fué tan sólo la crisis aguda de aquella inconsciente enfermedad de amor. En la loca sociedad en que vivían, su falta había brotado como sobre un estercolero abonado con equivocados jugos, y habíase desarrollado con extraños refinamientos, en medio de particulares condiciones de libertinaje.

Cuando la gran carretela les llevaba al bosque y les mecía blandamente a lo largo de las avenidas, refiriéndose obscenidades al oído, buscando en su infancia las tunantadas del instinto, aquello era tan sólo una desviación y una satisfacción no confesada de sus deseos. Sentíanse vagamente culpables, como si se hubiesen desflorado con sólo el contacto; y hasta aquel pecado original, aquella languidez producida por las conversaciones obscenas que les abrumaban con voluptuoso consorcio, halagaban con mayor dulzura sus sentidos que los besos reales y positivos. Su compañerismo fué por tal modo la marcha lenta de dos enamorados, que debía llevarlos fatalmente un día al gabinete del café Riche y al gran lecho gris y rosa de Renata. Cuando se encontraron en brazos uno del otro, no experimentaron la impresión de la falta. Habíaseles tenido por antiguos amantes, cuyos besos despertaban lejanos recuerdos. Y acababan de perder tantas horas en un contacto de todo su ser, que hablaban, a pesar suyo, de aquel pasado henchido de sus ignorantes ternezas.

—¿Te acuerdas del día en que llegué a París? —decía Máximo;—llevabas un traje de lo más precioso; yo con el dedo, tracé un ángulo en tu pecho y te aconsejé que te descotasés haciendo punta... Sentía la carne bajo la camiseta, y em-

pujaba un poco el dedo... ¡Qué rico era aquello!

Renata se reía besándole, y murmuraba:

—¡No eras ya poco libertino!... y cómo nos divertiste en casa de Worms, ¿te acuerdas? Te llamábamos "nuestro hombrecillo". Mas yo siempre he tenido para mí que la gorda Susana se te habría entregado sin vacilar, si la marquesa no la hubiese vigilado con furibundos ojos.

—¡Ah! sí; ¡y poco que nos reímos!...—murmuraba el joven.—El álbum de las fotografías, ¿eh? y todo lo demás, nuestras correrías por París y nuestras meriendas en la pastelería del bulevar; ¿no te acuerdas de aquellos pastelillos de fresa por los cuales te pirrabas? Por mi parte me acordaré toda la vida de aquella tarde, en que me contaste la aventura de Adelina, en el convento, cuando escribía cartas a Susana, y firmaba como un hombre: Arturo de Espanet, y le proponía que la raptara...

Los amantes se regocijaban con tan graciosa historia; después Máximo proseguía con voz mimosa:

—¿Y cuando ibas por mí al colegio en tu coche?... deberíamos estar chuscos los dos... Yo desaparecía bajo tus faldas: tan pequeñín era.

—Sí, sí,—balbuceaba Renata, acometida de escalofríos y atrayendo al joven hacia ella,—aquello era magnífico, como tú dices. Nos queríamos sin saberlo, ¿no es así? Por mi parte, lo supe antes que tú. Días pasados, al regresar del Bosque, rocé tu pierna, y me estremecí... Pero tú de nada te percataste. ¿Eh? No pensabas en mí, ¿verdad que no?

—¡Oh! sí—contestaba un sí es o no es turbado.—Sólo que yo no sabía, ya comprendes, no me atrevía.

No decía la verdad. La idea de poseer a Renata no le había pasado nunca por las mientes; habíala desflorado con todo su libertinaje sin de-

searla en realidad. Era demasiado afeminado para tamaño esfuerzo. Aceptó a Renata porque se le imponía y deslizóse hasta su lecho, sin quererlo, sin preverlo. Cuando allí cayó, permaneció allí porque hacía un calorcito agradable y porque perdía la memoria en todos los agujeros en que se metía. En los comienzos, saboreó hasta satisfacciones de amor propio. Tratábase de la primer mujer casada que poseía y no le pasaba por la imaginación que el marido era su padre.

Pero Renata aportaba a la falta todos los ardores de un corazón desordenado. También ella se había dejado deslizar por la pendiente; sólo que no había rodado hasta el fin como carne inerte. El deseo se había despertado sobrado tarde para poderlo combatir, cuando la caída era ya irremediable. Semejante caída se le presentó bruscamente como necesidad de su aburrimiento, como goce raro y extremo, único que podía despertar sus sentidos fatigados, su corazón marchito. En aquel paseo del otoño, a la hora del crepúsculo, cuando el Bosque se adormecía, fué cuando la vaga idea del incesto se le presentó, semejante a un cosquilleo que le produjo a flor del cutis un desconocido estremecimiento; y, por la noche, en la semiembriaguez de la comida, bajo el aguijón de los celos, aquella idea llegó a precisarse, se irguió arduosamente ante ella, en medio de los calores de la estufa, en frente de Máximo y de Luisa. En aquella hora, aspiró al mal, al mal que nadie comete, al mal que iba a henchir su vacía existencia y empujarla por último a aquel infierno, del que siempre tuvo miedo, como en aquellos tiempos en que era niña. Luego, al día siguiente, por un sentimiento extraño de remordimiento y de cansancio, sus deseos desaparecieron. Pareciale que había ya pecado, que no era aquello tan bueno como se figu-

raba y que, antes por el contrario, sería el colmo de la suciedad. La crisis había de ser fatal, llegar por sí misma, sin tener en cuenta a aquellos dos seres, a aquellos camaradas, destinados como estaban a engañarse un día y a aparearse, creyendo darse un apretón de manos. Mas, tras de aquella caída bestial, entregóse de nuevo a su ilusión de un placer sin nombre, y entonces volvió a estrechar a Máximo en sus brazos, curiosa por él, curiosa por las alegrías de un amor que consideraba como un crimen. Su voluntad aceptó el incesto, lo exigió y creyó saborearlo hasta el fin, hasta los remordimientos, si era que aparecían alguna vez. Presentóse activa, consciente; amó con su gran frenesí de gran mujer de mundo, con sus inquietos perjuicios de burguesa, con todos sus combates, sus alegrías y sinsabores de mujer que se ciega en su propio desprecio.

Máximo volvió todas las noches; llegaba por el jardín, a la una de la madrugada. Lo más frecuente era que ella le esperase en la estufa, que él había de atravesar para dirigirse al salóncito. Por lo demás la impudicia de ambos no tenía límites, apenas se ocultaban y se olvidaban de las precauciones más elementales del adulterio. En realidad de verdad, aquel rincón del hotel les pertenecía. Unicamente Bautista, el ayuda de cámara del marido, tenía derecho para entrar allí, y Bautista, hombre formal, desaparecía tan pronto como su servicio quedaba terminado. Máximo, tenía la graciosa ocurrencia de decir que se retiraba para escribir sus Memorias. Una noche, sin embargo, cuando acababa de llegar, Renata se lo mostró, atravesando solemnemente el salón, con un candelabro en la mano. El gran criado, con su aspecto de ministro, iluminado por la amarilla claridad de la cera, presentaba la noche aquella un semblante más correcto y más severo aún que de costumbre. Inclináronse

los amantes y le vieron apagar la bujía y dirigirse hacia las cuadras, en donde dormían caballos y palafreneros.

—Está haciendo la ronda—dijo Máximo.

Renata se quedó trémula. Por regla general, Bautista le causaba inquietud. Llegaba a decir que era el único hombre honrado del hotel, con su frialdad y sus serenas miradas, que no se fijaban nunca en los hombros de las mujeres.

Emplearon entonces alguna prudencia para verse. Cerraban las puertas del saloncito, y de este modo podían gozar con toda tranquilidad de éste, de la estufa y de la habitación de Renata. Era aquello todo un mundo. Durante los primeros meses, allí disfrutaron los goces más refinados, los más delicadamente buscados. Pasearon sus amores desde el gran lecho gris y rosa de la alcoba, a la blanca y rosada desnudez del gabinete tocador y a la sinfonía en amarillo menor del saloncito. Cada pieza, con su perfume particular, con sus tapices, con su vida propia, les proporcionaba una ternura diferente, hacían de Renata una enamorada distinta: mostróse delicada y preciosa en su almohadillado lecho de gran dama, en medio de aquella habitación templada y aristocrática, en donde el amor revestía una como purificación de buen gusto; bajo la tienda color de carne, en medio de los perfumes y de la húmeda languidez del cuarto de baño, mostrábase muchacha caprichosa y carnal, entregándose al salir del baño, y allí fué en donde Máximo la prefirió; después, allá abajo, a la refulgente luz de sol naciente del saloncito, en medio de aquella aurora amarillenta que doraba sus cabellos, convertíase en diosa, con su cabeza de rubia Diana, con sus desnudos brazos de castas actitudes, con su cuerpo irreprochable, cuyos movimientos, en los confidentes, revestían nobles líneas de gracia clásica. Mas era aquel un

sitio en el cual Máximo casi tenía miedo y al que Renata no le arrastraba sino en los días malos, aquellos en que ella se sentía falta de más punzante embriaguez. Entonces se enamoraban en la estufa; allí era en donde saboreaban el incesto.

Una noche, en un momento de inquietud profunda, la joven quiso que su amante fuese por una de las pieles de oso negro. Y hundiéronse sobre ella, al borde de una fuente, en la gran avenida circular. En la parte exterior helaba terriblemente, en medio de límpidísima claridad de luna. Máximo había llegado tiritando, con las orejas y los dedos hechos pura nieve. La estufa se hallaba tan caliente, que le sorprendió un desfallecimiento al recostarse sobre la piel del animal. Entraba en tan intenso calor al salir de las agudas picaduras del frío, que experimentaba escozores, como si le hubiesen azotado con mimbres. Cuando volvió en sí, vió a Renata arrodillada, inclinada, con los ojos fijos y en actitud tan brutal, que le causó miedo. Con los cabellos en desorden y desnudos los hombros apoyábase en los puños, con la espina dorsal prolongada, semejante a una enorme gata de fosforescentes ojos. El joven, tendido de espaldas, distinguió, por encima de los hombros de aquella hermosa cuanto enamorada fiera que le miraba, la esfinge de mármol, cuyas relucientes caderas iluminaba la luna. Renata ofrecía la actitud y la sonrisa del monstruo con cabeza de mujer, y, en sus desprendidas faldas, parecíase a la blanca hermana de aquel dios negro.

Máximo permaneció languideciente. El calor era sofocante, calor sombrío, que no caía del cielo en lluvia de fuego, sino que se arrastraba por el suelo, como una dañina exhalación, cuyo vapor se alzaba semejante a una nube preñada de tempestad. Una cálida humedad cubría a los amantes de rocío, de sudor ardiente. Por largo

espacio permanecieron sin movimientos y sin pronunciar una palabra, en aquel baño de llamas, Máximo abatido e inerte, Renata temblorosa y apoyada sobre las manos como sobre corvas flexibles y nerviosas.

Por fuera, y a través de los cristales de la estufa, veíanse rayos de luz por la parte del parque Monceaux, macizos de árboles de delicadas y negras formas, praderas de césped blancas como congelados lagos, todo un paisaje muerto, cuyas delicadezas, claros y lisos matices, recordaban trozos de grabados japoneses. Y aquel rincón de abrasadora tierra, aquel inflamado lecho en que los amantes se tendían, hervía por modo extraño en medio de aquel grande y mudo frío del exterior.

Pasaron una noche de amor loco. Renata era el hombre, la voluntad apasionada y ejecutiva. Máximo se sometía. Aquel ser neutro, rubio y bonito, herido desde la infancia en su virilidad, convertíase en los brazos de la joven, en una gran moza, con sus miembros despojados de vello y con sus graciosas desnudeces de efebo romano. Parecía como nacido y desarrollado para perversión de la voluptuosidad. Renata gozaba de su dominio, doblegando bajo su pasión a aquella criatura cuyo sexo vacilaba siempre. Constituía aquello para ella una constante extrañeza del deseo, una sorpresa de los sentidos, una rara sensación de malestar y de agudo placer. De nada más se daba cuenta; volvía a sus dudas al contemplar su delicado cutis, su redondeado cuello, sus abandonos y sus desvanecimientos. Llegó entonces a la plenitud de su goce. Máximo, al revelar un nuevo estremecimiento, la llevó a completar sus extravagantes tocados, su prodigioso lujo, su vida hasta el último trance; inoculó en su carne la nota excesiva que ya cantaba en torno de ella; fué el amante aparejado para

las modas y para las locuras de la época. Aquel lindo muchacho, cuyas esbeltas formas dibujaban sus trajes, aquella niña frustrada, que se paseaba por los bulevares, con la raya en medio de la cabeza, con sus risitas y sus sonrisas de aburrimiento, aparecía ser, en manos de Renata, uno de esos desórdenes de decadencia que, en ciertas ocasiones, en una nación podrida, consume el cuerpo y desconcierta el entendimiento.

En la estufa sobre todo era en donde Renata era el hombre. La calenturienta noche que allí pasaron fué seguida por muchas más. La estufa amaba, ardía al par que ellos. En el pesado ambiente, en la argentada claridad de la luna, veían el extraño mundo de las plantas que les rodeaban, moverse confusamente, cambiar abrazos. La piel de oso negro ocupaba toda la avenida. A sus plantas la fuente exhalaba vapores, acompañados de bullidora agitación, de espeso enlace de raíces, mientras que la rosada estrella de las Ninfas, se abría a flor de agua, como un corsé de virgen, y que las Tornelias dejaban colgar sus malezas a modo de cabelleras de Neréidas pasmadas. Luego, en torno de ellos, las palmeras, los grandes bambúes de la India, se elevaban, llegaban a la bóveda, desde donde se colgaban y mezclaban sus hojas, con vacilantes actitudes de amantes fatigados. Más abajo, los helechos, las pteridas, las alsófilas, parecían como damas verdes, con sus amplias faldas guarnecidas de volantes regulares, quienes, mudas e inmóviles a los lados de la avenida, esperaban al amor. A su vera, las hojas retorcidas, tachonadas de rojo, las begonias y las hojas blancas, lanceoladas, los caladios, exhibían una vaga serie de magulladuras y de palideces, que los amantes no se sabían explicar y en las que a veces distinguían redondeces de caderas y de rodillas, revueltas por el suelo, bajo la brutalidad de sangrien-

tas caricias. Y los bananos, doblegándose con el peso de los racimos de su fruto, les hablaban de la fecunda fertilidad del suelo, mientras que los euforbios de Abisinia, cuyos espinosos cirios entreveían, en la obscuridad, contrahechos, llenos de vergonzosas jorobas, parecían que sudaban la savia, el desbordado flujo de aquella generación de llamas. Mas, a medida que sus miradas penetraban en los rincones del invernadero, la obscuridad se henchía de intemperancia cada vez más furiosa de hojas y de tallos; ya no distinguían, en las gradas, las marantas suaves como el terciopelo, las gloxinias con campanillas color de violeta, las dracenas semejantes a hojas de antigua y barnizada laca; era aquello como una especie de bailoteo de hierbas vivientes que se perseguían con no saciadas caricias. En los cuatro ángulos, en el paraje en que los cortinajes de trepadores bejuco formaban bóvedas, sus carnales ensueños enloquecían más y más, y los flexibles haces de las vainillas, de las cocas de Levante, de los quiscualos, de las baninias, eran los interminables brazos de amantes que no se veían y que prolongaban desatinadamente sus abrazos, para llevarse a sí propios todos los placeres esparcidos. Aquellos brazos sin fin, pendían de extenuación, se anudaban en un espasmo de amor, buscábanse, se enrollaban, como movidos por el cebo de toda una muchedumbre. Era el inmenso cielo de la estufa, de aquel rincón de bosque virgen, en donde centelleaban los verdes y las florescencias de los trópicos.

Máximo y Renata, con sus sentidos extraviados, sentíanse transportados a aquellas gigantes cas bodas de la tierra. El suelo, al través de la piel de oso, les enardecía las espaldas, y de las altas palmas caían sobre ellos efluvios de calor. La savia que subía por los troncos de los árboles les penetraba también, transmitiéndoles deseos

locos de desarrollo inmediato, de reproducción gigantesca. Entraban en el celo de la estufa. Entonces, en medio de la pálida claridad, era cuando las visiones les entorpecían los sentidos, pesadillas en que asistían por largo espacio a los amores de las palmeras y de los helechos; los follajes tomaban las apariencias confusas y equívocas que sus deseos fijaban en imágenes sensuales; murmullos, cuchicheos les llegaban de los macizos, voces de pasmo, suspiros de éxtasis, ahogados gritos de dolor, risas lejanas, todo lo que sus besos tenían de picoteadores y que el eco les devolvía. A veces creíanse agitados por un temblor de la tierra, como si la tierra misma, en crisis de saciedad, hubiese estallado en voluptuosos sóllozos.

Si hubiesen cerrado los ojos, si el sofocante calor y la pálida luz, no les hubiesen transmitido una depravación de todos los sentidos. Las emanaciones habrían bastado para lanzarles en nervioso y extraordinario éretismo. La fuente les humedecía con olor acre, intenso, en que iban envueltos los mil perfumes de las flores y de los verdes. A veces la vainilla parecía cantar con arrullos de paloma torcaz; después sobresalían las graves notas de las estanopeas, cuyas atigradas bocas poseen el aliento penetrante y amargo de convaleciente. Las orquídeas en sus canastas suspendidas por cadenitas, exhalaban sus hálitos, semejantes a incensarios vivientes. Pero el olor que dominaba, aquel en que se fundían todos aquellos vagos suspiros, era el olor humano, el perfume del amor que Máximo reconocía cuando besaba la nuca de Renata, cuando hundía la cabeza entre sus desordenados cabellos. Y permanecían como embriagados al respirar aquel perfume de mujer enamorada, que se extendía por la estufa como por una alcoba en la que la tierra daba a luz.

Los amantes tenían por costumbre tenderse bajo el tanghin de Madagascar, bajo aquel arbusto envenenado, una de cuyas hojas había mordido la joven. A su alrededor blancas estatuas sonreían, contemplando el enorme apareamiento de las plantas. La luna, en su cámara, alteraba la colocación de los grupos, animaba el drama con su cambiante de luz. Y se creían a mil leguas de París, fuera de la fácil vida del Bosque y de los salones oficiales, en el apartado rincón de una selva de la India, de cualquier monstruoso templo, del cual la negra esfinge se convertía en dios. Sentíanse rodar al crimen, al amor maldito, a una ternura de bestias feroces. Toda aquella multiplicación que les rodeaba, aquel sordo barboleo de la fuente, aquella desnuda impudicia de los follajes, les arrojaba el pleno infierno dantesco de la pasión. En el fondo de aquella jaula de cristal, tan hirviente con las llamaradas del verano, perdida en la helada claridad de diciembre, era entonces cuando saboreaban el incesto, como fruto criminal de una tierra por demás abrasada, con el sordo temor de su alumbramiento terrorífico.

Y en medio de la negra piel, el cuerpo de Renata se destacaba blanco, en la actitud de grande gala agachada, con el lomo arqueado y las manos extendidas, como corvas flexibles y nerviosas. Sentíase en gran manera henchida de voluptuosidad, y las precisas líneas de sus hombros y de sus caderas se destacaban con sequedades felinas sobre la obscura mancha con que la piel ennegrecía la amarilla arena de la avenida. Acechaba a Máximo, a aquella presa tendida debajo de ella, que se le entregaba, y de la que era dueña y señora. Y de vez en cuando, se inclinaba de repente y le besaba con su irritada boca. Abriase ésta entonces con la explosión ávida y sangrienta del hibisco de la China, cuya extensión cubría el

lado del hotel. No era ya más que una ardiente hija de la estufa. Sus besos florecían y se marchitaban como las rojas flores de la gran malva, que apenas duran unas horas, y que renacen sin cesar, semejantes a los labios marchitos e insaciables de una gigantesca Messalina.

V

El beso que había estampado en el cuello de su mujer, preocupaba a Saccard. Mucho tiempo hacía que no ejercía sus derechos de esposo; la ruptura había llegado con la mayor naturalidad, y ni el uno ni el otro se preocupaban de un lazo que les era molesto. Para que a él se le ocurriera entrar en la habitación de Renata, preciso era que se ocultase un buen negocio en el fondo de sus ternezas conyugales.

El golpe afortunado de Charonne marchaba a pedir de boca, sin que dejase de tenerle inquieto el desenlace. Larsonneau, con sus camisas resplandecientes, se venía con sonrisas que le desagradaban. No era más que un intermediario, un testaferro cuyas complacencias pagaba con un interés de diez por ciento sobre los beneficios futuros. Pero aun cuando el agente de expropiación no hubiese puesto ni un sueldo en el negocio, y que Saccard, después de haber proporcionado los fondos del café-concierto, hubiese tomado todas sus precauciones, como contra-venta, cartas cuya fecha quedaba en blanco, recibos dados de antemano... no por esto dejaba de acosarle un miedo sordo, un presentimiento de alguna traición. Preveía en su cómplice la intención de hacerle cantar, valiéndose del inventario fal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYLS"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los amantes tenían por costumbre tenderse bajo el tanghin de Madagascar, bajo aquel arbusto envenenado, una de cuyas hojas había mordido la joven. A su alrededor blancas estatuas sonreían, contemplando el enorme apareamiento de las plantas. La luna, en su cámara, alteraba la colocación de los grupos, animaba el drama con su cambiante de luz. Y se creían a mil leguas de París, fuera de la fácil vida del Bosque y de los salones oficiales, en el apartado rincón de una selva de la India, de cualquier monstruoso templo, del cual la negra esfinge se convertía en dios. Sentíanse rodar al crimen, al amor maldito, a una ternura de bestias feroces. Toda aquella multiplicación que les rodeaba, aquel sordo barboleo de la fuente, aquella desnuda impudicia de los follajes, les arrojaba el pleno infierno dantesco de la pasión. En el fondo de aquella jaula de cristal, tan hiryiente con las llamaradas del verano, perdida en la helada claridad de diciembre, era entonces cuando saboreaban el incesto, como fruto criminal de una tierra por demás abrasada, con el sordo temor de su alumbramiento terrorífico.

Y en medio de la negra piel, el cuerpo de Renata se destacaba blanco, en la actitud de grande gala agachada, con el lomo arqueado y las manos extendidas, como corvas flexibles y nerviosas. Sentíase en gran manera henchida de voluptuosidad, y las precisas líneas de sus hombros y de sus caderas se destacaban con sequedades felinas sobre la obscura mancha con que la piel ennegrecía la amarilla arena de la avenida. Acechaba a Máximo, a aquella presa tendida debajo de ella, que se le entregaba, y de la que era dueña y señora. Y de vez en cuando, se inclinaba de repente y le besaba con su irritada boca. Abriase ésta entonces con la explosión ávida y sangrienta del hibisco de la China, cuya extensión cubría el

lado del hotel. No era ya más que una ardiente hija de la estufa. Sus besos florecían y se marchitaban como las rojas flores de la gran malva, que apenas duran unas horas, y que renacen sin cesar, semejantes a los labios marchitos e insaciables de una gigantesca Messalina.

V

El beso que había estampado en el cuello de su mujer, preocupaba a Saccard. Mucho tiempo hacía que no ejercía sus derechos de esposo; la ruptura había llegado con la mayor naturalidad, y ni el uno ni el otro se preocupaban de un lazo que les era molesto. Para que a él se le ocurriera entrar en la habitación de Renata, preciso era que se ocultase un buen negocio en el fondo de sus ternezas conyugales.

El golpe afortunado de Charonne marchaba a pedir de boca, sin que dejase de tenerle inquieto el desenlace. Larsonneau, con sus camisas resplandecientes, se venía con sonrisas que le desagradaban. No era más que un intermediario, un testaferro cuyas complacencias pagaba con un interés de diez por ciento sobre los beneficios futuros. Pero aun cuando el agente de expropiación no hubiese puesto ni un sueldo en el negocio, y que Saccard, después de haber proporcionado los fondos del café-concierto, hubiese tomado todas sus precauciones, como contra-venta, cartas cuya fecha quedaba en blanco, recibos dados de antemano... no por esto dejaba de acosarle un miedo sordo, un presentimiento de alguna traición. Preveía en su cómplice la intención de hacerle cantar, valiéndose del inventario fal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYLS"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

so que aquél guardaba como oro en paño y al cual debía tan sólo tener parte en el negocio.

Así era que ambos compadres se estrechaban fuertemente las manos. Larsonneau trataba a Saccard de "querido maestro". Sentía en el fondo verdadera admiración por aquel equilibrista, cuyos ejercicios sobre la cuerda tirante de la especulación seguía como aficionado. Acariciaba un plan, todavía por modo vago, sin saber a punto fijo cómo habría de emplear el arma que poseía y con la cual temía cortarse él mismo. Sentíase, por otra parte, a merced de su antiguo colega. Los terrenos y las edificaciones que los inventarios sabiamente calculados apreciaban ya en cerca de dos millones y que no valían la cuarta parte de esta suma, debían acabar por hundirse en una quiebra colosal, si el hada de la expropiación no les tocaba con su varilla de oro. Con arreglo a los planos primitivos que habían podido consultar, el nuevo bulevar, abierto para enlazar el parque de artillería de Vincennes al cuartel del Príncipe Eugenio, y para emplazar aquel parque en el corazón de París dando la vuelta al barrio de San Antonio, absorbía una parte de los terrenos; pero quedaba el temor de que apenas quedasen desesquinados, y que la ingeniosa especulación del café-concierto no fracasase por su misma falta de pudor. En este caso Larsonneau quedaba mezclado en una delicada aventura. Con todo eso, aquel peligro no era parte, a pesar de su papel forzosamente secundario, para que no se sintiese lacerado al pensar en el mezuquino diez por ciento que percibiría de un robo tan colosal de millones. Y entonces era cuando no podía resistir a la comezón furiosa de alargar la mano y de cortar su parte.

Saccard no había querido siquiera que prestase dinero a su mujer, regocijándose con aquel

burdo enredo de melodrama, en que se complacía su amor por los tráficos complicados.

—No, no, querido amigo—decía con su acento provenzal, que exageraba más todavía cuando quería dar mayor gracia a alguno de sus chistes,—no embrollemos nuestras cuentas. Es usted el único hombre en París a quien tengo jurado no deber nunca nada.

Larsonneau se contentaba con insinuarle que su mujer era un abismo; aconsejábale que no volviera a darle un sueldo, para que ella le cediera a raja tablas su parte de propiedad. Habría preferido no tener que habérselas más que con él. Tanteábale a veces, y llevaba las cosas hasta decirle, con su aspecto hastiado e indiferente de vividor:

—Fuerza será, no obstante, que ponga un poco de orden en mis papeles... Su esposa de usted me espanta, mi buen amigo. No quiero que llegue el día en que se pongan sellos en mi casa en ciertos documentos.

No era Saccard hombre capaz de soportar con paciencia semejantes alusiones, sobre todo cuando sabía a qué atenerse sobre el frío y meticuloso orden que reinaba en las oficinas del personaje. Toda su personilla activa y astuta se sublevaba contra los temores que trataba de producirle aquel elegantón de usurero, de guantes amarillos. El mal estaba en que se sentía pasto de escaloños cuando pensaba en un posible escándalo, sobre todo cuando se veía desterrado brutalmente por su hermano, que vivía en Bélgica, entregado a algún negocio de que no se podía hablar. Enfurruscóse un día y hasta llegó a tutear a Larsonneau.

—Escucha, niño mío—le dijo,—tú eres un guapo muchacho, pero obrarías santamente si me devolvieses el documento que sabes. Ya verás

cómo ese pedazo de papel acabará por indisponernos.

Hizose el otro el admirado y estrechó las manos de su "querido maestro", dándole seguridades de su adhesión. Saccard lamentó su impaciencia de un minuto. Precisamente fué en aquella época cuando pensó seriamente en una aproximación con su mujer; podía necesitarla contra su cómplice y tenía aún para sí que los negocios se tratan a pedir de boca sobre la almohada. El beso que le había plantado en el cuello se convirtió, poquito a poco, en la revelación de toda una nueva táctica.

Por lo demás, no tenía prisa alguna, y andaba con tiento con los medios de que disponía. Empleó todo el invierno en madurar su plan, importunado por cien asuntos a cual más embrollado. Fué para él un invierno terrible, lleno de agitaciones, una campaña prodigiosa, durante la cual le fué preciso vencer la quiebra uno y otro día. Lejos de restringir el tren de su casa, dió fiesta tras fiesta. Pero si consiguió hacer frente a todo, fuéle preciso descuidar a Renata, a la que reservaba para su definitivo triunfo, así que la operación de Charonne estuviese madura. Contentóse con preparar el desenlace, continuando sin darle más dinero, a no ser por la mediación de Larsonneau. Cuando podía disponer de unos millares de francos y Renata se quejaba de su falta de recursos, se los llevaba diciendo que los hombres de Larsonneau exigían un pagaré por doble cantidad. Aquella farsa le divertía en grado sumo y la historia de aquellos pagarés le embelesaba, por el sabor de novela que prestaban al negocio. Hasta en los tiempos de sus más saneados beneficios, había servido la pensión de su mujer del modo más irregular, haciéndole regalos de príncipe, entregándole puñados de billetes de banco y dejándola luego en los mayores apuros,

por una miseria, durante semanas. Ahora que se encontraba seriamente embrollado, hablaba de los gastos de la casa y la trataba como acreedor a quien no se quiere confesar su ruina y a quien se procura llenar de paciencia con esta o la otra historia. Ella le escuchaba, casi como quien oye llover; firmaba cuanto él quería, y si se quejaba de algo, era de no poder firmar más todavía.

A todo esto Aristides tenía ya en su poder pagarés firmados por ella que ascendían a doscientos mil francos, los cuales apenas le costaban ciento diez mil. Después de haberlos hecho endosar por Larsonneau, a cuyo nombre estaban entendidos, hacía viajar aquellos documentos por modo prudente, contando con servirse de ellos más adelante como de armas decisivas. Jamás habría podido llegar al término de aquel invierno fatal, prestar a usura a su mujer y sostener su tren de casa, a no ser por la venta de su terreno del bulevar Malesherbes, que los señores Mignon y Charrier le pagaron al contado, aunque reteniéndose un descuento formidable.

Aquel invierno fué para Renata un continuo disfrutar. Lo único que le hacía padecer era la carencia de dinero. Máximo le costaba carísimo; tratábala siempre como madrastra, y la dejaba que pagase por doquier. Pero aquella miseria oculta constituía para ella un deleite más. Se ingeniaba, se devanaba los sesos para que su "querido niño" no careciese de nada; y cuando había conseguido que Saccard le buscara unos miles de francos, comíase los con su amante, en costosas locuras, como dos estudiantes a rienda suelta en su primera escapatoria. Cuando no tenían blanca, se quedaban en el hotel, gozando de aquella vasta construcción, de tan nuevo lujo y tan insolentemente bestial. El padre nunca estaba allí, por lo que los amantes permanecían por más tiempo que antes delante de la chimenea. Era

Renata quien había llenado de ardiente jubilación el vacío de aquellos dorados techos. Aquella casa sospechosa por dar albergue al placer mundano, habíase trocado en una capilla en que practicaba aparte una nueva religión. Máximo no constituía tan sólo para ella la nota aguda que se compadecía con sus extravagantes tocados, sino que era el amante adecuado para aquel hotel de anchas vitrinas de almacén, inundado desde los desvanes a los sótanos por un diluvio de esculturas; él animaba aquellos yesos, desde los dos moletudos Amores que en el patio dejaban caer de sus conchas un hilito de agua, hasta las grandes mujeres desnudas que sostenían los balcones y jugaban en medio de los frontones con espigas y manzanas; él daba la explicación de aquel vestíbulo sobrado rico, del jardín demasiado estrecho, de las deslumbradoras estancias en donde se veía sobra de sillones y objeto ninguno de arte. La joven, que allí se había aburrido soberanamente, divirtiéndose de súbito y se aprovechó como de cosa cuyo empleo no había comprendido hasta allí. Y no fué tan sólo en su habitación, en el salón capullo de oro y en la estufa en donde paseó su amor, sino en el hotel entero. Concluyó hasta por recrearse en el diván del fumadero; allí se olvidaba de sí misma, y decía que aquella pieza exhalaba un tenue olor de tabaco muy agradable.

Señaló dos días de recepción en vez de uno. En los jueves acudían todos los intrusos, pero el lunes estaba reservado para las amigas íntimas. Los hombres no eran admitidos. Solamente Máximo asistía a aquellas reuniones alegres y galantes que se realizaban en el saloncito. Una noche se le ocurrió la peregrina idea de disfrazarlo de mujer y de presentarlo como una de sus primas. Adelina, Susana, la baronesa de Meinhold y las demás amigas que allí se encontraban, se

levantaron y saludaron, admiradas ante aquel rostro que conocían por modo vago. Después, cuando llegaron a comprender, se rieron hasta descoyuntarse, y no quisieron de ninguna manera que el joven fuese a desnudarse; retuvieronle con sus faldas, le gastaron sus bromitas y se prestaron a chistes de gusto equívoco. Después que había acompañado a aquellas damas por la gran puerta, daba la vuelta por el parque y regresaba por la estufa. Aquellas buenas amigas no abrigaron jamás la menor sospecha. Los amantes no podían demostrar mayor familiaridad que hasta allí, como cuando se trataban de buenos camaradas. Y si se daba el caso de que algún doméstico les viese estrechándose más de la cuenta el uno contra el otro, no experimentaba la menor sorpresa, acostumbrados como estaban a los regocijos de la señora y del hijo del señor.

Aquella completa libertad, aquella impunidad les envalentonaba más aun. Si por la noche echaban los cerrojos, no por eso dejaban de abrazarse y besarse durante el día en todas las habitaciones del hotel. Para las ocasiones en que llovía inventaron mil regocijos; pero el mayor placer de Renata consistía en encender un fuego terrible y adormecerse delante de la chimenea. Desplegó en aquel invierno un lujo de ropa blanca maravilloso. Gastaba camisas y peinadores de exorbitante precio, cuyos entredoses y batistas cubríanla apenas con blanquecino vapor. Y, a la roja lumbre del hogar, quedábase como desnuda, con los encajes y el culis rosados, y con el cuerpo bañado por la llama a través de la tenuidad de la tela. Máximo, acurrucado a sus pies, le besaba las rodillas, sin sentir siquiera el lienzo, que ofrecía la fibieza y el color de tan hermoso cuerpo. La claridad se iba extinguiendo, y penetraba como un crepúsculo en la estancia de seda gris, mientras que Celeste iba y venía detrás de ella,

con su andar tranquilo. Como era natural, habíase convertido en su cómplice. Una mañana que se olvidaron en la cama, encontráronlos allí y en nada se alteró su flemma de criada de helada sangre. Y no se volvían a molestar; entraba a todas horas, sin que ni el ruido de sus besos le hiciese volver la cabeza. Con ella contaban para que les avisase en caso de alarma. No compraban su silencio: era una muchacha muy económica, muy honrada, a quien no se conocía amante alguno.

Renata, sin embargo, no se había metido entre cuatro paredes. Presentábase con frecuencia en sociedad, llevando en pos a Máximo, como paje rubio con traje negro, y disfrutando hasta de los placeres más señalados. La temporada de verano fué para ella un prolongado triunfo. Nunca habían caído en su imaginación trajes ni peinados más atrevidos. Fué entonces cuando se arriesgó a ostentar aquel famoso vestido color de zarza, en el que se veía bordada toda una caza de ciervo, con sus atributos, frascos de pólvora, cuernos de caza y cuchillos de anchas hojas. Entonces fué cuando también puso a la moda los peinados anfibios, que Máximo tuvo que ir a dibujar para ella al museo Campaña, recientemente abierto. Se rejuvenecía, hallábase en la plenitud de su turbulenta hermosura. El incesto le transmitía un ardor que resplandecía en el fondo de sus ojos y caldeaba sus sonrisas. Su lente revestía insolencias supremas apoyado en la punta de la nariz, y miraba a las demás mujeres, a las buenas amigas ostentadas en la enormidad de algún desarreglo de costumbres, en actitud de adolescente jactancioso, con fija sonrisa que quería decir: "También tengo mi crimen".

Máximo, por su parte, encontraba a la sociedad fastidiosa. Pretendía aburrirse por "chic", pues en realidad no se divertía en parte alguna. En las Tullerías, en casa de los ministros, des-

aparecía bajo las faldas de Renata. Pero volvía a convertirse en amo tan pronto como se trataba de alguna escapatoria. Renata quiso ver de nuevo el gabinete del bulevar; la amplitud del diván la hacía sonreír. Luego el joven la fué llevando un poco por todas partes, a casa de las muchachas de vida sospechosa, al baile de la Opera, a los proscenios de los teatritos, a todos los lugares equívocos en donde podían codearse con el vicio brutal y saborear los placeres de incógnito. Cuando regresaban furtivamente al hotel, quebrantados de fatiga, se dormían en brazos uno del otro, fermentando la embriaguez del París licencioso con las picarescas canciones que resonaban aún en sus oídos. Al siguiente día Máximo imitaba a los actores y Renata, en el piano del saloncito, trataba de copiar la ronca voz y los meneos de caderas de Blanca Muller en su papel de Bella Elena. Las lecciones de música que recibió en el convento no le servían más que para estropear las coplillas de las nuevas bufonadas. Profesaba un santo horror por las serias melodías. Máximo tomaba a broma con ella la música alemana, y se creyó obligado a ir a silbar el *Tannhauser* por convicción y para defender las alegres canciones de su madrastra.

Una de sus grandes diversiones fué la de patinar; aquel invierno los patines estaban de moda, el emperador había sido uno de los primeros que probaron el hielo del lago en el Bosque de Bolonia. Renata encargó a Worms un traje completo de polaca, de terciopelo y pieles; y quiso también para Máximo botas flexibles y un gorro de piel de zorra. Llegaban al Bosque con intensos fríos que les escocían narices y labios, como si el viento les hubiéra arrojado fina arena al rostro. Aquello de sentir frío les regocijaba. El Bosque aparecía por entero ceniciento, con filamentos de nieve, semejantes, a lo largo de las ramas, a deli-

cados encajes. Y bajo el pálido cielo, por encima del lago congelado y sin brillo, tan sólo los abetos de las islas, allá sobre el horizonte, ostentaban sus colgaduras teatrales, en donde la nieve prendía también anchos encajes. Ambos se lanzaban en la helada atmósfera, con el rápido vuelo de las golondrinas que pasan rozando el suelo. Llevábanse una mano a la espalda, y apoyándose mutuamente con la otra en el hombro, corrían derechos, sonrientes, el uno junto al otro, girando sobre sí mismos en el ancho espacio que limitaban gruesas cuerdas. Desde lo alto de la grande avenida los pazguatos les contemplaban. A veces iban a calentarse a los braseros encendidos a la orilla del lago; y partían de nuevo, y redondeaban ampliamente su vuelo, con los ojos lacrimosos de placer y de frío.

Después, cuando llegó la primavera, Renata hizo memoria de su antigua elegía. Quería que Máximo se pasease con ella en el parque de Monceaux, por la noche, a la claridad de la luna. Fueron a la gruta, se sentaron en la hierba, delante de la columnata. Mas cuando indicó el deseo de dar un paseo por el lago, se percataron de que la barquilla que se veía desde el hotel, atada a orillas de una avenida, carecía de remos; debían de quitarlos por la noche. ¡Qué desengaño! Por otra parte las grandes obscuridades del parque inquietaban a los amantes. Habrían deseado que se diese allí una fiesta veneciana, con faroles rojos y una orquesta. Gustábales más durante el día, por la tarde, y a menudo se asomaban entonces a una de las ventanas del hotel para ver los carruajes que seguían la curva sabiamente trazada de la grande avenida. Gozaban lo increíble con la contemplación de aquel encantador pedazo del nuevo París, de aquella naturaleza limpia y risueña, de aquellas praderas semejantes a paños de terciopelo, sem-

bradas de canastas de flores, de escogidos arbutos y rodeadas de magníficas rosas blancas. Cruzábanse allí los carruajes en tan gran número como en un bulevar; las paseantes arrastraban suavemente sus colas, como si no hubiesen dejado de pisar la alfombra de sus salones. Y, a través del follaje, criticaban los trajes, señalábanse los trenes, saboreaban inefables goces en medio de los suaves colores de aquel gran jardín. Una punta de dorada verja brillaba entre dos árboles, una bandada de patos cruzaba el lago, el puentecillo del Renacimiento se distinguía, blanco y nuevo entre los verdes, mientras que a ambos lados de la grande avenida, sentadas en amarillas sillas, las madres se olvidaban, hablando, de las muchachas y de los niños que se miraban alegres, con muecas de chicuelos precoces.

Los amantes sentían cariño por el nuevo París. Recorrian con frecuencia la ciudad en coche, dando un rodeo, para pasar por ciertos bulevares, que miraban con ternura personal. Las casas, altas, con grandes puertas llenas de esculturas, cargadas de balcones en que relucían, en grandes letras de oro, nombres, muestras y razones sociales, les enamoraban. En tanto que el cupé se deslizaba, seguían, con amistoso mirar, las grises losas de las aceras, anchas, interminables, con sus bancos, sus columnas pintorreadas y sus árboles desmirriados. Aquella clara abertura que llegaba hasta el límite del horizonte, reduciéndose y yendo a parar a un azulado cuadro del vacío, aquella doble y no interrumpida hilera de grandes tiendas, en donde los dependientes sonreían al parroquiano, aquellas corrientes de muchedumbre, andando y zumbando, les henchían poco a poco de entera y absoluta satisfacción, de sensaciones de perfección en la vida de la calle. Gustábanles hasta las mangas de riego, que pasaban como blanco humo, delante de sus caba-

hos, extendiéndose y cayendo en fina lluvia bajo las ruedas del cupé, bruñendo el suelo y levantando una ligera oleada de polvo. Así iban siempre rodando, pareciéndoles que el coche pasaba sobre alfombras, a lo largo de aquella calzada recta y sin fin, que se había abierto tan sólo para apartarles de las tenebrosas callejuelas. Cada bulevar se convertía en un bulevar de su hotel. Las alegrías del sol reíanse sobre las nuevas fachadas, iluminando sus cristales, sacudiendo los toldos de las tiendas y de los cafés y caldeando el asfalto con las pisadas de la multitud. Y cuando regresaban, un tanto aturridos por el ensordecedor bullicio de aquellos largos bazares, distraíanse en el parque Monceaux como si se hallasen en la indispensable plataforma de aquel nuevo París, que ostentaba su lujo en los primeros amores de la primavera.

Cuando la moda les obligó a alejarse de París, fueron a los baños de mar, pero con pena, al acordarse, en las playas del océano, de las aceras de los bulevares. Hasta su mismo amor se aburría allí; era como una flor de la estufa, que necesitaba del gran lecho gris y rosa, de la desnuda carne del gabinete, de la dorada aurora del saloncito. Cuando en la noche se encontraban solos, frente al mar, no encontraban ya nada que decirse. Ella trató de cantar su repertorio del teatro de Variedades, acompañándose con un vetusto piano que parecía dar las boqueadas en un rincón de su cuarto, en el hotel; pero el instrumento, más que húmedo por los vientos de alta mar, poseía los melancólicos acentos de las crecidas de un río. En *él La Bella Elena* resultaba lúgubre y fantástica. Para consolarse, la joven dejó turulata a la playa con sus prodigiosos trajes. Toda la caterva de señoras se encontraba allí, boñezando, en espera del invierno, buscando con desesperación un traje con que resultasen

no demasiado feas. Por más que hizo Renata, no pudo conseguir que Máximo se bañara; tenía un horroroso miedo al agua, poníase como la cera cuando el agua le llegaba a las botas; por nada del mundo se hubiera acercado al borde de una escarpadura; se alejaba siempre de los hoyos, haciendo grandes rodeos para evitar la menor pendiente vertical.

Saccard se presentó dos o tres veces a ver a los niños. Estaba agobiado de cuidados, según decía. No fué sino allá en octubre, una vez que los tres se encontraron en París, cuando el gran Saccard pensó seriamente en aproximarse a su mujer. El negocio de Charonne maduraba. Su plan resultaba tan franco como brutal. Proponíase jugar con Renata como habría jugado con una cualquiera. La joven vivía en incesantes necesidades de dinero, y, por orgullo, no acudía a su marido sino en el último extremo. Propúsose éste aprovecharse de la primera petición para mostrarse galante y reanudar unas relaciones por tanto tiempo interrumpidas, con la alegría de alguna gran deuda pagada.

Los más horribles apuros esperaban a Renata y a Máximo en París. Varios de los pagarés suscritos a favor de Larsonneau habían vencido; pero como Saccard, naturalmente, los dejaba dormir en casa del notario, tales billetes inquietaban poca cosa a la joven. Por modo distinto se sentía Renata espantada por su deuda con Worms, que a la sazón ascendía a la friolera de cerca de doscientos mil francos. El sastre exigía una cantidad a cuenta, con la amenaza de suspender todo crédito. Acometíanla súbitos escalofríos, cuando pensaba en el escándalo de un proceso y sobre todo en una desavenencia con el ilustre modisto. A más, necesitaba dinero para su bolsillo; iban a aburrirse hasta morir, tanto ella como Máximo, si no contaban con algunos luises

que gastar cada día. Aquel niño querido no tenía una mota, desde que en vano registraba los cajones de su padre. Su fidelidad, su cordura ejemplar, durante seis o siete meses, dependían en gran parte del vacío absoluto de su bolsa. No siempre contaba con veinte francos para invitar a cualquier correntona a cenar. Así era que volvía filosóficamente al hotel. La joven, en todas y en cada una de sus escapatorias, le entregaba su portamonedas para que pagase en los restaurantes, en los bailes, en los teatrillos. Continuaba tratándole maternalmente, y hasta era ella la que pagaba, con las yemas de sus enguantados dedos, en la pastelería, en donde se detenían casi todas las tardes para tomar pastelillos de ostras. Con frecuencia se encontraba por la mañana en el chaleco algunos luises de que no tenía noticia y que ella le había puesto, como madre que provee el bolsillo de un colegial. Y aquella envidiable existencia de meriendas, de caprichos satisfechos, de fáciles placeres, iba a concluir. Pero un temor más grave aun llegó a consternarles. El joyero de Silvia, al que él debía diez mil francos, se atufaba y hablaba de Clichy. Los pagarés que tenía en su poder, protestados tiempo hacía, estaban recargados con gastos tales, que la deuda se encontraba aumentada en tres o cuatro mil francos. Saccard declaró lisa y llanamente que nada podía hacer. Su hijo en Clichy le pondría en evidencia, y cuando de allí viniese a sacarle, no produciría poco ruido la largueza paterna. Renata estaba desesperada; veía a su querido niño metido en la cárcel, no así como así, sino en un verdadero calabozo, tendido sobre la húmeda paja. Un día le propuso con toda formalidad que no volviera a salir de las habitaciones, de vivir allí ignorado de todo el mundo, al abrigo de los corchetes. Luego juró que encontraría dinero. No hablaba nunca del origen de la deuda, de

aquella Silvia que confiaba sus amores a los espejos de los gabinetes particulares. Eran unos cincuenta mil francos lo que necesitaba: quince mil para Máximo, treinta mil para Worms y cinco mil en dinero para su bolsillo. Contarían por delante de ellos con quince días largos de felicidad. Púsose a hacer diligencias.

Fué su primera idea la de pedir los cincuenta mil francos a su marido, a lo que se decidió sino con gran repugnancia. Las últimas veces que había entrado en su habitación para llevarle dinero, le había plantado nuevos besos en el cuello, cogiéndole las manos y hablándole con ternura. Las mujeres poseen un delicadísimo sentido para adivinar a los hombres. Y por eso esperaba una exigencia, una venta tácita llevada a cabo entre sonrisas. En efecto, cuando llegó a pedirle los cincuenta mil francos, él puso el grito en el cielo, dijo que Larsonneau no prestaría jamás tamaña suma, y que él por su parte no se hallaba sino muy apurado aún. Después, cambiando de tono, como vencido y dominado por súbita emoción:

—Nada se te puede negar—murmuró.—Voy a correr todo Paris, a hacer los imposibles... Quiero, cara amiga, que estés contenta.

Y llevando los labios a su oreja, besándole los cabellos y con la voz algo temblorosa:

—Te los llevaré—dijo,—mañana por la noche, a tu habitación... sin pagaré...

Mas ella se apresuró a decirle que no llevaba prisa, que no quería molestarle hasta tal punto. El, que acababa de poner todo su corazón en aquel peligroso "sin pagaré", que se le había escapado y que le dolía en el alma, no pareció haber sufrido una negativa desagradable. Se levantó y dijo:

—Bueno, bueno, a tu disposición... Ya te encontraré la cantidad cuando llegue el caso... Larsonneau no tendrá que ver nada. Se trata de un

UNIVERSIDAD AVILA

UNIV

D

MUSEO DE LA UNIVERSIDAD
"ALFONSO MARTIN"
Apto. 1025 Montecristi, Malaga

regalo que quiero hacerte.

Y se sonrió a lo campechano. Renata se quedó entregada a una inquietud cruel. De sobra sabía que llegaría a perder el escaso equilibrio que le quedaba si se entregaba a su marido. Su último orgullo se fundaba en hallarse casada con el padre y no ser más que la mujer del hijo. Muchas veces, cuando Máximo le parecía frío, trataba de hacerle comprender aquella situación por medio de alusiones clarísimas; hay que decir que el joven, a quien ella esperaba ver caer a sus plantas, después de tal confidencia, se quedó indiferente por completo, creyendo sin duda que quería tranquilizarle sobre la posibilidad de un encuentro entre el padre y él en la habitación de seda gris.

En cuanto Saccard la hubo dejado, se vistió de prisa y corriendo y mandó enganchar. Mientras que el cupé la llevaba hacia la isla de San Luis, iba preparando el modo y manera de pedir los cincuenta mil francos a su padre. Habíase lanzado a aquella idea brusca, sin quererla discutir, sintiendo en el fondo su villanía sobreco-gida de invencible terror ante semejante paso. Cuando llegó al patio del hotel Béraud dejóla helada su lúgubre humedad de claustro; así fue que, con ansias de volverse, subió la ancha escalera de piedra, en donde sus botitas de altos tacones resonaban terriblemente. Había cometido la torpeza, en su precipitación, de elegir un traje de seda, color de hoja muerta, con anchos volantes de encajes blancos, adornados de lazos de raso y cortado por un cinturón plegado como una banda. Aquel traje, completado por un sombrero adornado con un gran velo blanco violeta, transmitía una nota tan especial al sombrío tedio que producía la escalera, que hasta ella misma se percató de la extraña figura que representaba. Púsose a temblar al atravesar la austera fila de vastas habitaciones, en donde los vagos persona-

jes de los tapices parecían sorprendidos por aquella ola de faldas que pasaban en medio de la semi-obscuridad de la soledad de su existencia.

Encontró a su padre en un salón que daba al patio, en donde tenía costumbre de permanecer. Leía un gran libro colocado en un pupitre adaptado a los brazos de su sillón. Delante de una de las ventanas la tía Isabel hacía calceta con largas agujas de madera; en el silencio de la pieza tan sólo se oía el tic-tac de aquellas agujas.

Renata se sentó, reprimiéndose, no pudiendo hacer el menor movimiento sin turbar la severidad del elevado techo, con el rumor de telas magulladas. Sus encajes resultaban de cruda blancura, sobre el fondo oscuro de los tapices y de los viejos muebles. El señor Béraud Du Chatel, con las manos apoyadas en el borde del pupitre, la miraba. La tía Isabel habló del próximo casamiento de Cristina, quien debía de enlazarse con el hijo de un abogado riquísimo; la joven había salido en compañía de una antigua sirviente de la familia, para ir a casa de un proveedor; y la buena tía hablaba sola, con su plácida voz y sin cesar de hacer media, parloteando sobre las cosas de la casa y dirigiendo sonrientes miradas a Renata por encima de sus anteojos.

Pero la joven se sentía cada vez más turbada. Todo el silencio del hotel le pesaba sobre los hombros, y mucho habría dado para que los encajes de su vestido fuesen negros. La mirada de su padre la inquietaba hasta el punto de juzgar a Worms como ente del todo ridículo, por haber imaginado tan desaforados volantes.

—¡Qué hermosa estás, hija de mi alma!— dijo de súbito la tía Isabel, quien ni siquiera había visto todos los encajes de su sobrina.

Paró las agujas y sujetó las gafas para ver mejor. El señor Béraud Du Chatel le dirigió una triste sonrisa.

—Es un poco blanco—dijo.—Una mujer debe de encontrarse muy contrariada llevando eso por las aceras.

—Pero, papá mio, si así no se sale a pie!—exclamó Renata, a quien le dolió en seguida aquella frase salida del corazón.

El anciano iba a contestar, pero se levantó, irguió su aventajada estatura y se puso a andar lentamente, sin mirar más a su hija. Esta permanecía palidísima por la emoción. Cada vez que se excitaba para tener valor y que buscaba una transacción para llegar a la demanda de dinero, sentía una punzada en el corazón.

—No se te ve ya, papá mio—murmuró.

—¡Oh!—contestó la tía, sin dejar tiempo a su hermano para que abriera los labios.—tu papá no sale sino muy de tarde en tarde para ir al Jardín de Plantas. Y aun así, me ha de costar enfadarme. Se le ocurre decir que se pierde en París, que la ciudad no se ha hecho para él... ¡Anda, anda, ya puedes reñirle!

—Le gustaría tanto a mi marido que asistiese de vez en cuando a nuestros jueves!—continuó la joven.

El señor Béraud Du Chatel dió algunos pasos sin hablar. Después, con voz sosegada:

—Darás gracias a tu marido—dijo.—Es un muchacho activo, a lo que parece, y deseo por tí que conduzca honradamente sus negocios. Pero nuestras ideas no son las mismas, y por lo tanto no me encuentro a mis anchas en vuestra hermosa casa del parque de Monceaux.

La tía Isabel pareció desazonada con aquella contestación.

—¡Qué malos resultan los hombres con su política—dijo en tono chancero.—¿Quieres saber la verdad? Tu papá está a matar con vosotros porque vais a las Tullerías.

Pero el anciano se encogió de hombros, como

para demostrar que su descontento se fundaba en motivos mucho más graves. Púsose de nuevo a andar lentamente, pensativo. Renata permaneció un instante guardando silencio, teniendo en la punta de la lengua la petición de los cincuenta mil francos. Después apoderóse de ella una cobardía mayor, besó a su padre y se marchó.

La tía Isabel quiso acompañarla hasta la escalera. Al atravesar la fila de habitaciones, continuó charlotteando con su vocecita de señora mayor:

—Eres feliz, querida hija mía. Siento verdadero placer al verte tan hermosa y tan bien trajeada; pues si tu casamiento hubiese ofrecido mal resultado, ya sabes que me habría juzgado culpable... Tu marido te ama, tienes cuanto te hace falta, ¿verdad que sí?

—Claro está—contestó Renata, esforzándose por sonreír, con la muerte en el corazón.

La tía la detuvo aún, con la mano apoyada en la baranda de la escalera.

—Para que veas, el único temor que abrigo es el de que se te suba el santo al cielo con tu felicidad. Sé prudente, y sobre todo, no vayas a vender nada... Si llegases a tener un hijo, te encontrarías para él con una fortunita preparada.

Cuando Renata se halló en el cupé, lanzó un suspiro de alivio. Gotas de frío sudor le humedecían las sienes, y se las enjugó pensando en la glacial humedad del hotel Béraud. Después, cuando el cupé rodó al claro sol del muelle de San Pablo, acordóse de los cincuenta mil francos, y todo su dolor se despertó, más vivo todavía. Ella, a quien se tenía por tan atrevida, ¡qué cobarde se acababa de mostrar! Y, no obstante, era de Máximo de quien se trataba, de su libertad, de los placeres de ambos. En medio de los

amargos reproches que ella misma se dirigía, una idea surgió de repente, que llevó en desesperación al colmo; debería de haber hablado de los cincuenta mil francos a la tía Isabel, en la escalera. ¿En dónde había tenido la cabeza? Tal vez la bondadosa señora le habría prestado la suma, o, cuando menos, la habría ayudado. Ya se inclinaba para ordenar al cochero que volviese a la calle de Saint-Louis-en-Pile, cuando creyó volver a ver la imagen de su padre, que atravesaba lentamente la solemne sombra del gran salón. Nunca tendría el valor de volver en seguida a aquella habitación. ¿Qué alegraría para explicar aquella segunda visita? Y, en su interior, tampoco se sentía con valor de hablar del asunto a la tía Isabel. Así fué que dijo al cochero que la condujese a la calle de Faubourg Poissonnière.

Madama Sidonia lanzó un grito de entusiasmo cuando la vió empujar la puerta discretamente de la velada tienda. Hallábase allí por pura casualidad, pues iba a salir para correr a casa del juez de paz, a donde citaba a una cliente. Pero ella faltaría y lo dejaría para otra ocasión. ¡No se sentía poco feliz al ver que su cuñada había tenido la amabilidad de hacerle por último una visita! Renata se sonreía con ademán de inquietud. Madama Sidonia no quiso en modo alguno que se quedase allí abajo, e hizo que subiera a su habitación por la escalerilla, después de haber apartado el tirador de metal del almacén. Lo menos veinte veces al día quitaba aquel botón, que se sostenía con un simple clavo.

—Aquí, hermosa mía —le dijo, haciéndola sentarse en una silla larga, —vamos a hablar a las mil maravillas... Figúrate que llegas a pedir de boca; como que esta noche habría ido a tu casa.

Renata, que conocía la habitación en que se hallaba, experimentaba allí esa vaga sensación de malestar que ofrece a un paseante la vista

de un rincón de bosque devastado en un paisaje querido.

—¡Ah! —dijo por fin, —ha cambiado usted de sitio la cama, ¿no es así?

—Sí —contestó tranquilamente la vendedora de encajes; —ha sido una de mis parroquianas la que la ha encontrado mucho mejor enfrente de la chimenea. También me ha aconsejado que ponga cortinas coloradas.

—Es lo que yo me decía, las cortinas no eran de este color... El rojo es un color demasiado vulgar.

Calzóse el lente y contempló aquella pieza que ofrecía el lujo de gran hotel amueblado. Vió sobre la chimenea largas horquillas para el pelo, que con seguridad no procedían del escaso moño de la señora Sidonia. En el antiguo sitio en que se encontraba la cama, el papel pintado aparecía del todo arañado, descolorido y ensuciado por los colchones. La corredora hizo cuanto estuvo en su mano para ocultar tamaña herida con los respaldos de dos sillones; mas como los respaldos eran algo bajos, la vista de Renata se fijó en aquella faja deteriorada.

—¿Tiene algo que decirme? —le preguntó por último.

—Sí, es toda una historia —contestó madama Sidonia, juntando las manos con ademán de comilona que va a referir lo que ha engullido en la comida.—Figúrate que el señor de Saffré bebe los vientos por la hermosa señora de Saccard... Sí, de ti, ni más ni menos, preciosa mía.

Renata no hizo siquiera el menor movimiento de coquetería.

—¡Vaya! pues ¿no decía usted que estaba tan perdido por la señora de Michelin?...

—¡Oh! aquello ha concluído, de todo punto concluído... puedo probártelo, si así lo quieres... ¿Por ventura ignoras que la pequeña Michelin

ha llegado a caer en gracia al barón Gouraud? No se comprende jota. Todos cuantos conocen al barón se han quedado con la boca abierta... ¿Y no sabes que ella está en camino de obtener el cordón rojo para su marido?... ¡Ah! ¡y que no es poco viva!... no falta fuego en aquellos ojos: a nadie necesita para manejar su barca.

Y decía aquello con cierta pena mezclada de admiración.

—Pero volvamos al señor de Saffré. Llegó a encontrarte en un baile de actrices, envuelta en un dominó, y hasta se acusa de haberte convidado a cenar con bastante descortesía. ¿Es o no verdad?

La joven se quedó viendo visiones.

—Verdad en un todo —murmuró;— pero, ¿quién había podido decirle?...

—Espera; asegura que te conoció más tarde, cuando ya no estabas en el salón, y que vino en conocimiento por haberte visto salir del brazo de Máximo... Desde entonces precisamente se siente enamorado hasta perder la chaveta; la cosa ha echado raíces en su corazón... ¿comprendes? un capricho. Ha venido a verme para suplicarme que te presente sus excusas...

—Pues bien, dígame usted que le perdono,—interrumpió con negligencia Renata.

Luego continuó, volviendo a sus angustias:

—¡Ah, mi buena Sidonia! me encuentro en un mar de inquietudes. Necesito de todo punto cincuenta mil francos para mañana por la mañana. Había venido para hablar a usted de este asunto. ¿No me dijo usted que conocía prestamistas?...

La corredora, picada por la manera brusca con que su cuñada interrumpía su historia, le hizo esperar algún rato la respuesta.

—Sí, con seguridad; sólo que te aconsejo ante todo que busques entre los amigos... En tu lugar,

yo sé muy bien lo que haría... Me dirigiría sencillamente al señor de Saffré.

Renata dejó escapar una sonrisa de contradicción.

—Pero—continuó—eso sería poco conveniente, puesto que usted dice que tan enamorado está.

La vieja la miró con fijeza; después su papandujo rostro fué poco a poco cambiándose en una sonrisa de tierna compasión.

—¡Pobre alma mía!—murmuró,—has llorado, no me lo niegues, lo veo en tus ojos. Hay que ser fuerte, acepta la vida tal como es... Vamos, permíteme que arregle este asunto.

Renata se levantó, martirizándose los dedos y haciendo crujir sus guantes. Permaneció en pie, agitada por cruel lucha interior. Abría los labios para aceptar tal vez, cuando un campanillazo resonó en la habitación contigua. Madama Sidonia salió inmediatamente, entreabriendo una puerta que permitió ver una doble hilera de pianos. La joven oyó en seguida pasos de hombre y el ahogado rumor de una conversación en voz baja. Maquinalmente se dirigió a examinar de más cerca la mancha amarillenta que los colchones habían dejado en la pared. La mancha aquella la inquietaba, la molestaba. Olvidándolo todo, a Máximo, a los cincuenta mil francos, al señor de Saffré, volvió a acercarse al lecho, pensativa: aquella cama se encontraba mucho mejor en el sitio en que antes estaba; había mujeres que ciertamente carecían de gusto; de fijo, cuando se estuviese acostado, la luz había de dar en los ojos. Y en el fondo de su recuerdo, vió alzarse por modo vago la imagen del desconocido del muelle de San Pablo, su novela en dos citas, de aquel amor de casualidad que había gozado allí, cuando el lecho estaba de otra manera colocado. De aquello no quedaba más que el desgaste del papel pintado. Entonces aquella habitación la llenó

de malestar, y perdió la paciencia ante aquel rumor de voces que continuaba oyéndose en la pieza vecina.

Cuando madama Sidonia volvió, abriendo y cerrando la puerta con precaución, hizo repetidas señales con la punta de los dedos para recomendarle que hablara bajito. En seguida le dijo al oído:

—¿No sabes? la aventura resulta de lo que no hay: quien se encuentra ahí es en persona el señor de Saffré.

—Supongo que a lo menos no le habrá usted dicho que estoy yo aquí—dijo la joven llena de inquietud.

La corredora se hizo la sorprendida, y con toda ingenuidad:

—Pues no que no... Está esperando que le diga que entre. No hay que decir que no le he hablado de los cincuenta mil francos.

Renata, en extremo pálida, se había erguido como sacudida por un latigazo: una arrogancia sin límites subíale al corazón. El ruido brutal de botas que oía en la habitación contigua la sacaba de quicio.

—Me voy—dijo con breve acento.—Venga usted a abrirme la puerta.

—No seas niña... ¿Qué voy a hacer yo con ese hombre, ahora que le he dicho que estás aquí?... En verdad que me comprometes...

Pero ya la joven había bajado la escalerilla, y repetía delante de la cerrada puerta de la tienda:

—Ábrame usted, ábrame usted.

La vendedora de encajes, cuando retiraba la manecilla de cobre de la puerta, tenía la costumbre de metérsela en el bolsillo. Todavía quiso parlamentar. Por último, montando en cólera y dejando ver en el fondo de sus ojos grises toda la áspera sequedad de su carácter, exclamó:

—Pero, en fin, ¿qué quieres que diga a ese hombre?

—Que no estoy en venta—contestó Renata, quien tenía ya un pie en la acera.

Y parecióle oír a madama Sidonia rezongar cerrando violentamente la puerta: “¡Eh! ¡ve, ve, boba! ya me lo pagarás”.

—¡Pardiez!—pensaba al subir al cupé;—prefero a mi marido.

Volvió en derecha al hotel, y por la tarde dijo a Máximo que no fuera; hallábase algo enferma y necesitaba reposo; y al día siguiente, cuando le entregó los quince mil francos para el joyero de Silvia, quedóse turbada ante su sorpresa y sus preguntas. Provenían de su marido—le dijo,—que había realizado un buen negocio. Mas a partir de aquel día, presentóse más fantástica; cambiaba a menudo las horas de las citas que daba al joven, y, con frecuencia, hasta le acechaba en la estufa para despedirle. En cuanto a él, poco era lo que le inquietaban aquellos cambios de humor; tenía a gala el ser una cosa obediente en manos de las mujeres. Lo que más le disgustaba era el sesgo de moralidad que tomaban a veces sus conversaciones amorosas; poníase la joven muy triste y hasta gruesas lágrimas le brotaban de los ojos. Interrumpía su estribillo sobre “el hermoso joven” de la *Bella Elena*, tocaba los cánticos del colegio y preguntaba a su amante si no creía que el mal fuese castigado, tarde o temprano.

—No hay duda que se va volviendo vieja—pensaba Máximo.—Sus gracias, a todo tirar, podrán durar todavía uno o dos años.

La verdad era que sufría cruelmente. Ahora habría preferido engañar a Máximo con el señor de Saffré. En casa de madama Sidonia se había sublevado, había cedido a una fiereza instintiva, al asco de aquella venta grosera. Pero

en los siguientes días, cuando hubo soportado las angustias del adulterio, todo zozobó en ella y se tuvo por tan despreciable, que se habría entregado al primer hombre que hubiese empujado la puerta de la habitación de los pianos. Si hasta allí la idea de su marido se había mezclado a veces con el incesto, como dejó de voluptuoso horror, el marido, el hombre mismo se confundía desde entonces en él con tal brutalidad, que trocó sus más delicadas sensaciones en insoportables dolores. La que se complacía en los refinamientos de su falta y que soñaba de la mejor gana en un rincón de paraíso sobrehumano, en donde los dioses saborean sus amores en familia, descendía al linaje vulgar compartido por dos hombres. En vano intentó gozar de la infamia; tenía aún los labios enardecidos con los besos de Saccard, cuando los ofrecía a los de Máximo. Su curiosidad descendió al fondo de aquellas voluptuosidades malditas; llegó hasta a mezclar sus dos amores, hasta buscar al hijo en los abrazos del padre. Y salía cada vez más espantada, más dolorida de aquel viaje en lo desconocido del mal, de aquellas ardientes tinieblas en que confundía su doble amante con los terrores que comunicaban un estertor a sus alegrías.

Guardó aquel drama para ella sola y duplicó el sufrimiento con la fiebre de su imaginación. Antes que confesar la verdad a Máximo, habría preferido morir; alimentaba un gran temor de que el joven se sublevara y se apartara de ella; tenía sobre todo tan arraigada la creencia y tan absoluta del monstruoso pecado y de la condenación eterna, que antes habría atravesado desnuda al parque Monceaux, que confesar su baldón en voz baja. Permanecía siendo, sin embargo, la atolondrada que admiraba París con sus extravagancias. Acometíanla alegrías nerviosas, prodigiosos caprichos de que se ocupaban los pe-

riódicos, designándola con sus iniciales. Fué en aquella época cuando quiso a todo trance batirse en desafío, a pistola, con la duquesa de Sternich, quien, con perversa intención — a lo que ella decía — le había derramado un vaso de ponche sobre el vestido; fué menester que su cuñado el ministro se enfadase. En otra ocasión apostó con la señora de Lauwerens que daría la vuelta a la pista de Longchamps en menos de diez minutos, y si algo le hizo desistir, fué la cuestión del traje. Hasta el mismo Máximo comenzaba a mirar con espanto aquella cabeza en que la locura se aposentaba y en que creía oír, por la noche, sobre la almohada, todo el alboroto, toda una ciudad en celo de placeres.

Una noche fueron juntos al Teatro Italiano. Ni siquiera se habían fijado en el cartel. Querían ver a una gran trágica italiana, la Ristori, que traía trastornado a todo París y por quien la moda exigía interesarse. Representábase *Fedra*. El se acordaba bastante del repertorio clásico y ella sabía el suficiente italiano para enterarse de la obra. La tragedia les produjo una emoción particular, en aquella lengua extranjera, cuyas sonoridades les parecían, a veces, un simple acompañamiento de orquesta para sostener la mímica de los actores. Hipólito era un joven alto y pálido, muy mediano, que lloraba su papel.

— ¡Qué papanatas! — murmuraba Máximo.

Pero la Ristori, con sus robustos hombros agitados por los sollozos, con su semblante trágico y sus fornidos brazos, conmovía profundamente a Renata. Fedra tenía la sangre de Pasifae, y la joven se preguntaba de qué sangre podía ser ella, la incestuosa de los tiempos modernos. De la obra dramática veía tan sólo aquella mujer, arras-trando por el escenario el crimen de la antigüedad. En el primer acto, cuando Fedra hace a Enone la confesión de su amor criminal; en el se-

gundo, cuando se declara, enardecida, a Hipólito; y después, en el cuarto, cuando la vuelta de Teseo la anonada y se maldice, en un arranque de dolor sombrío, llenaba el teatro con tan terrible grito de pasión salvaje, de necesidad tan grande de sobrehumana voluptuosidad, que la joven sentía conmovidas sus carnes a cada estremecimiento de sus deseos y de sus remordimientos.

—Espera—susurraba Máximo a su oído,—vas a oír la relación de Terámenes. Es una gran cabeza la del viejo.

Y murmuró con voz cavernosa:

Apenas salimos de las puertas de Trecenas.

Iba él en su carro...

Pero Renata, así que habló el viejo, ya no miró ni escuchó más. La lámpara la cegaba, y calores sofocantes le llegaban de todos aquellos rostros fijos en la escena. El monólogo proseguía, interminable. Hallábase en la estufa, bajo el ardiente follaje y soñaba que su marido entraba y la sorprendía en brazos de su hijo. Sufrió horriblemente, a punto se hallaba de perder el conocimiento, cuando el último grito de Fedra, arrepentida y moribunda en las convulsiones del bebedizo, la hizo volver a abrir los ojos. Cayó el telón. ¿Tendría ella valor para envenenarse un día? ¡Cuán mezquino y vergonzoso resultaba su drama al lado de la antigua epopeya! Y mientras que Máximo le anudaba bajo la barba su salida de teatro, oía todavía rugir tras de sí aquella varonil voz de la Ristori, a que contestaba el plácido murmullo de Cenone.

En el cupé, el joven habló solo, encontraba en general la tragedia "abrumadora" y prefería las representaciones de los Bufos. Sin embargo, Fedra tenía "consistencia". Habíale interesado porque... Y estrechó la mano de Renata, como para completar su pensamiento. Luego una idea chus-

ca le pasó por la cabeza y no pudo resistir al deseo de salir con un chiste:

—¿Tenía yo o no tenía razón al no querer acercarme al mar en Trouville?

Renata, sumida en lo más hondo de su dolorosa meditación, se mantenía callada. Fué necesario que él repitiera su frase.

—¿Por qué?—le preguntó admirada, porque no comprendía.

—Por el monstruo...

Y se fijó maliciosamente. Aquella broma heló a la joven. Todo se le desconcertó en la cabeza. La Ristori no era ya sino un gran polichinela que recogía el peplo y enseñaba la lengua al público como Blanca Muller, en el tercer acto de la *Bella Elena*; Terámenes bailaba el cancan, e Hipólito comía tostadas de dulce metiéndose los dedos en las narices.

Siempre que un remordimiento más punzante hacía estremecer a Renata, asaltábanla soberbias rebeliones. ¿Cuál era, pues, su crimen, y por qué se había ruborizado? ¿Acaso no andaba un día y otro día sobre más grandes infamias? por ventura, ¿no se codeaba en casa de los ministros, en las Tullerías, en donde quiera, con miserables como ella, que poseían millones y a las que se adoraba de rodillas? Y pensaba en la vergonzosa amistad de Adelina de Espanet y de Susana Haffner, para quienes a veces había sonrisas en los lunes de la emperatriz. Hacía memoria del negocio de la señora Lauwerens, a quien los maridos ponían en las nubes por su irreprochable conducta, por su buen orden y por su exactitud en pagar a sus proveedores. Hablaba de la señora de Daste, de la de Teisseire, de la baronesa de Menihold, aquellas indecentes, cuyo lujo pagaban los amantes y que eran cotizadas en el mundo de la elegancia como los valores en la Bolsa. La señora de Guende era tan estúpida y tan bien for-

mada, que tenía por amantes a un tiempo a tres oficiales de alta graduación, sin poderlos distinguir a causa de sus uniformes; lo que hacía decir a aquel demonio de Luisa que empezaba por obligarles a ponerse en camisa, para saber a cuál de los tres hablaba. La condesa Vanska se acordaba de los patios en que había cantado, de las aceras a lo largo de las cuales se aseguraba haberla visto, vestida de indiana, rodando de acá para allá como una loba. Cada una de aquellas señoras tenía su baldón, su llaga ostentada y triunfante. Por último, y como dominándolas a todas, la duquesa de Sternich se alzaba, fea, envejecida, fatigada, con la gloria de haber pasado una noche en el lecho imperial; era aquello el libertinaje oficial y de él conservaba Renata como una majestad de la disipación y una soberanía sobre aquella pandilla de ilustres correntonas.

De este modo la incestuosa se acostumbraba a su falta, como a un traje de gala, cuya rigidez la habría molestado al principio. Seguía las modas de la época, se vestía y se desnudaba a la usanza de las demás. Acababa por creer que vivía en medio de un mundo superior a la moral común, en que los sentidos se afinaban y se desarrollaban, en que estaba permitido ponerse desnuda para regocijo del Olimpo entero. El mal se convertía en lujo, en una flor clavada en los cabellos, en un diamante sujeto en la frente. Y volvía a ver en su fantasía, como justificación y hasta como redención, al emperador, del brazo del general, pasando entre dos hileras de hombres inclinados.

Tan sólo un hombre, Bautista, el ayuda de cámara de su marido, continuaba inquietándola. Desde que Saccard se mostraba galante, aquel gran lacayo, pálido y digno, parecía que andaba en torno suyo, con la solemnidad de muda

acusación. Bautista no le dirigía la vista, sus frías miradas se extendían por encima de su tocado, con pudores de bedel que se niega a manchar su vista con la cabellera de una pecadora. Renata se imaginaba que lo sabía todo, y habría comprado su silencio si a ello se hubiese atrevido. Cuando se tropezaba con Bautista, sentía cierta desazón, asaltábala una especie de tan confuso respeto, que llegaba a decirse a sí misma que toda la honradez de cuantos la rodeaban se había concentrado y ocultado bajo el negro traje de aquel lacayo.

Un día le preguntó a Celeste:

—¿Le gusta a Bautista bromear en la cocina? ¿sabes si tiene algún enredo, alguna querida?

—Sí, por cierto—se contentó con contestar la doncella.

—Vamos, sin duda te ha hecho el amor.

—¡Ca! no mira nunca a las mujeres. Gracias que le veamos alguna que otra vez... Siempre está en el cuarto del señor o en las cuadras. Dice que se desvive por los caballos.

Renata se exasperaba por aquella honradez, insistía y habría querido poder despreciar a los que la servían. Si bien se había encariñado con Celeste, habríale alegrado saber que tenía amantes.

—Pero a ti, Celeste, ¿no te parece que Bautista es un guapo muchacho?

—¡A mí, señora!—exclamó la doncella con el estupefacto semblante de la persona que acaba de oír algo prodigioso.—Otras cosas son las que tengo en la cabeza. No pienso en ningún hombre; tengo mi plan, y ya verá usted con el tiempo. No soy ninguna tonta.

Renata no pudo sacar nada en limpio. Sus inquietudes, sin embargo, tomaban cada día más cuerpo. Su alborotada vida, sus correrías locas, tropezaban con numerosos obstáculos que la era

preciso vencer y contra los cuales salía malparada a veces. Así fué que Luisa de Mareuil se alzó un día entre ella y Máximo. No era que se sentiese celosa de la "jorobada", como la nombraba desdeñosamente; sabía que estaba desahuciada por los médicos, y no le pasaba nunca por las mientes que Máximo pudiese casarse con aquella graciosa fea, ni aun con un millón de dote. En medio de sus caídas había conservado una ingenuidad burguesa tocante a las personas a quienes quería, y aunque ella a sí misma se despreciaba, complaciase en considerarlas superiores y más dignas de estimación. Pero rechazando y todo la posibilidad de un casamiento que le habría parecido una perversión siniestra y un robo, sufría con las familiaridades y confianzas de los jóvenes. Cuando hablaba de Luisa a Máximo, éste se reía como un bendito, le refería los dichos de la muchacha y le decía:

—¿No sabes que me llama su hombrecito esa galopina?

Y se expresaba con tal libertad de pensamiento, que Renata no se atrevía a hacerle entender que aquella galopina tenía diez y siete años, y que sus juegos de manos, y su prisa, en los salones, en buscar los más oscuros rincones para burlarse de todo el mundo, la desazonaban y le agitaban sus más hermosas noches.

Un suceso vino a dar a la situación un carácter singular. Renata sentía con frecuencia necesidades de jactancia, caprichos de atrevimiento brutal. Arrastraba a Máximo detrás de una cortina, o de una puerta, y allí le besaba, con riesgo de ser vista. Una noche, cuando el saloncito capullo de oro rebosaba de gente, se le ocurrió la peregrina idea de llamar al joven, que estaba hablando con Luisa; adelantóse a su encuentro, desde el fondo de la estufa en donde se encontraba, y le besó bruscamente en los labios, entre dos

macizos de verdura, creyéndose suficientemente oculta. Pero Luisa se había ido en pos de Máximo. Cuando los amantes volvieron la cabeza, la vieron a algunos pasos de distancia, mirándoles con extraña sonrisa, sin ruborizarse ni sorprenderse, con la tranquila y amistosa actitud de un compañero de relajación, bastante corrido para comprender y saborear semejante beso.

Máximo aquel día sintióse en realidad asustado, pero Renata se mostró indiferente y hasta regocijada. Todo había concluído; era ya imposible que la jorobada le quitase su amante. Pensaba:

—Debería de haberlo hecho expofeso. Ahora sabe que su "hombrecito" me pertenece.

Máximo se tranquilizó, al encontrar a Luisa tan risueña y chusca como antes. Tuvola por "muy valiente y por muy buena muchacha", y asunto concluído.

Renata se inquietaba con razón. Saccard, desde hacía algún tiempo, pensaba en el casamiento de su hijo con la señorita de Mareuil. Había de por medio un millón de dote que no estaba dispuesto a dejar escapar, con la idea de meter más adelante las manos en aquel dinero. Luisa, allá a la entrada del invierno, habíase quedado en cama cerca de tres semanas, y tan grande fué el miedo que tuvo de verla morir antes de la unión proyectada, que se decidió a casar a los muchachos de prisa y corriendo. Teníalos en verdad por demasiado jóvenes; pero los médicos temían el mes de marzo para la física. Por su parte, el señor de Mareuil se encontraba en situación delicada. En el primer escrutinio había conseguido por último hacerse nombrar diputado; sólo que el Cuerpo legislativo acababa de anular su elección, lo que constituyó el escándalo de la revisión de los poderes. Aquella elección fué todo un poema heroico-cómico, con que vi-

vieron los periódicos cerca de un mes. El señor Hupel de la Noue, prefecto del departamento, había desplegado ahinco tal, que los demás candidatos ni siquiera pudieron anunciar su profesión de fe ni distribuir sus papeletas de candidatura. Cediendo a sus consejos, el señor de Mareuil llenó la circunscripción de mesas, en que los labriegos bebieron y comieron durante una semana. Prometió, por añadidura, un camino de hierro, la construcción de un puente y de tres iglesias, y envió, en la víspera del escrutinio, a los electores influyentes, el retrato del emperador y la emperatriz, dos grandes grabados con su cristal y con sus marcos dorados. Aquel regalo obtuvo un éxito loco, la mayoría resultó abrumadora. Pero cuando la Cámara, ante la carcajada de Francia entera, se vió obligada a devolver al señor de Mareuil a sus electores, el ministro montó en cólera contra el prefecto y contra el desgraciado candidato, que se habían mostrado en realidad demasiado "inflexibles". Hasta habló de poner la candidatura oficial con otro nombre. El señor de Mareuil se quedó viendo visiones, había gastado trescientos mil francos en el departamento, poseía allí grandes propiedades en donde se aburría, y se vería precisado a venderlas con pérdida. Así fué que corrió a suplicar a su querido colega que apaciguase a su hermano, y que le prometiera, en su nombre, una elección del todo conveniente. Esta circunstancia la aprovechó Saccard para volver a hablar del casamiento de los muchachos, y ambos padres quedaron acordados en definitiva.

Cuando se sondeó a Máximo sobre el particular, se sintió contrariado. Luisa le divertía, pero la dote le tentaba más aún. Dijo que sí y aceptó todas las fechas que a Saccard le vinieron en gana, para evitarse el fastidio de una discusión. Pero en el fondo tenía para sí que las cosas no

se arreglarían con tan bonita facilidad. Renata no consentiría nunca; lloraría, armaría un zipizape tras otro, y sería capaz de provocar algún ruidoso escándalo que dejase atónito a todo París. Aquello resultaba desagradable a más no poder. Ahora el joven le tenía ya miedo; mirábale con inquietos ojos, le poseía con despotismo tal, que, en vez de una blanca mano, creía que se hundían garras en sus hombros. Su turbulencia se convertía en brusquedad y se percibían sonidos extraños en el fondo de sus carcajadas. Temía que en realidad no se volviese loca la mejor noche en sus brazos. Los remordimientos, el temor de ser sorprendida, los crueles goces del adulterio, no se manifestaban en ella como en las demás mujeres, con lágrimas y descaecimientos, sino con extravagancia mayor, con ansias de desorden más irresistible. Y, en medio de su creciente azoramiento, empezábase a oír como un estertor, el desquiciamiento de aquella hermosa y admirable máquina que se hacía pedazos.

Máximo esperaba con pasividad una ocasión, una ocasión que le librase de aquella querida molesta. Volvía a decir que habían hecho una barbaridad. Si su familiaridad había desde un principio puesto en sus relaciones amorosas una voluptuosidad más, esto le impedía ahora romper con ella, como con seguridad habría hecho con cualquier otra mujer. No habría vuelto; aquel era su modo de desatar sus amores, para evitar todo esfuerzo y toda reyerta.

Pero sentíase incapaz de un rompimiento, y hasta se abandonaba aún de la mejor gana a las caricias de Renata; ésta se mostraba maternal, pagaba por él y le sacaba de apuros si algún acreedor la echaba por la tremenda. Después la idea de Luisa, la del millón de dote se le presentaba, le hacía pensar, hasta entre beso y beso de la joven, "que todo aquello era bueno y bonito,

pero que no tenía consistencia y que era forzoso que tuviera fin”.

Una noche, Máximo se vió tan repentinamente desbancado en casa de una dama en donde se jugaba a menudo hasta el amanecer, que se sintió acometido de uno de esos herrinches mudos de jugador cuyos bolsillos se quedan sin una mota. Habría dado cuanto hay en el mundo para poder echar todavía algunos luises sobre la mesa. Tomó el sombrero, y con el paso maquinal del hombre impelido por una idea fija, se dirigió al parque Monceaux, abrió la verja y se encontró en la estufa. Era más de la madrugada. Renata le había prohibido que fuese aquella noche. Entonces, cuando le cerraba la puerta, no trataba siquiera de buscar una explicación, y él, por su parte, no pensaba sino en aprovecharse de su día de asueto. No se acordó por modo claro de la prohibición de la joven, sino cuando se halló delante de la puerta ventana del saloncito, que se hallaba cerrada. Por lo común, cuando él debía de ir, Renata descorría de antemano la falleba de aquella puerta.

—¡Bah!—pensó al ver iluminada la ventana del gabinete tocador,—voy a silbar y bajará en seguida. No la molestaré; si tiene unos luises, me irá más que de prisa.

Y silbó muy bajito. Por lo demás, empleaba con frecuencia aquella señal para anunciarle su llegada. Pero aquella noche silbó una y otra vez inútilmente. Sintióse excitado, silbó más fuerte, no queriendo desechar su idea de empréstito inmediato. Vió, en fin, que la puerta se abría con infinitas precauciones, sin que hubiese oído el menor ruido de pasos. En la semi-obscuridad de la estufa, apareció Renata, con el cabello en desorden y vestida apenas, como si se dispusiese a meterse entre sábanas. Iba descalza y le empujó hacia una de las bóvedas, bajando los esca-

lones y andando sobre la arena de las avenidas, sin parecer sentir el frío ni la aspereza del suelo.

—Es estúpido eso de silbar tan fuerte—murmuró con contenida cólera.—Te había dicho que no vinieras. ¿Qué quieres de mí?

—¡Eh! subamos—dijo Máximo sorprendido por aquella acogida.—Ya te lo diré allá arriba. A ver si coges un constipado.

Mas, como diese un paso, ella le contuvo, y entonces Máximo se percató de que estaba horriblemente pálida. Un mudo terror la hacía inclinar el cuerpo. Su ropa interior, los encajes pendían como trágicos jirones sobre su temblorosa piel.

Y continuaba examinándola con creciente admiración.

—¿Qué tienes? ¿estás enferma?

E, instintivamente, alzó los ojos, y miró al través de los cristales de la estufa, a aquella ventana del gabinete tocador, en donde había visto luz.

—Pero hay un hombre en tu cuarto—dijo de repente.

—No, no, eso no es verdad—balbuceó, suplicante, enloquecida.

—Vamos, hermosa mía, si estoy viendo la sombra.

Entonces permanecieron allí un instante, cara a cara, sin saber qué decir. Los dientes de Renata castañeteaban de terror, y parecía que arrojaban cubos de agua helada sobre sus desnudos pies. Máximo era pasto de más violenta agitación de lo que habría creído; mas se mantenía aún bastante desinteresado para reflexionar y para decirse que la ocasión era oportuna y que iba a aprovecharla para llegar al rompimiento.

—No me harás creer que es Celeste quien lleva gabán—prosiguió.—Si los cristales de la estufa no fuesen dobles, tal vez conocería al caballero.

Ella le empujó más todavía en la obscuridad del follaje, diciendo, con las manos suplicantes y dominada por creciente terror:

—Te lo ruego, Máximo...

Mas toda la terquedad del joven se despertó, terquedad feroz que buscaba vengarse; mas era sobrado débil para satisfacerse con sólo la cólera. El despecho le hizo morderse los labios; y, en vez de pegarle, como desde un principio tuvo ganas, aguzó la voz y repuso:

—Habrias debido decirme lo, y no hubiera venido a molestar a usted... Esto se ve todos los días; no se ama ya. Por mi parte, yo también empezaba a hastiarme... Vamos, no te impacientes. Voy a dejarte subir, mas no sin que me hayas dicho te antemano el nombre del caballero...

—¡Nunca, nunca! —murmuró la joven, sofocando las lágrimas.

—No es para provocarle, es para saberlo... El nombre, di pronto el nombre, y me voy.

Habíala cogido por las muñecas, y la miraba con su maligna sonrisa. Ella forcejeaba, desatinada, sin querer abrir los labios, para que no se le escapara el nombre que le pedía.

—Vamos a hacer ruido y vas a encontrarte mejor de lo que deseas. ¿Por qué tienes miedo? ¿No somos buenos amigos?... Quiero saber quién me reemplaza, es de justicia... Espera, te ayudaré. Es el señor de Mussy, cuya pena te ha conmovido.

—No — contestó; y ante semejante interrogatorio, bajaba la cabeza.

—¿No es el señor de Mussy?... Entonces el duque de Rozan, ¿no? ¿tampoco? Tal vez el conde de Chibray... ¿tampoco?

Detúvose y procuró hacer memoria.

—¡Diantre! es que no doy con nadie... Mi padre no puede ser, según lo que me tienes dicho...

Renata se estremeció, como si le aplicaran un hierro candente; y con sordo acento, exclamó:

—No, bien sabes que no viene ya. No habría aceptado; sería inicuo.

—¿Quién, pues?

Y le apretaba las muñecas con más fuerza aún. La infeliz mujer luchó todavía unos instantes.

—¡Oh, Máximo! ¡si supieses!... Y sin embargo, no puedo decir...

Y luego, vencida, anonadada y mirando con espanto a la ventana iluminada:

—Es el señor de Saffré—balbuceó en voz muy baja.

Máximo, a quien tan cruel juego solazaba, palideció en extremo ante aquella confesión que solicitaba con tanta insistencia. Sintióse fuera de sí ante el inesperado dolor que le causaba aquel nombre. Rechazó con violencia las manos de Renata; acercóse y le dijo en pleno rostro, con los dientes apretados:

—¿Quieres saber lo que eres? ¡tú eres una...!

Y soltó la palabra redonda. Y ya se iba cuando corrió tras él, sollozando, cogiéndole en los brazos y murmurando acentos de ternura, demandas de perdón, jurándole que le adoraba siempre y que al siguiente día se lo explicaría todo. Mas él se desasíó y cerró violentamente la puerta de la estufa, contestando:

—¡No! se acabó, estoy hartó.

La joven se quedó anonadada. Miróle atravesar el jardín. Parecíale que los árboles de la estufa daban vueltas a su alrededor. Después, lentamente, arrastró sus desnudos pies por la arena, subió los peldaños de la escalinata con la piel arrecida y apareciendo más trágica aun en el desorden de sus encajes. Ya arriba, contestó a las preguntas de su marido, que la esperaba, que había creído recordar el sitio en que podía haberle caído un librito de memorias que había

perdido por la mañana. Y así que estuvo acosada, le acometió de repente una desesperación inmensa, al reflexionar que habría debido decir a Máximo, que era su padre que había regresado a casa con ella, le había seguido a su habitación para hablarle de cualquier asunto de interés.

Al día siguiente fué cuando Saccard se decidió a tratar de rondón el desenlace del asunto de Charonne. Su mujer le pertenecía; acababa de sentirla dulce e inerte en sus manos, como cosa que se abandona. Por otra parte, el trazado del bulevar del Príncipe Eugenio iba a quedar resuelto, y era preciso que Renata quedase despojada antes que la próxima expropiación se divulgara. Saccard demostraba, en todo aquel negocio, verdadero amor de artista; veía madurar su plan con todo cariño y tendía las redes con refinamientos del cazador que emplea galante coquetería para apoderarse de la pieza. Era aquello para él una simple satisfacción de jugador hábil, el deleite especial que saborea el hombre por la ganancia robada; quería quedarse con los terrenos por un pedazo de pan, en paz con dar a su mujer, en la alegría del triunfo, cien mil francos en alhajas. Las operaciones más sencillas se complicaban; desde el punto y hora en que él se ocupaba de ellas, convertíanse en dramas tenebrosos; se apasionaba, y capaz habría sido de pegar a su padre por una moneda de cien sueldos. Y en seguida sembraba el oro con toda espléndidez.

Mas antes de obtener de Renata la cesión de su parte de propiedad, tuvo la prudencia de ir a sondear a Larsonneau sobre sus intenciones de hacer revelaciones que había olfateado en él. Su instinto le salvó en aquella circunstancia. El agente de expropiaciones había creído, por su parte, que el fruto estaba maduro y que lo podía coger. Cuando Saccard entró en el gabinete de

la calle de Rivoli, encontró a su compadre desconcertado, dando muestras de la más violenta desesperación.

—¡Ah, amigo mío! — exclamó cogiéndole las manos, — estamos perdidos... Me disponía a ir corriendo a su casa de usted, para ponernos de acuerdo y ver el modo de salir de este horrible lance...

Mientras se retorecía los brazos y veía el modo de lanzar un gemido, Saccard reparaba en que se disponía a firmar cartas en el momento en que entraba, y en que las firmas revestían una limpieza admirable. Miróle tranquilamente y le preguntó:

—¡Bah! ¿qué es lo que nos amenaza?

Pero el otro no contestó en seguida; se había echado en el sillón, delante de su mesa de escritorio, y allí, con los codos apoyados en la carpeta y la frente en las manos, moviase con furia la cabeza. Por último, con voz ahogada, exclamó:

—Me han robado el registro... ya sabe usted...

Y refirió que uno de sus dependientes, un miserable digno de estar en presidio, le había sustraído un gran número de legajos, entre los cuales se encontraba el famoso registro. Lo peor era que el ladrón había comprendido el partido que podía sacar de aquel documento y que pretendía hacérselo rescatar por cien mil francos.

Saccard reflexionaba: el cuento le pareció más que burdo. Era evidente que a Larsonneau, en el fondo, se le importaba un rábano ser creído o no. Lo que buscaba era sencillamente un pretexto para darle a entender que quería cien mil francos en el negocio de Charonne; y hasta que, con esta condición, devolvería los documentos comprometedores que obraban en su poder. La pretensión le pareció a Saccard demasiado grosera; del mejor talante habría asignado su parte a su antiguo colega; pero el lazo aquél que

le tendía, aquella vanidad de tomarle por primo le sacaba de quicio. Por otra parte no se hallaba libre de inquietud; conocía al personaje y le tenía por muy capaz de llevar los papeles a su hermano el ministro, quien con toda seguridad habría pagado para ahogar el escándalo.

—¡Diantre!—murmuró sentándose a su vez.— ¡Vaya una bonita historia! ¿Y no se podría ver al granuja de que se trata?

—Voy a enviarle a buscar—dijo Larssonneau.— Vive aquí al lado, calle de Juan Lantier.

Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando un jovencuelo, bizco, de pálidos cabellos y con el rostro lleno de manchas rojizas, entró muy despacito, procurando evitar que la puerta hiciese ruido. Vestía una miserable levita negra demasiado grande y en extremo raída. Mantúvose en pie, a respetuosa distancia, mirando a Saccard con el rabillo del ojo y con toda serenidad. Larssonneau, que le llamaba Bautistín, le hizo sufrir un interrogatorio, al que contestaba por monosílabos, sin turbarse lo más mínimo; y recibía con la mayor indiferencia los epítetos de ladrón, estafa, bandido, con que su principal, creía deber acompañar todas y cada una de sus preguntas.

Saccard se admiró de la sangre fría de aquel desdichado. Hubo un instante en que el agente de expropiaciones se lanzó del sillón como para abofetearle, mas él se satisfizo con retroceder un paso y bizquear con más humildad aún.

—Está bien, déjele usted—dijo el banquero.— Conque, es decir, caballero, ¿que usted pide cien mil francos para devolver los papeles?

—Sí, cien mil francos—contestó el joven.

Y se fué. Larssonneau parecía no poder serenarse.

—¡Oh! ¡qué desenfreno!—balbuceó.—¿Ha reparado usted en aquel mirar atravesado?... Esos

tunantes le miran a usted con timidez y son capaces de asesinar a un hombre por veinte francos.

Pero Saccard le interrumpió diciendo:

—¡Bah! no es terrible. Estoy en que podremos arreglarnos con él... Yo venía para hablar de un asunto que causa mayor inquietud... Tenía usted razón al desconfiar de mi mujer, caro amigo. Figúrese usted que trata de vender su parte al señor Haffner. Necesita dinero, según dice. Su amiga Susana es la que la ha debido impulsar.

El otro dejó repentinamente de desesperarse; escuchaba un tanto pálido, poniendo en su lugar el tieso cuello de la camisa, que se le había vuelto a impulso de su cólera.

—Esta cesión—continuó Saccard,—es la ruina de nuestras esperanzas. Si el señor Haffner llega a ser nuestro consocio, no tan sólo nuestros beneficios se encuentran amenazados, sino que me asalta el temor de que nos hallamos en situación desagradabilísima para con ese hombre meticoloso que querrá examinar las cuentas al dedillo.

El agente de expropiaciones se puso a andar con paso agitado, haciendo crujir sobre la alfombra sus charoladas botinas.

—¡Ahí tiene usted—masculló,—en qué situación se coloca uno por prestar servicios a las personas!... Pero, amigo mío, yo en lugar de usted, impediría en absoluto a mi mujer que hiciese tamaña tontería... Primero le calentaría las costillas.

—¡Ah, amigo mío!...—contestó el banquero con astuta sonrisa.—No cuento con más acción sobre mi mujer que con la que usted parece contar sobre ese canalla de Bautistín.

Larssonneau se detuvo en seco delante de Saccard, quien seguía sonriendo, y le miró con la mayor fijeza. Luego prosiguió andando de una parte a otra, pero con paso lento y mesurado. Aproximóse a un espejo, subió el nudo de la cor-

bata, y volvió a andar, recuperando su elegancia. Súbitamente:

—¡Bautistin!—gritó.

El jovencillo bisojo volvió a entrar, pero por otra puerta. Ya no llevaba sombrero y daba vuelta a una pluma entre los dedos.

—Ve en busca del registro—le dijo Larsonneau.

Y cuando se hubo alejado, discutió la suma que se le había de dar.

—Hágalo usted por mí—concluyó por decir sin rodeos.

Entonces Saccard consintió en ceder treinta mil francos sobre los futuros beneficios del negocio de Charonne. Tenía para sí que escapaba aún con ventaja de la enguantada mano del usurero. Este hizo suscribir el pagaré a su nombre continuando la comedia hasta el fin, asegurando que de los treinta mil francos daría cuenta y razón al joven Saccard, con risas de satisfacción y de alivio, quemó el registro hoja por hoja, a la llama de la chimenea. Una vez terminada esta operación, cambió vigorosos apretones de manos con Larsonneau, y se despidió diciéndole:

—Esta noche irá usted a casa de Laura, ¿verdad?... Espéreme usted. Ya lo habré arreglado todo con mi mujer, y tomaremos nuestras últimas disposiciones.

Laura de Aurigny, que se mudaba a cada triquitraque, habitaba entonces un gran cuarto del bulevar Haussmann, frontero a la capilla expiatoria. Acababa de fijar un día a la semana, como las damas de la verdadera aristocracia. Esto constituía el medio de reunir a la vez a los hombres que la veían, uno por uno, durante la semana. Aristides Saccard triunfaba los martes por la noche; era el amante oficial, y volvía la cabeza, con vaga sonrisa, cuando el ama de la casa le traicionaba entre dos puertas, concediendo una cita

para aquella misma noche a alguno de aquellos caballeros. Cuando se quedaba el último de la compañía, encendía otro cigarro, hablaba de negocios, riéndose un instante a costa del caballero que se constipaba en la calle en espera de que él saliera; luego, después de haber llamado a Laura su "querida niña" y de darle un golpecito en la mejilla, se iba con toda tranquilidad por una puerta, mientras que el caballero entraba por otra. El tratado secreto de alianza que había consolidado el crédito de Saccard y conseguido que la de Aurigny obtuviese dos mobiliarios en un mes, continuaba divirtiéndoles. Pero Laura aspiraba al desenlace de aquella comedia. Aquel desenlace, convenido de antemano, debía consistir en un rompimiento público, en provecho de algún mentecato que pagaría caro el derecho de ser el mantenedor formal y conocido en París. El mentecato había sido ya encontrado. El duque de Rozán, hastiado de molestar inútilmente a las mujeres de su jerarquía, soñaba en una reputación de crapuloso para dar relieve a la insulsez de su persona. Era de los más asíduos a los martes de Laura, cuya conquista había hecho por su candidez absoluta. Por desgracia, a los treinta y cinco años se encontraba todavía bajo la dependencia de su madre, en tal medida que no podía disponer a lo sumo que de una decena de luises a la vez. Las noches en que Laura se dignaba tomarle los diez luises, poniendo el grito en el cielo y hablando de los cien mil francos que necesitaba, nuestro duque suspiraba y le prometía aquella cantidad para el día en que él fuese dueño. Entonces fué cuando a Laura se le ocurrió la idea de hacerle contraer amistad con Larsonneau, uno de los buenos amigos de la casa. Ambos señores se fueron a almorzar juntos a casa de Tortoní; y, a los postres, Larsonneau, refiriendo sus amores con una deliciosísima española,

dió a entender que conocía a varios prestamistas; pero aconsejó a Rozán que no cayese nunca en sus garras. Aquella confianza trastornó el juicio al duque, quien acabó por arrancar a su buen amigo la promesa de ocuparse de su "asuntillo". Y tan bien se ocupó, que debía llevarle el dinero la misma noche en que Saecard le había dado cita en casa de Laura.

Cuando llegó Larsonneau, no había aún en el salón de la de Aurigny, sino cinco o seis mujeres, que le tomaron las manos y se le echaron al cuello con verdadero furor de ternura. Llamábanle "el gran Lar", cariñoso diminutivo que Laura había inventado. Y él, con aflautada voz les decía:

—¡Eh, eh! gatitas mías; vais a aplastarme el sombrero.

Sosegadas ya, le rodearon estrechamente en la butaca en que se había sentado, en tanto que les contaba una indigestión de Silvia, con la que había cenado la noche anterior. Luego, sacando una cajita de uno de sus bolsillos, les fué ofreciendo confites. Pero Laura salió de su alcoba, y como llegasen muchos señores, arrastró a Larsonneau a un gabinete situado en uno de los extremos del salón, del que les separaba una doble antepuerta.

—¿Tienes el dinero?—le preguntó en cuanto estuvieron solos.

Le tuteaba en las señaladas circunstancias. Larsonneau, sin contestar, se inclinó con galantería, dando golpecitos en el bolsillo interior de su levita.

—¡Oh! ¡este gran Lar!—murmuró la joven embelesada. Cogióle por la cintura y le besó.

—Espera—le dijo,—quiero en seguida los conquis... Rozan está en mi habitación: voy en su busca.

Mas él la contuvo, y besándola a su vez en los hombros, la dijo:

—¿Tienes presente la comisión que te he pedido?

—¡Eh! pues es claro, gran borrico, queda estipulada.

Dió la vuelta trayendo a Rozán. Larsonneau estaba trajeado con más corrección que el duque, mejor enguantado y con la corbata puesta con mayor arte. Diéronse negligentemente la mano y hablaron de las corridas de la antevíspera, en la cual uno de sus amigos había resultado con un caballo vencido. Laura pateaba impaciente.

—Bueno, eso no nos va ni nos viene, querido amigo—dijo a Rozán;—el gran Lar tiene el dinero, ya lo sabes. Convendría terminar.

Larsonneau hizo como que se acordaba.

—¡Ah! sí, es verdad, tengo la suma... Pero ¡qué santamente habría usted hecho si me hubiese escuchado, mi buen amigo! ¡Pues no han tenido el descaro esos granujas de pedirme el cincuenta por ciento!... A pesar de todo he aceptado; usted me tenía dicho que nada le importaba...

Laura de Aurigny se había provisto de papel timbrado durante el día. Pero cuando se trató de pluma y tintero, miró a ambos señores consternada, en la duda de encontrar en su casa tales objetos. Se disponía a ir a ver a la cocina, cuando Larsonneau sacó del bolsillo en que se hallaba la cajita de confites, dos verdaderas maravillas, un portaplumas de plata que se alargaba mediante un tornillo, y un tintero, de acero y ébano, tan delicado que parecía una joya. Al sentarse Rozán, le dijo:

—Extienda usted los pagarés a mi nombre. Como usted comprenderá, no he querido comprometerle. Ya nos arreglaremos nosotros... Seis

pagarés de veinticinco mil francos, ¿no es eso?

Laura contaba a un lado de la mesa los "conquibus". Rozán ni siquiera los vió. Así que hubo firmado y levantado la cabeza, ya habían desaparecido en el bolsillo de la joven; pero se acercó a él y le besó en ambas mejillas, lo que pareció elevarle al quinto cielo. Larsonneau los miraba con toda filosofía, doblando los pagarés y volviendo a guardar el tintero y portaplumas en el bolsillo.

Aun se hallaba la joven pendiente del cuello de Rozán, cuando Aristides Saccard levantó un lado de la antepuerta.

—Nada, nada, no hay que molestarse — dijo riendo.

El duque se puso colorado hasta las orejas, Laura se dirigió a estrechar la mano del banquero, cambiando con él una mirada de inteligencia. Ella estaba radiante de gozo.

—La cosa está hecha — le dijo, — ya se lo tenía prevenido a usted. No me guarda usted demasiado rencor, ¿verdad?

Saccard se encogió de hombros a lo campechano. Apartó la antepuerta y hurtando el cuerpo para dar paso a Laura y al duque, gritó con la voz chillona del ujier:

—¡El señor duque, la señora duquesa!

Aquella broma obtuvo un éxito loco. Al día siguiente la refirieron los periódicos, nombrando con todas sus letras a Laura de Aurigny, y designando a los dos hombres con iniciales muy transparentes. La ruptura de Aristides Saccard con la gruesa Laura produjo más ruido aun que sus supuestos amores.

En esto Saccard había dejado caer el cortinón ante el estallido de alegría que su broma había producido en el salón.

—¡Eh! ¡es de perlas esa muchacha! — dijo volviéndose a Larsonneau. — ¡Es de lo más liber-

tino!... Usted es, grandísimo pícaro, quien debe salir ganancioso con todo este belén. ¿Qué es lo que le dan a usted?

Mas él se defendía con sus sonrisitas, estirando los puños de la camisa, que se le subían. Fué por último a sentarse, junto a la puerta, en un confidente, a donde Saccard le llamaba con un ademán.

—Venga usted aquí; no es que quiera confesar a usted ¡qué demontre!... Vamos ahora a los asuntos graves, caro amigo. Esta tarde he tenido una larga conversación con mi mujer... Todo queda convenido.

—¿Consiente en ceder su parte? — preguntó Larsonneau.

—Sí, pero no ha costado poco trabajo... ¡Las mujeres son tan testarudas!... Ya sabe usted; la mía había prometido a una vieja tía que no llegaría a vender... escrúpulos de nunca acabar... Felizmente yo tenía preparada una historia que no podía ser más decisiva.

Levantóse para encender un cigarro en el candelabro que Laura había dejado sobre la mesa, y volvió a repantigarse en el fondo del confidente.

—He dicho a mi mujer — prosiguió, — que estaba usted completamente arruinado... que ha jugado usted a la Bolsa, que ha disipado usted su dinero con muchachas, que se ha enfrascado usted en descabelladas especulaciones; en fin, que está usted a pique de hacer una quiebra espantosa... Hasta he dado a entender que no le tengo a usted por hombre de intachable moralidad... Entonces le he explicado que el negocio de Charonne iba a naufragar en el desastre de usted, y que lo mejor sería aceptar la proposición que usted me había hecho de redimirla, comprándole su parte por un pedazo de pan, como es cierto.

—Eso carece de consistencia — murmuró el

agente de expropiaciones. —¿Y se figura usted que su mujer va a dar crédito a tales patrañas?

Saccard se echó a reír: se encontraba en un instante de verdadera expansión.

—Es usted muy cándido, querido amigo—repuso.—El fondo del cuento no va ni viene: lo que importa son los detalles, el gesto, las inflexiones de la voz. Mi mujer apenas tiene mejor cabeza que Rozán... La he dejado entrever verdaderos abismos. Ni siquiera sospecha la próxima expropiación. Como se admirase de que en plena catástrofe, pensase usted en echarse encima una carga más pesada aún, yo le he dicho que sin duda le estorbaba a usted para la realización de alguna mala pasada para con sus acreedores... En fin, le he aconsejado el negocio como único medio de que no se encuentre envuelta en pleitos interminables y de sacar algún dinero de los terrenos.

A Larsonneau continuaba pareciéndole la historia un tanto burda. Los métodos empleados por él eran menos dramáticos; todas y cada una de sus operaciones se ataban y desataban con elegancias de comedia de salón.

—A mí se me habría ocurrido otra cosa—dijo.

—Pero, en fin, cada cual se entiende... No nos queda, pues, más que pagar.

—Acerca de este asunto—contestó Saccard,—quiero entenderme con usted... Mañana llevaré a mi mujer la escritura de cesión, y ella no tendrá que hacer sino devolvérsela a usted para cobrar el precio convenido... Prefiero evitar toda entrevista.

Jamás había querido, en efecto, que Larsonneau entrase en su casa en el concepto de intimidad. No le invitaba, le acompañaba a las habitaciones de Renata, cuando era absolutamente indispensable que ambos asociados se viesan, y esto, a todo tirar, había sucedido tres veces. Casi

siempre trataba con poderes de su mujer, pensando para su capote que no había para qué dejarle ver sus asuntos de demasiado cerca.

Abrió su cartera y agregó:

—He aquí los doscientos mil francos suscritos por mi mujer; usted se los dará en pago, y usted añadirá cien mil francos que le llevaré a usted mañana por la mañana... Me sangro, amigo mío. Este asunto me cuesta los ojos de la cara.

—Pero—hizo observar el agente de expropiaciones,—todo esto no va a componer más que trescientos mil francos. ¿Acaso el recibo será de esta cantidad?

—¡Un recibo de trescientos mil francos!—repuso Saccard riendo.—¡Aviados quedaríamos para después! Es indispensable, con arreglo a nuestros inventarios, que la propiedad sea justipreciada hoy en dos millones quinientos mil francos. El recibo, naturalmente, será de la mitad.

—Su mujer de usted no lo querrá firmar nunca.

—Sí, por cierto. Le digo a usted que todo está convenido... ¡Pardiez! le he dicho que ésta era la primera condición de usted. La quiebra de usted nos amenaza como con una pistola a la garganta, ¿comprende usted? Y por esto es por lo que he parecido dudar de la honradez de usted y que le he acusado de querer engañar a sus acreedores... ¿Por ventura mi mujer entiende jota de todo esto?

Larsonneau movía la cabeza, mascullando:

—No importa: debería usted haber echado mano de algo más sencillo.

—¡Pero si mi historia es la misma sencillez!—dijo Saccard en el colmo de la admiración.—¿En dónde demonios quiere usted que se complique?

Saccard no se daba cuenta del increíble número de hilos que agregaba al negocio más sencillo. Saboreaba con verdadera delicia aquel cuento inverosímil que acababa de referir a Renata; y lo que más le entusiasmaba era la impudencia de la mentira, la acumulación de imposibilidades, la admirable complicación de la intriga. Mucho tiempo hacía que hubiera poseído los terrenos, a no haber imaginado todo aquel drama; pero su goce habría sido menor si los hubiese obtenido con facilidad. Por lo demás, empleaba la mayor candidez al hacer de la especulación de Charonne todo un melodrama mercantil.

Levantóse, y tomando el brazo de Larsonneau, que se dirigía al salón, le dijo:

—Me ha comprendido usted bien, ¿no es eso? Conténtese usted con seguir mis instrucciones y me aplaudirá usted más adelante... Hace usted mal, querido amigo, en llevar guantes amarillos; eso es lo que le echa a usted a perder la mano.

El agente de expropiaciones se limitó a sonreír, diciendo por lo bajo:

—¡Oh! mi querido maestro; los guantes tienen de bueno el poder tocarlo todo sin mancharse.

Al volver al salón, Saccard se vió sorprendido y de súbito algo inquieto, al ver a Máximo al otro lado de la antepuerta. El joven se hallaba sentado en un confidente, al lado de una dama rubia, que le contaba con monótona voz una larga historia, la suya sin duda. Había, en efecto, oído la conversación de su padre y de Larsonneau. Ambos cómplices le parecían pájaros de cuenta. Exasperado aun por la traición de Renata, saboreó una cobarde alegría al enterarse del despojo de que iba a ser víctima. Aquello le vengaba un tanto. Su padre se acercó a estrecharle la mano con ademán de sospecha;

pero Máximo le dijo al oído, mostrándole a la dama rubia:

—No es maleja, ¿verdad? Voy a “trabajarla” para esta noche.

Entonces Saccard se contoneó y apareció galante. Laura de Aurigny fué a unirse a ellos un instante; quejábbase de que Máximo apenas la visitaba una vez al mes; mas él salió con que estaba la mar de ocupado, lo que hizo reír a todos. Añadía que en lo sucesivo a nadie se vería allí más que a él.

—He escrito una tragedia —dijo,— y hasta ayer no he podido dar cima al quinto acto... Ahora cuento con poder descansar en casa de todas las hermosas mujeres de París.

Reíase y se regocijaba con sus alusiones, que él tan sólo podía comprender. Entretanto ya no quedaban en el salón, a los dos lados de la chimenea, sino Rozán y Larsonneau. Los Saccard se levantaron al igual que la dama rubia que habitaba en la casa. Entonces la de Aurigny fué a hablar en voz baja al duque, quien parecía sorprendido y contrariado. Viendo que no se decidía a dejar el sillón:

—No, en verdad, esta noche no —le dijo a media voz.— Tengo una jaqueca tan atroz!... Mañana, se lo prometo a usted.

Rozán tuvo que obedecer. Laura esperó a que estuviese en el pasillo, para decir rápidamente a Larsonneau:

—¡Qué tal! soy mujer de palabra... Empújale a su coche.

Cuando la dama rubia se hubo despedido de aquellos señores, para subir a su habitación, que se hallaba en el piso superior, Saccard se quedó maravillado de que Máximo no la siguiese.

—¿Cómo es eso?—le preguntó.

—No, a fe mía — contestó el joven. — He reflexionado...

Luego le asaltó una idea que tuvo por muy peregrina:

—Te cedo mi lugar, si así lo quieres. Date prisa, pues aun no ha cerrado la puerta.

Peró el padre se encogió tranquilamente de hombros, diciendo:

—Gracias, por el pronto tengo algo mejor que eso, niño mío.

Los cuatro hombres bajaron. En la calle el duque quiso de todos modos que Larsonneau subiese a su coche; su madre vivía en el Marais y habría dejado al agente de expropiaciones a la puerta de su casa, calle de Rivoli. Este se negó, cerró por sí mismo la portezuela y dió orden al cochero de partir. Y se quedó en la acera del bulevar Hausmann con los otros dos, hablando y sin alejarse.

—¡Ah! ¡ese pobre Rozán! — dijo Saccard, quien comprendió al momento.

Larsonneau juró y perjuró que no, que le tenía sin cuidado todo aquello y que era lo que se llama un hombre práctico. Y como los otros dos continuasen la chacota y el frío arreciase que era una bendición, concluyó por exclamar:

—Tanto peor, como hay Dios, ¡voy a llamar!... Son ustedes unos indiscretos, señores míos.

—Buenas noches — le gritó Máximo, cuando la puerta se volvió a cerrar.

Y tomando el brazo de su padre, subió con él el bulevar. Hacía una de aquellas claras noches de helada, en que tan cómodo resultaba andar sobre la dura tierra, y en el ambiente glacial. Saccard decía que Larsonneau se equivocaba, pues no se debía ser más que amigo de la de Aurigny. De aquí sacó la consecuencia de que el amor de esas muchachas era a todas luces peligroso. Mostrábase moral en alto grado, y se

descolgaba con sentencias y con admirables consejos de sabiduría.

—Has de saber — decía a su hijo, — que esas cosas tienen su época. Se da al traste con la salud y no se disfruta de la verdadera felicidad. Tú ya sabes que no soy ningún cualquiera; sin embargo, hasta aquí he llegado, y foco la retirada.

Máximo se reía burlonamente; detuvo a su padre, y contemplándole a la claridad de la luna, le salió con que tenía "una buena cabeza". Pero Saccard se puso todavía más serio.

—Bromea cuanto quieras. Te repito que nada hay como el matrimonio para conservar a un hombre y hacerle feliz.

Entonces le habló de Luisa. Y se puso a andar más despacio, para terminar aquel asunto — decía, — ya que de ello hablaban. La cosa estaba por completo ajustada; hasta le participó que entre él y el señor de Mareuil habían fijado la fecha de la firma del contrato para el domingo que seguirían al jueves de mediada la cuaresma. En aquel jueves habría de celebrarse una gran velada en el hotel del parque Monceaux, y se aprovecharía de él para anunciar públicamente el casamiento. Máximo lo encontró todo a pedir de boca. Se había desligado de Renata, no veía ningún obstáculo y se entregaba a su padre como se habría entregado a su madrastra.

—Corriente, queda convenido — dijo. — Deseo, no obstante, que no hables de ello a Renata. Sus amigas se burlarían de mí, me darían matraca, y prefiero que se enteren del asunto al propio tiempo que todo el mundo.

Saccard prometió que guardaría silencio. Acto seguido, y conforme iban llegando a lo alto del bulevar Malesherbes, salióle de nuevo con multitud de excelentes consejos, indicándole como se

las habría de componer para hacer de su casa un paraíso.

—Sobre todo, no rompas nunca con tu mujer. Es una necedad monumental. Una mujer propia con la cual no se está en relaciones, te cuesta los ojos de la cara... Empieza con que entonces hay que sostener alguna querida, ¿no es eso? Luego el gasto de la casa es mucho más crecido; aquí de los trajes, de los tocados, de los placeres particulares de madama, las buenas amigas, los diablitos coronados y su tren.

Sentíase en unos momentos de extraordinaria virtud. El buen éxito de su asunto de Charonne llevábale al corazón ternuras de idilio.

—Yo—prosiguió,—había nacido para vivir feliz e ignorado en el fondo de una aldea, con toda mi familia alrededor... A mí no se me conoce, niño mío. Aparento una cosa y en el fondo soy otra. Me perecería por vivir junto a mi mujer, dejaría de la mejor gana todos mis negocios por una renta modesta que me permitiese retirarme a Plassans... Vas a ser rico, créate con Luisa un hogar que viváis como dos torbellinos. ¡Hay nada más seductor!... Iré a veros y me sentiré feliz.

Y concluía por hacer que le ahogaran las lágrimas. En esto habían llegado a la verja del hotel y continuaban hablando en pie, al borde de la acera. En aquellas alturas de París soplaban un cierzo regular. En la palidez de la noche, blanqueada más aun por la helada, no se percibía el menor ruido. Máximo, sorprendido por los gimeos de su padre, tenía desde hacía un instante, una pregunta en los labios.

—Pero tú—dijo al fin,—me parece...

—¿Qué?

—Con tu mujer...

Saccard se encogió de hombros.

—¡Eh! tienes mucha razón. Yo era un mentecato. Por eso es por lo que te hablo cargado de

experiencia... Pero nos hemos vuelto a reunir ¡oh! por completo; pronto cumplirán seis semanas. Por la noche voy a estarme con ella, cuando no me recojo sobrado tarde. Hoy la pobre cordera se pasará sin mí; tengo que trabajar hasta el amanecer. ¡Está tan divinamente formada!

Al tenderle Máximo la mano, le contuvo y agregó, en voz más queda y en tono confidencial:

—Tú ya conoces el talle de Blanca Muller; pues bien, es el mismo, pero diez veces más flexible. ¡Y las caderas! ¡qué contornos, qué delicadeza!...

Y concluyó, diciendo al joven, que se iba:

—Tú te pareces a mí, tienes corazón, tu mujer será dichosa... ¡Hasta la vista, niño mío!

Cuando Máximo se hubo por fin desembarazado de su padre, dió rápidamente la vuelta al parque. Lo que acababa de oír le sorprendía hasta tal punto, que le asaltaba un vivo afán de ver a Renata. Quería pedirle perdón por su brutalidad, saber por qué había mentido hablándole del señor de Saffré, y enterarse de la historia de las ternezas de su marido. Mas todo esto por modo confuso, con el único deseo positivo de fumarse en su cuarto un cigarro y de reanudar sus amistades. Si la encontraba en buena disposición, hasta pensaba anunciarle su casamiento, para darle a entender que sus amores debían de permanecer muertos y enterrados. Cuando hubo abierto el postigo, del que por fortuna había guardado la llave, concluyó por decirse que su visita, después de la confianza de su padre, era necesaria y de todo punto conveniente.

En la estufa silbó como en la noche anterior; mas no tuvo que esperar. Renata fué a abrirle la puerta ventana del saloncito y subió delante de él sin hablar. Apenas acababa de volver de un baile del Ayuntamiento; hallábase aún vestida con un traje blanco de tul abullonado, sembrado de lazos de raso; los faldones del corpiño,

también de raso, se veían guarnecidos con ancha blonda de azabache blanco, que la luz de los candelabros jaspeaba de azul y rosa. Cuando Máximo la miró, ya arriba, le conmovió su palidez y la emoción profunda que no la dejaba hablar. No debía de esperarle, por lo que púsose a temblar al verle llegar como de costumbre, con toda tranquilidad y con su porte zalamero. Celeste volvió del guardarropa, a donde había ido por una camisa de dormir, y los amantes continuaron guardando silencio, en espera de que aquella joven se fuera de allí. Por regla general no se reprimían delante de ella; mas asaltábanles ciertos pudores por todo cuanto tenían que decirse y que les asomaba a los labios. Renata quiso que Celeste la desnudase en la alcoba, en donde ardía un gran fuego. La doncella quitaba los alfileres y la despojaba de todas las piezas, una a una, sin darse la mayor prisa. Y Máximo, contrariado, tomó maquinalmente la camisa y la ponía a calentar a la llama, inclinado y con los brazos extendidos. El era quien, en los días felices, prestaba aquel pequeño servicio a Renata. Sintióse muy conmovida, al verle en aquella ocasión acercar con toda delicadeza la camisa al fuego. Después, como Celeste no concluía:

—¿Te has divertido mucho en ese baile?—le preguntó.

—¡Oh! no, por cierto; ya lo sabes, siempre es lo mismo. Demasiada gente, una verdadera barahunda.

Máximo dió vuelta a la camisa, por encontrarse ya caliente por un lado.

—¿Cómo iba vestida Adelina?

—Llevaba un traje color de malva, bastante mal adaptado... Es pequeñuela, y tiene furor por los volantes.

Hablaron de otras mujeres. Entonces Máximo se quemaba ya los dedos con la camisa.

—Pero la vas a quemar—dijo Renata, con cariñoso acento maternal.

Celeste tomó la camisa de manos del joven. Este se levantó, fué a contemplar el gran lecho gris y rosa, detuvo la vista en uno de los ramos brocados de la tapicería, todo para no volver la cabeza y no ver el desnudo seno de Renata. Era aquello instintivo; ya no se tenía por su amante, ya no le asistía el derecho de ver. Luego sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió; Renata le había permitido que fumase en su cuarto. Por último, se retiró Celeste, dejando a la joven junto al fuego, resplandeciente de blancura en su vestido de noche.

Máximo continuó andando unos instantes sin hablar palabra, mirando de soslayo a Renata, quien parecía volver a ser pasto de estremecimientos. Y, plantándose delante de la chimenea y con el cigarro aun entre los dientes, le preguntó con brusco acento:

—¿Por qué no me dijiste que era mi padre quien se encontraba contigo ayer noche?

Renata alzó la cabeza, con los ojos del todo abiertos y con mirada de indecible angustia; después una oleada de sangre le coloreó el rostro, y, anonadada de vergüenza, lo ocultó entre las manos y balbuceó:

—¿Sabes eso? ¿sabes eso?

Se repuso y trató de mentir.

—Eso no es verdad... ¿Quién te lo ha dicho?

Máximo se encogió de hombros.

—¡Pardiez! pues mi padre mismo, quien te encuentra divinamente formada y quien me ha hablado de tus caderas.

Había dejado adivinar un ligero movimiento de despecho. Pero se puso nuevamente a andar y continuó con voz de reprensión amistosa, entre dos bocanadas de humo:

—En realidad, que no te comprendo; eres una

mujer especial. Ayer, si estuve grosero, culpa fué tuya. Si me hubieses dicho que era mi padre, me habría ido con toda tranquilidad, ¿comprendes? No tengo ningún derecho... ¡Pero se te ocurre nombrarme al señor de Saffré!

Renata sollozaba con las manos en el rostro. Máximo se acercó, arrodillóse ante ella y le apartó las manos a la fuerza.

—Vamos, dime por qué me nombraste al señor de Saffré.

Entonces, volviendo aún más la cabeza, contestó en medio de sus lágrimas y en voz queda:

—Creí que me abandonarías, si llegabas a saber que tu padre...

Máximo se levantó, tomó el cigarro que había dejado en un extremo de la chimenea y se contentó con mascullar:

—¡Bah! no eres poco graciosa.

La joven ya no lloraba: las llamas de la chimenea y el fuego de sus mejillas le enjugaban las lágrimas. La admiración que le causaba el ver a Máximo tan tranquilo ante una revelación que creía le habría de anonadar, hacía olvidar su oprobio. Veíale andar y le oía hablar cual si soñara. Sin dejar el cigarro, Máximo le decía que no era razonable, que era natural que tuviese relaciones con su marido y que ni remotamente podía pensar en tomarlo por la tremenda. ¡Pero echar a volar el nombre de un amante, no siendo verdad!... Y volvía siempre a lo mismo, a aquella cosa que no podía comprender y que, a todas luces, le parecía monstruosa; acabó extendiéndose sobre "las locas imaginaciones" de las mujeres.

—Estás algo tocada, querida amiga; hay que cuidar eso.

Y acabó por preguntar con curiosidad:

—¿Y por qué el señor de Saffré y no cualquier otro?

—Porque anda enamorándose — dijo Renata.

Máximo reprimió una salida de tono; iba a decir que sin duda se había tenido por un mes más vieja, confesando que el señor Saffré era su amante; mas tan sólo expresó la maligna sonrisa de aquella ruindad, y, arrojando el cigarro al fuego, fué a sentarse al otro lado de la chimenea. Una vez allí, habló muy puesto en razón, dando a entender a Renata que deberían continuar siendo buenos amigos. Sin embargo, la mirada fija de la joven le turbaba un tanto, por lo que no se atrevió a anunciarle su casamiento. La joven no apartaba de él la vista, con los ojos todavía hinchados por las lágrimas; parecía pobre, mezquino, despreciable, y le amaba siempre con aquel cariño que sentía por sus encajes. Ofrecíasele hermoso a la luz del candelabro colocado al borde de la chimenea, al lado suyo; cuando echaba atrás la cabeza, la luz de las bujías le doraba los cabellos y se deslizaba por el rostro, por el ligero vello de las mejillas, comunicándole rubicundeces encantadoras.

—Es preciso, no obstante, que me vaya — dijo varias veces.

Estaba muy determinado a no quedarse. Por lo demás, Renata no lo habría querido, puesto que ambos pensaban y decían que ya no eran más que dos amigos. Y cuando Máximo hubo, por último, estrechado la mano de la joven y que estuvo a punto de dejar la habitación, Renata le detuvo un instante aún, hablándole de su padre; hacía de él grandes elogios.

—Ya tú ves, sentía grandes remordimientos. Prefiero que esto haya sucedido... Tú no conoces a tu padre; me he hecho cruces al verle tan bueno, tan desinteresado. ¡Son tantas las inquietudes que el pobre señor tiene en estos instantes!...

Máximo se miraba las puntas de las botas, sin contestar y con ademán embarazoso. Ella insistía:

—Mientras no venía a esta habitación, todo me era igual. Pero después... Cuando le veía aquí, afectuoso, trayéndome un dinero que había tenido que buscar por todos los rincones de París, arruinándose por mí sin una queja, me sentía enferma... ¡Si supieses con qué afán ha velado por mis intereses!

—Sí, mi padre es un águila en eso de velar por los intereses ajenos.

El tono de su voz asombró a Renata. Miróle fijamente, y él, como para defenderse, repuso:

—¡Oh! yo no sé nada... Digo tan sólo que mi padre es hombre entendido.

—Te equivocarías si hablases mal de él—prosiguió Renata.—Me parece que le juzgas a la ligera... Si te diese a conocer todos sus apuros, si te repitiese lo que, sin ir más lejos, me confiaba esta tarde misma, verías cómo la gente se equivoca cuando da en creer que tiene dinero.

Máximo no pudo por menos de encogerse de hombros. Luego interrumpió a su madrastra con irónica risa:

—¡Vaya! le conozco, le conozco mucho... ¡Cuántas estupendas cosas debe de haberte dicho!... Cuéntamelas, cuéntamelas.

Aquel tono burlón la mortificaba. Entonces encareció más y más sus elogios, encontró a su marido superlativamente grande y habló del negocio de Charonne, de aquel embrollo de que no había comprendido una sílaba, como de una catástrofe, en la que le habían sido reveladas, así la inteligencia como la bondad de Saccard. Agregó que al día siguiente firmó la escritura de cesión, y que si, en realidad, la cosa resultaba un desastre, lo aceptaba en castigo de sus faltas. Máximo la dejaba hablar figiéndose y mirándola por lo bajo; después dijo a media voz:

—Eso es, está bien...

Y luego, más alto y poniendo la mano sobre el hombro de Renata:

—Querida amiga—le dijo,—te doy las gracias, pero la historia la sabía yo... ¡La tuya sí que es una buena pasta!

Hizo de nuevo como que iba a salir. Sentía una rabiosa comezón de hablar, de contarle todo. La joven le había exasperado con tanto elogio de su marido, y olvidaba que se había prometido a sí mismo no hablar de ello, para evitarse todo disgusto.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir?—le preguntó.

—¡Pardiez! que mi padre te hace caer en la trampa lo más bonitamente del mundo... Me das lástima, como hay Dios, ¡eres de lo más lerdo!...

Y le refirió ce por ce lo que había oído en casa de Laura, de modo cobarde y solapado, saboreando una secreta alegría al descender a ciertas infamias. Parecíale tomar venganza de una grave injuria que se le acababa de inferir. Su temperamento de muchacha esperaba santurrónamente aquella denuncia, aquella charlatanería cruel sorprendida tras una puerta. No omitió ni un ápice a Renata, ni el dinero que su marido le había prestado usurariamente, ni el que se proponía robarle, con ayuda de cuentos ridículos, muy a propósito para hacer dormir a los niños. La joven le escuchaba en extremo pálida, con los labios apretados. En pie delante de la chimenea, bajaba un poco la cabeza y miraba al fuego. Su tocado de noche, aquella camisa que Máximo había calentado, se separaba, dejando ver inmóviles blancuras de estatua.

—Te digo todo esto—concluyó el joven,—para que no parezcas boba... Pero harías muy mal en guardar ojeriza a mi padre. No es que sea malo, aunque tiene sus defectos como todo hijo de vecino... Hasta mañana, ¿quedamos así?

Como antes, se dirigía a la puerta; pero Renata le detuvo con repentino ademán.

—Quédate—exclamó imperiosamente.

Y cogiéndole, atrayéndole a sí y sentándole casi en sus rodillas, delante del fuego, besóle en los labios, diciendo:

—Pues bien, de necios sería el pasar malos ratos desde este momento. Tú ignoras que desde ayer, tan pronto como quisiste romper, mi cabeza no me pertenece. Estoy como imbécil. Esta noche, en el baile, tenía una nube ante mis ojos; así es que ahora te necesito para vivir. Cuando te vayas, mi vida transecurrirá en el vacío... No te rías, te digo lo que siento.

Le miró con inefable ternura, como si hiciese mucho tiempo que no le había visto.

—Tú has dado con la palabra; estaba hecha una boba; tu padre me habría hecho creer que la noche es día. ¿Acaso sabía yo algo? En tanto que me refería su historia, yo sentía en mi interior un grande y extraño zumbido, y por tal modo me creía anonadada, que me habría hecho ponerme de rodillas, si lo hubiese querido, para firmar sus papelotes. ¡Y yo me imaginaba tener remordimientos!... En realidad era imbécil hasta tal punto!...

Rióse a carcajadas, y fulgores como de locura brillaban en sus ojos. Y continuó estrechando con más fuerza a su amante.

—Por ventura ¿nosotros hacemos mal? Nos amamos y nos divertimos como mejor nos parece. Ahí tienes a todo el mundo, que hace lo mismo. ¡No que no!... Mira a tu padre, que se pone el mundo por montera. Se perece por el dinero y lo toma donde lo encuentra. Tiene razón y esto me pone a mis anchas... Empezaré por no firmar nada y luego tú vendrás todas las noches. Tenía miedo de que ya no quisieses, ya sabes, por lo que te he dicho... Mas una vez que nada te

importa... Por lo demás, ya comprendes que en adelante le cerraré la puerta.

Se levantó y encendió la mariposa. Máximo titubeaba desesperado. Veía la necedad que había cometido y se echaba duramente en cara el haber hablado demasiado. ¿Cómo anunciar ahora su casamiento! Suya era la culpa, pues la ruptura quedaba hecha, no tenía necesidad de volver a subir a aquella habitación, ni ir sobre todo a probar a la joven que su marido la tomaba por juguete. Y ni siquiera sabía a qué sentimientos acababa de obedecer, lo que redoblaba su cólera contra sí mismo. Pero si por un instante le hubiese asaltado la idea de ser brutal por segunda vez, yéndose, la vista de Renata, que dejaba caer sus zapatillas, le produjo una cobardía invencible. Tuvo miedo y se quedó.

Al día siguiente cuando Saccard fué a la habitación de su mujer para hacerle firmar la escritura de cesión, contestóle con toda serenidad que nada haría y que había reflexionado. Por lo demás, no se permitió hacerle la menor alusión; habíase jurado ser discreta, pues no quería crearse molestias, y deseaba disfrutar en paz la reanudación de sus amores. El asunto de Charonne se arreglaría como fuese posible; su negativa a firmar era tan sólo una venganza; de lo demás se hablaba por todo lo alto. Saccard estuvo a pique de que el humo le subiera a las narices. Todo su sueño se venía abajo. Sus demás negocios iban de mal en peor. Hallábase del todo apurado, sosteniéndose tan sólo por un milagro de equilibrio; aquella misma mañana no había podido satisfacer la cuenta del panadero. Esto no era óbice para que preparase una fiesta espléndida para el jueves de mediada la cuaresma. Ante la negativa de Renata, sintió esa pasiva cólera del hombre vigoroso que se ve atajado en su obra por el capricho de un niño. Con la escritura de cesión

en el bolsillo, contaba con seguridad hacer dinero, en espera de la indemnización. Después, cuando se hubo tranquilizado un tanto y que tuvo la inteligencia despejada, se admiró del brusco cambio de su mujer; no había duda que debía de haber sido aconsejada. Algún amante había de por medio. Fué aquel un presentimiento tan evidente, que corrió a casa de su hermana, para interrogarla, para preguntarle si algo sabía acerca de la vida oculta de Renata. Sidonia se mostró hecha un basilisco. No perdonaba a su hermana política la afrenta que le había inferido, negándose a ver al señor de Saffré. Así fué que, cuando comprendió, por las preguntas de su hermano, que éste acusaba a su mujer de que tenía un amante, gritó que estaba segura de ello. Y se ofreció a espiar en persona a los "tortolitos". Ya vería aquella impertinente cómo las gastaba ella. Saccard, según su costumbre, no andaba en busca de verdades desagradables; tan sólo su interés era el que le constreñía a abrir los ojos que con toda prudencia tenía cerrados. Aceptó el ofrecimiento de su hermana.

—Anda, vive tranquilo, que lo sabré todo.—le dijo con acento que rebosaba de compasión.— ¡Ah, pobre hermano mío, no hubiera sido Angela quien te habría traicionado en toda su vida! ¡Un marido tan bueno, tan generoso! Esas muñecas parisinas no tienen corazón... ¡Y yo que en darle consejos no tengo punto de reposo!...

DIRECCIÓN GENERAL

El primer jueves de mediada la cuaresma había baile de trajes en casa de los Saccard. Pero lo que despertaba la gran curiosidad era el poema de los "Amores del bello Narciso y de la ninfa Eco", en tres cuadros, que aquellas damas habían de representar. El autor de aquel poema,

el señor Hupel de la Noue, viajaba de un mes a aquella parte, de su prefectura al hotel del parque Monceaux, con el objeto de vigilar los ensayos y de dar consejos por lo tocante a los trajes. En un principio había pensado en escribir su obra en verso; luego se decidió por los cuadros vivos; esto resultaba más noble — decía — y se acercaba más a la belleza clásica.

Las damas no se dormían. Algunas de ellas hasta cambiaban dos y tres veces de traje. Las conferencias, presididas por el subprefecto, eran cuento de nunca acabar. Empezó por discutirse el personaje de Narciso. ¿Sería una mujer o un hombre quien la representaría? Por último, a instancias de Renata, se decidió que el papel fuese representado por Máximo; pero resultaría ser el único hombre, y aun así, la señora de Lauwrens decía que nunca consentiría en ello, a menos que "Máximo no se pareciese en todo y por todo a una muchacha". Renata había de ser la ninfa Eco. La cuestión de los trajes fué mucho más laboriosa. Máximo prestó gran ayuda al subprefecto, quien ya no podía más, en medio de nueve mujeres, cuya loca imaginación amenazaba comprometer gravemente la pureza de líneas de su obra. A haberlas escuchado, su Olimpo habría llevado polvos. La señora de Espanet quería absolutamente llevar un vestido de cola para ocultar sus pies, un tanto recios, mientras que la señora de Haffner soñaba con llevar una piel de fiera. El señor Hupel de la Noue se presentó enérgico, y hasta llegó a enfurruscarse una vez; era un convencido, y decía que si había renunciado a los versos, había sido para escribir un poema "con telas sabiamente combinadas y con actitudes escogidas entre las más hermosas".

—El conjunto, señoras mías,—repetía a cada nueva exigencia,—ustedes olvidan el conjunto...

Yo no puedo en modo alguno sacrificar la obra entera a los volantes que ustedes me piden.

Los conciliábulos se celebraban en el salón capullo de oro. Empleáronse allí tardes enteras para determinar la forma de una falda. Worms fué convocado una infinidad de veces. Todo quedó arreglado, por último, los trajes fijados, las actitudes aprendidas, y el señor Hupel de la Noue se declaró satisfecho. La elección del señor de Mareuil le había dado menos quebraderos de cabeza.

Los amores del bello Narciso y de la ninfa Eco debía de dar comienzo a las once. Desde las diez y media el salón se encontraba de bote en bote, y como después había baile, las mujeres se encontraban allí, disfrazadas, sentadas en sillones colocados en semicírculo delante del improvisado teatro, un tablado oculto detrás de dos anchas cortinas de terciopelo encarnado con franjas de oro, suspendidas por varillas. Los hombres, detrás, se mantenían de pie, iban y venían. Los tapiceros habían dado a las diez de la noche los últimos martillazos. El tablado se alzaba en el fondo del salón ocupando todo un lado de aquella gran galería. Subíase al teatro por el fumadero, convertido en salón de descanso para los artistas. Fuera de esto, aquellas señoras tenían a su disposición en el primer piso, diversas habitaciones, en donde un ejército de doncellas preparaban los trajes de los diferentes cuadros.

Ya eran las once y media, y las cortinas no acababan de descorrerse. Un gran murmullo erundia por el salón. Las hileras de sillones presentaban la más admirable multitud de marquesas, castellanas, lecheras, españolas, pastoras, sultanas; mientras que la compacta masa de los fraques, ofrecía una grande y sombría mancha, al lado de aquellas telas claras y hombros desnudos, resplandecientes con los brillantes centelleos

de las joyas. Tan sólo las señoras estaban disfrazadas. Hacía ya calor: las tres lámparas iluminaban el dorado ambiente del salón.

Vióse por último al señor Hupel de la Noue salir por una abertura dispuesta a la izquierda del tablado. Desde las ocho de la noche se hallaba prestando ayuda a aquellas señoras. En la manga izquierda del frac se le notaban tres dedos señalados de blanco, los de una manita de mujer que allí se había posado, después de haberla tenido por buen rato metida en una caja de polvos de arroz. ¡Pero qué le importaban al prefecto las miserias de su traje! Saliábase los ojos de las órbitas y tenía el rostro pálido e hinchado. Parecía no ver a nadie; y, adelantándose hacia Saccard, a quien distinguió en medio de un grupo de hombres graves, le dijo a media voz:

—¡Por vida de!... Su mujer de usted ha perdido el cinturón de follajes... ¡Estamos mejor que queremos!

Renegaba y habría pegado a la gente. Acto seguido, sin esperar respuesta alguna, sin mirar a nadie, volvió la espalda, se zambulló entre los cortinajes y desapareció. Las damas se regocijaban con la singular aparición de aquel caballero.

El grupo en cuyo centro se encontraba Saccard, se había formado a espaldas de los últimos sillones; hasta se había sacado uno de ellos fuera de la línea, para el barón Gouraud, cuyas piernas se venían hinchando de algún tiempo a aquella parte. Hallábanse allí el señor Toutin-Laroche, a quien el emperador acababa de llamar al Senado; el señor de Mareuil, cuya segunda elección se había dignado aprobar la Cámara; el señor Michelin, condecorado la víspera; y, un poco más atrás, los Mignon y Charrier, el uno con un grueso diamante en la corbata, mientras el otro exhibía uno aun mucho más grueso en su dedo. Todos aque-

Los señores charlaban. Saccard les dejó un instante para ir a cruzar algunas palabras en voz baja con su hermana, que acababa de entrar y de sentarse entre Luisa de Mareuil y la señora de Michelin. Madama Sidonia iba de hechicera; Luisa llevaba, con todo garbo, un vestido de paje, lo que le comunicaba verdadero aspecto de pillete; la pequeña coquetona Michelin, sonreía amorosamente, envuelta en sus velos bordados de hilillos de oro.

—¿Sabes algo?— preguntó en voz queda Saccard a su hermana.

—No, nada todavía— contestó.— Pero el galán debe de hallarse aquí... Ya les atraparé esta noche: vive tranquilo.

—Que me avises sin perder momento, ¿lo oyes?

Y Saccard, volviéndose a derecha e izquierda, cumplimentó a Luisa y a la señora de Michelin. Comparó a ésta con una hurí de Mahoma y a la otra con un favorito de Enrique III. Su acento provenzal parecía hacer cantar de arrobamiento toda su persona mezquina y estridente. Cuando dió la vuelta al grupo de los hombres graves, el señor de Mareuil le llamó aparte y le habló del casamiento de sus respectivos hijos. Nada había cambiado, por lo que el domingo siguiente debería de firmarse el contrato.

—Perfectamente— dijo Saccard.— Hasta cuento esta noche con anunciar el enlace a nuestros amigos, si en ello no ve usted inconveniente... Para el caso espero a mi hermano el ministro, que me ha prometido venir.

El nuevo diputado se sintió enajenado de gozo. En esto, el señor Toutin-Laroche alzaba la voz, como dominado por violenta indignación:

—Sí, señores— decía al señor de Michelin y a los dos contratistas que se aproximaban,— yo ha-

bía tenido la simpleza de permitir que mi nombre se mezclara a semejante asunto.

Y como Saccard y Mareuil se acercasen a ellos, prosiguió:

—Refería a estos señores la deplorable aventura de la Sociedad general de los puertos de Marruecos, ya sabe usted Saccard...

Este no pestañeó. La sociedad en cuestión acababa de sucumbir con espantoso escándalo. Ciertos accionistas por demás curiosos, quisieron saber en dónde se hallaban establecidas las tan famosas agencias comerciales del litoral del Mediterráneo, y una información judicial había demostrado que los puertos de Marruecos tan sólo existían en los planos de los ingenieros, lindísimos planos que se veían colgados en las paredes de las oficinas de la Sociedad. A partir de aquel instante, el señor Toutin-Laroche gritaba más fuerte aun que los accionistas, se indignaba y quería que se le devolviese su nombre limpio de toda mancha. Y tanto fué el zipizape que movió, que el gobierno, para calmar y rehabilitar ante la opinión a aquel hombre útil, se decidió a enviarle al Senado. Así fué como pescó el tan ambicionado puesto, en un negocio que en un tris estuvo que no le condujera ante la policía correccional.

—Es usted sobrado bondadoso al ocuparse de eso— dijo Saccard.— Por lo demás, usted puede hacer alarde de su obra magna, el Crédito vitícola, Sociedad que ha salido triunfante en todas las crisis.

—Así es— murmuró Mareuil,— eso responde a todo.

El Crédito vitícola, acababa, en efecto, de salir de grandes apuros, con sutil arte ocultados. Un ministro de manga muy ancha para aquella institución mercantil y que tenía al Municipio, como quien dice, con la soga al cuello, había combinado una jugada al alza, de que el señor Toutin-

Laroche se había servido a las mil maravillas. Nada le engrería tanto como los elogios tributados a la prosperidad del Crédito vitícola. Por lo común, él mismo los provocaba. Dió las gracias al señor de Mareuil con una mirada, e inclinándose hacia el barón Gouraud, sobre cuyo sillón se apoyaba familiarmente, le preguntó:

—¿Se siente usted bien? ¿No tiene usted demasiado calor?

El barón dejó escapar un ligero gruñido.

—Decae, decae de día en día—agregó el señor Toutin-Laroche en voz queda, volviéndose a aquellos señores.

El señor Michelin se sonreía y entornaba de vez en cuando los párpados, como quien no hacía la cosa, para ver su cinta encarnada. Los señores Mignon y Charrier, plantados firmemente sobre sus descomunales pies, parecían mucho más a sus anchas en su traje desde que llevaban brillantes.

Entretanto ya era cerca de media noche, y la asamblea se impacientaba; no se permitía murmurar, pero los abanicos se agitaban más nerviosamente, y el ruido de las conversaciones iba en aumento.

Por fin volvió a aparecer el señor Hupel de la Noue. Había pasado un hombro por la estrecha abertura, cuando divisó a la señora de Espanel que subía por último al escenario; aquellas señoras, cada cual ya en su sitio para el primer cuadro, no esperaban más que a ella. El prefecto se volvió, mostrando la espalda a los espectadores, y se le pudo ver hablando con la marquesa, que las cortinas ocultaban. Bajaba cuanto podía la voz, y decía, saludando con las puntas de los dedos:

—Mi enhorabuena, marquesa: ese traje resulta delicioso.

—¡El que llevo debajo es más bonito aún!—

contestó descaradamente la joven, riéndosele en las barbas, al verle tan grotescamente metido entre las cortinas.

La audacia de aquella broma asombró por un instante al galante señor Hupel de la Noue; pero se repuso, y saboreando más y más la frase a medida que profundizaba su sentido:

—¡Ah! ¡delicioso! ¡encantador!—murmuraba en el mayor entusiasmo.

Dejó caer la cortina y fué a reunirse al grupo de hombres graves, pues deseaba recrearse en su obra. No era ya aquel hombre atrafagado que corría en busca del cinturón de follaje de la ninfa Eco; ahora se sentía radiante, respirando con fuerza y enjugándose la sudorosa frente. No se le había quitado la huella de la manita blanca dibujada en la manga del frac; y a más de esto, el guante de su mano derecha veíase manchado de rojo en el extremo del pulgar; sin duda había metido aquel dedo en el frasco de colorete de alguna de aquellas señoras. Sonreíase, se hacía aire y balbuceaba:

—¡Está adorable, sorprendente, maravillosa!

—¿Quién?—preguntó Saccard.

—La marquesa. Figúrese usted que acaba de decirme...

Y refirió aquella frase. A todos les pareció deliciosa y se la estuvieron repitiendo unos a otros. Hasta el digno señor Haffner, que se había acercado, no pudo por menos de aplaudir. Entretanto, un piano, que pocos habían visto, se puso a tocar un vals. Guardóse entonces un gran silencio. El vals ofrecía giros caprichosos e interminables, y siempre frases dulcísimas, que se desprendían del teclado, perdíanse en trinos de ruiseñor; luego se sucedían encantos más apagados y más despaciosos. Aquella música resultaba voluptuosa; las damas, con la cabeza algo inclinada, se sonreían. El piano, en cambio, había hecho desapa-

recer de repente la alegría del señor Hupel de la Noue. Miraba con semblante de ansiedad los cortinajes de terciopelo encarnado, diciéndose para sí que habría debido de colocar por sí mismo a la señora de Espanet, como había colocado a las demás.

Las cortinas se descorrieron poco a poco, y el piano volvió a dejar oír a la sordina el sensual baile. Corrió un murmullo por el salón, inclináronse las damas, los hombres alargaban el pescuezo, en tanto que la admiración se manifestaba acá y allá, ya por palabras pronunciadas en demasiado alta voz, ya por un suspiro inconsciente, ya por una risa ahogada. Se prolongó aquello cinco largos minutos, bajo el resplandor de las tres arañas.

El señor Hupel de la Noue, tranquilizado, sonreía beatíficamente ante su poema. No podía resistir a la tentación de repetir a cuantas personas le rodeaban, lo que venía diciendo de un mes a aquella parte:

—Había pensado en hacerlo hablado... Pero ¿no les parece a ustedes que así resulta mayor nobleza de líneas?...

Después, como el vals iba y venía en un balanceo sin fin, dió las oportunas explicaciones. Los señores Mignon y Charrier se habían acercado y escuchaban con la mayor atención.

—Ustedes están enterados del asunto, ¿eh? El bello Narciso, hijo del río Cefiso y de la ninfa Lisiope, desprecia el amor de la ninfa Eco... Eco pertenecía al séquito de Juno, a quien entretenía con sus pláticas, mientras Júpiter corría por aquellos mundos de Dios... Eco, hija del Aire y de la Tierra, como ustedes saben muy bien...

Y perdía el sentido ante la poesía de la fábula. Después, con acento de mayor intimidad, agregaba:

—He pensado que podía dar rienda suelta a

mi imaginación... La ninfa Eco lleva al bello Narciso a casa de Venus, a una gruta marina, para que la diosa le inflame con sus ardores. Pero la diosa es impotente, y el joven demuestra en su actitud que no se siente conmovido.

La explicación no era inútil, pues pocos espectadores, en el salón, comprendían el exacto sentido de los grupos. Cuando el prefecto hubo nombrado a aquellos personajes a media voz, la admiración subió de punto. Los señores Mignon y Charrier continuaron abriendo tanto ojo; que no habían comprendido una palabra.

En el escenario, entre los cortinajes de terciopelo encarnado, se había una gruta. La decoración estaba formada por una tela de seda extendida y formando grandes pliegues interrumpidos, imitando las anfractuosidades de la roca, en la que había pintadas conchas, peces y grandes hierbas marinas. El tablado, formando escabrosidades y ascendiendo a la manera de colina, se veía cubierto con la misma tela de seda, en la cual el decorador había querido representar una menuda arena, cuajada de perlas y de lentejuelas de plata. Era aquello un retiro de diosa. Allí en lo alto de la colina, la señora de Lauwerens, en traje de Venus, se mantenía en pie; aparecía un tanto robusta, y vistiendo la rosada malla con la dignidad de una duquesa del Olimpo, había comprendido su personaje como soberana del amor, con grandes ojos, severos y devoradores. Detrás de ella, y dejando tan sólo ver su malicioso rostro, sus alas y su carcaj, la diminuta señora Daste, dirigía sus sonrisas al cariñoso personaje de Cupido. Luego, al otro lado de la colina, las tres Gracias, señoras de Guende, Teissière, de Meinhold, todas vestidas de muselina, se sonreían y se enlazaban, como en el grupo de Pradier; mientras que en otra parte, la marquesa de Espanet y la señora Haffner, envueltas en la misma

ola de encajes, con los brazos en la cintura y los cabellos mezclados, ofrecían un arriesgado rincón en el cuadro, un recuerdo de Lesbos, que el señor Hupel de Noue explicaba en voz baja, a los hombres solamente, diciendo que él había querido expresar por tal manera el poder de Venus. Al pie de la colina, la condesa Vanska representaba la Voluptuosidad; extendiase, como retorcida por un último espasmo, con los ojos entreabiertos y moribundos, cual si estuviese cansada; siendo muy morena, había desatado su cabellera de azabache, y a través de su túnica, estriada de rojas llamas, permitía ver algunos sitios de su ardiente cutis. La gradación de los colores de los trajes, desde el blanco de nieve del velo de Venus al rojo oscuro de la túnica de la Voluptuosidad, era suave, de un sonrosado general, de un tono de carne. Y dentro del foco de la luz eléctrica, ingeniosamente dirigido a la escena por una de las ventanas del jardín, las gasas, los encajes, todas aquellas telas ligeras y transparentes, se confundían tan bien con los desnudos hombros y las mallas, que aquellas sonrosadas blancuras tenían vida, y ya no se sabía si las excelentes damas habían llevado la verdad plástica hasta el punto de ponerse por completo desnudas. Aquello no era más que la apoteosis; el drama se realizaba en el primer término. A la izquierda, Renata, la ninfa Eco, tendía los brazos hacia el sitio en que se hallaba Narciso, suplicante, como para invitarle a que mirase a Venus, cuya sola vista enciende terribles fuegos; pero Narciso, a la derecha, hacía un ademán negativo, se ocultaba los ojos en la mano y permanecía frío como un carámbano. Los trajes de estos dos personajes, sobre todo, habían costado infinito trabajo al señor Hupel de la Noue. Narciso, como semi-dios andariego de los bosques, vestía un traje de cazador ideal; color verdoso, una corta vesta

ajustada al cuerpo y una rama de encina a los cabellos. El traje de la ninfa Eco era, por sí solo, toda una alegoría; era un simulacro de los enormes árboles, de los elevados montes, de los parajes resonantes en que las voces de la Tierra y del Aire se contestan; era roca por el raso blanco de la falda, soto por el follaje del cinturón, puro cielo por la nube de gasa azul del corpiño. Y los grupos mantenían una inmovilidad de estatua, la nota carnal del Olimpo se estremecía en el resplandor del ancho foco, mientras que el piano proseguía su queja de agudo amor, entrecortada por profundos suspiros.

Por regla general se convino en que Máximo estaba admirablemente formado. En su actitud negativa desarrollaba la cadera izquierda, lo que llamó mucho la atención. Pero todos los elogios se dirigieron a la expresión del rostro de Renata. Según el dicho del señor Hupel de la Noue, era "el dolor del deseo no saciado". Lanzaba penetrantes sonrisas, con las que parecía querer hacerse humilde, acechaba su presa con súplicas de hambrienta loba que no oculta sus dientes sino a medias. El primer cuadro resultó bien, excepto aquella loca de Adelina, que se reía, conteniendo con gran trabajo una irresistible comezón de reír. Corrieron por último las cortinas y el piano enmudeció.

Entonces se aplaudió discretamente y las conversaciones se reanudaron. Un gran hálito de amor, de contenidos deseos, se había desprendido de las desnudeces del escenario y se difundía por el salón, en donde el sexo débil languidecía más y más en sus asientos, mientras que los hombres se hablaban al oído, en voz queda y sonriendo. Era aquello como un euclicheo de alcoba, un semi-silencio de confianzuda compañía, un anhelo de voluptuosidad formulada apenas por un estremecimiento de labios; y, en las mudas

miradas, se percibía, en medio de aquel arrobaamiento de buen tono, el deseo brutal de amores ofrecidos y aceptados con sólo una mirada.

Juzgábase sin tregua de las perfecciones de aquellas damas. Sus trajes adquirían casi tanta importancia como sus hombros. Cuando los señores Mignon y Charrier quisieron ir con preguntas al señor Hupel de la Noue, se quedaron con la boca abierta al no verle ya a su lado; habíase colado ya en el escenario.

—Le estaba a usted contando, hermosa mía— dijo madama Sidonia, reanudando una conversación interrumpida por el primer cuadro; — que había recibido una carta de Londres, ya sabe usted, sobre el asunto de los tres mil millones... La persona a quien he encargado que haga las investigaciones necesarias, me escribe que cree haber encontrado el recibo del banquero. Inglaterra habrá ya pagado... Me siento enferma desde esta mañana.

Estaba, en efecto, más amarilla que de costumbre, en su traje de hechicera sembrado de estrellas. Y como quiera que la señora Michelin no la escuchase, prosiguió en voz más queda, murmurando que Inglaterra no podía haber pagado y que estaba decidida a ir a Londres personalmente.

—El traje de Narciso era muy bonito, ¿verdad que sí?— preguntó Luisa a la señora Michelin.

Esta se sonrió y miró al barón Gouraud, que parecía rejuvenecido en su sillón. Fijándose la señora Sidonia en la dirección que llevaban sus miradas, se inclinó y le susurró al oído, para que la niña no le oyese:

—¿Es cierto que se ha embargado a sí mismo?

—Sí— contestó la joven, languideciente y desemeñando a maravilla su papel de almea.—Yo he elegido la casa de Louveciennes y he recibido

las escrituras de propiedad por mediación de su hombre de negocios... Pero hemos roto las amistades; no le veo ya.

Luisa tenía una delicadeza de oído especial para enterarse de lo que se le quería ocultar. Miró al barón de Gouraud con su descaro de paje, y dijo tranquilamente a la señora de Michelin:

—¿No le parece a usted que el barón es de lo más hórrido?

Luego añadió, soltando la carcajada:

—Diga usted: ¿no debería habersele confiado el papel de Narciso? Resultaría delicioso con el traje verde manzana.

La vista de Venus, de aquel voluptuoso rincón del Olimpo, había, en efecto, reanimado al viejo senador. Rodaba los encantados ojos y medio se volvía para cumplimentar a Saccard. En el confuso y sordo ruido que se producía en el salón, el grupo de los hombres graves continuaba hablando de negocios, de política. El señor Hafner dijo que acababa de ser nombrado presidente de un jurado encargado de regular los asuntos de indemnizaciones. Entonces la conversación se empeñó sobre los trabajos de París, sobre el bulevar del príncipe Eugenio, del que se empezaba a hablar seriamente entre el público. Saccard se aprovechó de la ocasión, y habló de una persona que conocía, de un propietario, a quien sin duda se iba a expropiar. Y miró cara a cara a aquellos señores. El barón movió suavemente la cabeza; el señor Toutin-Laroche llevó las cosas hasta a declarar que nada resultaba más agradable que el verse expropiado; el señor Michelin daba señales de aprobación y bizcaba más aun, mirando su condecoración.

Las indemnizaciones nunca podrían ser demasiado importantes,—dedujo echándola de doctor el señor de Mareuil, que quería hacerse simpático a Saccard.

Habíanse comprendido; pero los señores Mignon y Charrier daban la preferencia a sus propios negocios. Contaban con retirarse antes de mucho, sin duda a Langres, según decían, conservando siempre un apeadero en París; hicieron sonreír a aquellos señores cuando refirieron que después de haber dado cima a la construcción de su magnífico hotel del bulevar Malesherbes, lo habían diputado por tan hermoso, que no habían podido resistir a la tentación de desprenderse de él. Sus brillantes debían de ser un consuelo con que se habían regalado. Saccard se reía a regañadientes; sus antiguos asociados acababan de realizar beneficios enormes en un negocio en que él había desempeñado el papel de bobo.

Como el entreacto se prolongase más de la cuenta, la conversación de los hombres graves se vio por último interrumpida con los elogios a la garganta de Venus y al vestido de la ninfa Eco.

Al cabo de media hora larga de talle, el señor Hupel de la Noue se presentó nuevamente. Caminaba en pleno éxito y el desorden de su traje adquiría mayores proporciones. Al acercarse a su sitio, se tropezó con el señor de Mussy. Estrechóle la mano de paso, y luego volvió atrás para preguntarle:

—¿No sabe usted el dicho de la marquesa?

Y se lo refirió sin esperar la respuesta. Cada vez penetraba más y más su sentido, lo comentaba y concluía por tenerlo por cosa de exquisita ingenuidad. “¡Tengo debajo uno mucho más bonito!” Era aquel un grito del corazón.

Pero el señor de Mussy no fué de tal parecer: tuvo la frase por indecente. Acababa de ser nombrado agregado a la embajada de Inglaterra, en la que el ministro le había dicho que un severo porte era de rigor. Negábase a dirigir el cotillón, envejecía y ya no hablaba de su pasión por Re-

nata, limitándose a saludarla gravemente cuando la encontraba.

Había llegado el señor Hupel de la Noue al grupo formado detrás de la butaca del barón, cuando el piano prorrumpió en una marcha triunfal. Grandes acordes, producidos con todo pulso sobre las teclas, precedían a un amplio cantábil, en el que a cada instante se percibían como estallidos metálicos. Después de cada frase, una voz más alta la recogía, acentuando el ritmo. Aquello resultaba tan brutal como alegre.

—Ahora van ustedes a ver—murmuró el señor Hupel de la Noue;—he llevado quizás un poco lejos la licencia poética; pero creo que la audacia me ha salido bien... La ninfa Eco, viendo que Venus carece de poder sobre el bello Narciso, le lleva a casa de Plutón, dios de las riquezas y de los metales preciosos... Tras de la tentación de la carne, la tentación del oro.

—Eso es clásico—agregó el seco señor Toutin-Laroche, con amable sonrisa.—Usted conoce muy bien su tiempo, señor prefecto.

Las cortinas se descorrieron y el piano tocó más fuerte aun. El rayo eléctrico caía sobre el más refulgente esplendor, en el cual los espectadores no vieron en un principio más que un gran brasero, en que parecían fundirse lingotes de oro y piedras preciosas. Abriase una nueva gruta, mas aquella no era el fresco retiro de Venus bañado por la moribunda ola sobre finísima arena sembrada de perlas; debía de encontrarse, por el contrario, en el centro de la tierra, en una capa ardiente y profunda, hendidura del antiguo infierno, grieta de una mina de metales fundentes, habitada por Plutón. La seda imitando la roca, exhibía anchos filones metálicos; grandes corrientes, que eran como las venas del viejo mundo, arrastraban las riquezas incalculables y la eterna vida del suelo. En tierra, por un atrevido

anacronismo del señor Hupel de la Noue, veíase un derrumbamiento de monedas de veinte francos; luises esparcidos, luises en montón, una abundancia sin cuento de luises que subían, subían... En la cima de tan gran montón de oro, la señora de Guende, ejerciendo de Plutón, se hallaba sentada, Plutón femenino, exhibiendo la garganta, entre los grandes paños de su ropaje, tomados de todos los metales. En torno del dios, se agrupaban, en pie, medio tendidas, unidas en racimos, o floreciendo aparte, las mágicas florescencias de aquella gruta, en donde los califas de las *Mil y una noches* habían volcado sus tesoros: la señora Haffner, figurando el oro, con una falda tiesa y resplandeciente de obispo; la señora de Espanel, de plata, reluciente como un rayo de luna; la señora de Lauwerens, de ardiente azul, figuraba el Zafiro, teniendo a su lado a la pequeña señora Daste, una Turquesa sonriente, suavemente azulada; después se desgranaban la Esmeralda, la señora de Menihold, y el Topacio, la señora de Teissière; y, más abajo, la condesa Vanska prestaba su ardor sombrío al Coral, extendida, con los brazos en alto, cargados de colgantes piedras preciosas, semejante a un pólipo monstruoso y encantador, que exhibía carnes de mujer entre sonrosados y entreabiertos nácaros de caracoles marinos. Aquellas damas llevaban todas collares, brazaletes, adornos completos, formados cada cual de la piedra preciosa que el personaje representaba. Llamaron grandemente la atención las joyas pertenecientes a las señoras de Espanel y de Haffner, compuestas tan sólo de moneditas de oro y de plata completamente nuevas. En el primer término el drama continuaba siendo el mismo; la ninfa Eco tentaba al bello Narciso, quien continuaba haciéndose de peneas con el mismo ademán. Y las miradas de los espectadores se acostumbraban con arrobamiento a la vista

de aquella caverna abierta en las inflamadas entrañas del globo, de aquel montón de oro sobre el que se revolcaba la riqueza de un mundo.

Este segundo cuadro tuvo aún mayor aceptación que el primero. La idea pareció en gran manera ingeniosa; aquel atrevimiento de las monedas de veinte francos, aquel ceño de caja de caudales moderna yendo a parar a un paraje de la mitología griega, embelesó la imaginación de aquellas señoras y a la gente adinerada que se encontraba allí. Las exclamaciones de: "¡Qué de monedas! ¡qué de dinero!" llenaban el espacio, con sonrisas y con estremecimientos de satisfacción; y darse podía por seguro que todos y cada uno de aquellos caballeros y señoras soñaban con poseer para sí toda aquella riqueza en una cueva.

—Inglaterra ha pagado; esos son los millones de millones de usted—murmuró maliciosamente Luisa al oído de madama Sidonia.

Y la señora de Michelin, con la boca un poco abierta por arrobador deseo, apartaba su velo de almea, para acariciar el oro con reluciente mirada, mientras que el grupo de los hombres graves se quedaba embobado. El señor Toutin Laroché, con el corazón ensanchado, susurró algunas palabras al oído del barón cuyo rostro, se jaspeaba de manchas amarillas. Pero los señores Mignon y Charrier, menos discretos, dijeron con ingenuidad brutal:

—¡Demontre! Ahí habrá lo suficiente para demoler a París y volverlo a edificar.

La frase pareció profunda a Saccard, quien empezaba a creer que Mignon y Charrier se chinchaban del mundo entero haciéndose los imbéciles. Cuando se corrieron las cortinas y cuando el piano dió punto a la marcha triunfal con gran estruendo de notas empujadas las unas sobre las otras, cual postreras paletadas de escudos, los aplausos estallaron, más vivos, más prolongados.

En esto, en medio del cuadro, el ministro acompañado de su secretario el señor de Saffré, había aparecido en la puerta del salón. Saccard, que atisbaba con impaciencia a su hermana, quiso precipitarse a su encuentro; mas ésta, con un ademán, le rogó que no se moviese. Y se acercó con calma al grupo de los hombres graves. Cuando, corridas las cortinas, se le divisó, un prolongado cuchicheo corrió por el salón y las cabezas se volvieron: el ministro equilibraba el éxito de los *Amores del bello Narciso y de la ninfa Eco*.

—Es usted un poeta, señor prefecto—dijo sonriendo al señor Hupel de la Noue.—En otro tiempo dió usted a la estampa un volumen de versos, *Las Volubilis*, según creo... Veo que los cuidados de la administración no han agotado la imaginación de usted.

El prefecto sintió, en aquella felicitación, el aguijón de un epigrama. La brusca presencia de su jefe le afurulló, con tanto mayor motivo cuanto, al pasarse revista con una mirada para ver si su continente era correcto, distinguió, en la manga del frac, la manita blanca, que no se atrevió a limpiar. Inclinóse y balbuceó:

—En verdad—prosiguió el ministro, dirigiéndose al señor Toutin-Laroche, al barón Gouraud y a los personajes que allí se encontraban,—todo aquel oro ofrecía un maravilloso espectáculo... Grandes cosas haríamos si el señor Hupel de la Noue acuñase moneda para nosotros.

En lenguaje ministerial, aquélla era la misma frase de los Mignon y Charrier. Entonces el señor Toutin-Laroche y los demás se mostraron cortesanos, comentando la última frase del ministro: el imperio había hecho ya maravillas; no era el oro lo que hacía falta, merced a la sin par experiencia del poder; Francia no había gozado jamás de tan hermosa situación ante Europa; y aquellos señores acabaron por aparecer tan tri-

viales, que el ministro cambió de conversación. Escuchábales, con la cabeza erguida, con las comisuras de la boca un tanto enhiestas, lo que comunicaba a su blanco y grueso rostro, esmeradamente rasurado, una actitud de duda y de risueño desdén.

Saccard, que quería preparar el terreno para anunciar el casamiento de Máximo y de Luisa, maniobraba para dar una hábil transición. Aparentaba gran familiaridad, y su hermano la echaba de candoroso, y consentía en dispensarle el favor de parecer que le quería con toda el alma. Era en realidad un hombre superior, con su mirada transparente, con su visible menosprecio hacia las truhanerías de baja estofa y con sus robustos hombros, que con sólo un movimiento habrían tumbado a toda aquella gente. Cuando llegó por fin la oportunidad de hablar del casamiento, mostróse encantador y dió a entender que tenía preparado su regalo de boda, consistente en el nombramiento de Máximo de auditor en el consejo de Estado; llegó hasta a repetir por dos veces a su hermano, en tono cordial:

—No dejes de decir a tu hijo que quiero ser testigo.

El señor de Mareuil se ponía como una amapola de satisfacción. Dieron la enhorabuena a Saccard. El señor Toutin-Laroche se ofreció por segundo testigo. En seguida, y por modo brusco, se empezó a hablar del divorcio. Un miembro de la oposición acababa de tener "el triste dolor"—decía el señor Haffner,—de salir a la defensa de aquella vergüenza social. Y todos pusieron el grito en el cielo, y su pudor les inspiró frases profundas. El señor Michelin sonrió delicadamente al ministro, mientras que los señores Mignon y Charrier reparaban, haciéndose cruces, en que el cuello de su frac estaba bastante raído.

En esto, el señor Hupel de la Noue permanecía

perplejo, apoyándose en el sillón del barón Gouraud, quien habíase contentado con cambiar con el ministro un silencioso apretón de manos. El poeta no se atrevía a dejar el sitio; un sentimiento indefinible, el temor de parecer ridículo, el miedo de perder el aprecio de su jefe, le retenían allí, a pesar del violento afán que le impulsaba a ir a colocar a aquellas señoras en el escenario, para el último cuadro. Esperaba a que le acudiese una afortunada frase para volver a hallar gracia a los ojos del ministro; mas no daba con ninguna. Y sentíase cada vez más contrariado, cuando distinguió al señor de Saffré; cogióle del brazo y se pegó a él como a una tabla de salvación. El joven acababa de entrar, es decir, que era una víctima del todo fresca.

—¿No sabe usted la frase de la marquesa?—le preguntó el prefecto.

Mas tan turbado estaba, que no sabía presentarle el caso de modo original.

—Le dije: “El traje de usted es encantador”; y ella me contestó...

—Llevo debajo uno mucho más bonito—agregó tranquilamente el señor de Saffré.—Eso es ya viejo, caro amigo, muy viejo.

El señor Hupel de la Noue le miró consternado. La frase era vieja; ¡y él que iba a profundizar aún más su comentario sobre la ingenuidad de aquel grito del corazón!

—Vieja, tan vieja como el mundo—repetía el secretario.—La señora de Espanet la ha dicho ya dos veces en las Tullerías.

Aquel fué el último golpe. El prefecto se burló entonces del ministro, del salón entero. Dirigiase al escenario, cuando el piano preludivió, con entristecido acento, con temblorosas notas que gemían; el lamento después se extendía, se arrastraba por largo rato y las cortinas se descorrieron. El señor Hupel de la Noue, que medio había

ya desaparecido, volvió a entrar en el salón, al oír el ligero resonar de las anillas. Hallábase pálido, exasperado; hacía un violento esfuerzo sobre sí mismo para no apostrofar a aquellas señoras; ¡habíanse colocado por sí mismas! Debía de haber sido aquella diminuta de Espanet la que había fraguado el complot para apresurar los cambios de trajes y para hacer caso omiso de él. ¡No era aquéllas, aquéllas no valía nada!

Y volvió mascullando palabras sin sentido. Miraba al escenario, encogiéndose de hombros y murmurando:

—La ninfa Eco está demasiado a la orilla... Y en esa pierna del bello Narciso no se ve nobleza, ninguna nobleza...

Los señores Mignon y Charrier, que se habían acercado para oír “la explicación”, se aventuraron a preguntarle “qué era lo que el joven y la joven hacían tumbados en el suelo”. Mas él no contestaba, se negaba a dar más explicaciones acerca de su poema; y, como los contratistas insistiesen:

—¡Eh! todo eso me importa un comino desde el instante en que esas señoras se colocan sin mí.

El piano sollozaba lánguidamente. En el tablado, una a modo de floresta, a la que la luz eléctrica comunicaba claridad de sol, presentaba un horizonte de follaje. Era una floresta ideal, con árboles azules y grandes flores amarillas y coloradas, que se alzaban a tanta altura como las encinas. Allí, sobre un montecillo de césped, Venus y Plutón se mantenían juntitos, uno al lado del otro, rodeados de ninfas que acudían de los cercanos bosques para servirles de cortejo. Veíanse allí las hijas de los árboles, las de los manantiales, las de los montes, todas las divinidades rientes y desnudas de las selvas. Y el dios y la diosa, triunfantes, castigaban las frialdades del orgulloso que las había despreciado, mientras

que el grupo de las ninfas miraba con curiosidad y con sagrado terror, la venganza del Olimpo, que se realizaba en el primer término. El drama se desenlazaba allí. El bello Narciso, tendido a la orilla de un arroyo, que descendía de las lontananzas de la escena, se miraba en el claro espejo; y se había llevado la verdad hasta el punto de colocar una verdadera luna en el fondo del riachuelo. Pero no era ya el joven libre, el andariego de los bosques; la muerte le sorprendía en la entusiasta admiración de su propia imagen, la muerte le iba haciendo languidecer, y Venus, con su dedo extendido, como hada de apoteosis, le lanzaba a su destino fatal, dejándole convertido en flor. Sus miembros adquirían verdes tintas y se extendían en su ajustado traje de raso verde; el flexible talle y las piernas ligeramente encorvadas, iban a hundirse en la tierra, a echar raíces, mientras que el busto, adornado con muchos paños de raso blanco, se desplegaba en maravillosa corola. La rubia cabellera de Máximo completaba la ilusión, formando con sus largos bucles, pistilos amarillos en medio de la blancura de los pétalos. Y la grande y naciente flor, humana todavía, inclinaba la cabeza hacia el manantial, con los ojos anegados en lágrimas, al propio tiempo que su rostro sonreía con voluptuoso éxtasis, como si el bello Narciso hubiese al fin satisfecho en la muerte los deseos que se había inspirado a sí mismo. A algunos pasos más allá, la ninfa Eco se moría también, moríase de deseos no satisfechos; encontrábase poco a poco atraída a la rigidez de la tierra y sentía sus ardientes miembros helarse y endurecerse. No era una roca vulgar, manchada de musgo, sino blanco mármol, por sus hombros y sus brazos, por su gran túnica de nieve, cuyo cinturón de follaje y cuya banda azul, se habían deslizado. Aplomada, en medio del raso de su falda, que se abría en an-

chos pliegues, semejante a un bloque de Paros, dejábase caer, no conservando ya de vivo, en su helado cuerpo de estatua, sino sus ojos de mujer, ojos que resplandecían, fijos en la superficie de las aguas, inclinada lánguidamente sobre el espejo de la corriente. Y parecía que todos los amorosos rumores de la selva, las prolongadas voces del vallado, los misteriosos estremecimientos de las hojas, los profundos suspiros de las seculares encinas, venían a estrellarse contra la marmórea carne de la ninfa Eco, cuyo corazón manando siempre sangre en el bloque, resonaba por largo espacio repitiendo a lo lejos los menores lamentos de la Tierra y del Aire.

—¡Oh! ¡y cómo han disfrazado al pobre Máximo!—exclamó Luisa.—Y a la señora de Sacard se la tendría por una muerta.

—Está llena de polvo de arroz—dijo la señora de Michelin.

Otras frases menos corteses corrían de boca en boca. El tercer cuadro no obtuvo el franco éxito de los dos anteriores. Era, no obstante, aquel trágico desenlace que tanto entusiasmaba al señor Hupel de la Noue, sobre su propio talento. Admirábase allí a sí propio como su Narciso en el espejo. Había introducido una caterva de intenciones poéticas y filosóficas. Así que las cortinas se corrieron por la postrera vez y que los espectadores hubieron aplaudido como personas de buena crianza, experimentó un sentimiento mayúsculo por haberse dejado llevar de la cólera, no llegando a explicar la última parte de su poema. Quiso dar entonces a las personas que le rodeaban la clave de las cosas encantadoras, grandiosas o sencillamente picarescas que representaban el bello Narciso y la ninfa Eco, y hasta probó a decir lo que Venus y Plutón hacían en el fondo de la floresta; pero a aquellos caballeros y señoras, cuyas imaginaciones claras y prácticas

habían comprendido la gruta de la carne y la gruta del oro, les importaba un comino el descender a las combinaciones mitológicas del perfecto. Tan sólo los señores Mignon y Charrier, que querían a todo trance enterarse, tuvieron la benevolencia de andársele con preguntas. Apoderóse de ellos, y túvoles en pie, en el hueco de una ventana, durante cerca de dos horas, contándoles las *Metamorfosis* de Ovidio.

En esto el ministro se retiraba. Dió sus excusas por no poder esperar a la hermosa señora de Saccard para felicitarla por la perfecta gracia de la ninfa Eco. Acababa de dar por la tercera o cuarta vez la vuelta al salón, del brazo de su hermano, dando algunos apretones de manos y saludando a las damas. Nunca se había comprometido tanto por Saccard. Dejábale radiante de gozo, cuando, en el umbral de la puerta, le dijo en voz alta:

—Te espero mañana temprano; ven a almorzar conmigo.

El baile iba a empezar. Los criados habían colocado a lo largo de las paredes los sillones de las señoras; y en el gran salón se extendía entonces, desde el saloncito amarillo hasta el escenario, la desnuda alfombra, cuyas grandes flores de púrpura se destacaban, bajo las cascadas de luces que se desprendían de los cristales de las arañas. El calor iba en aumento, los rojos tapices bruñían con sus reflejos el oro de los muebles y del techo. Esperábase, para dar comienzo al baile, que aquellas señoras, la ninfa Eco, Venus, Plutón y las demás, se hubiesen cambiado de traje.

Las señoras de Espanet y de Haffner aparecieron las primeras. Habíanse vuelto a poner sus vestidos del segundo cuadro; la una ataviada de Oro y la otra de Plata. Se las rodeó y

se las llenó de enhorabuenas; y a todos referían sus emociones.

—Yo por poco reviento de risa—decía la marquesa,— cuando divisé a lo lejos la formidable nariz del señor Toutin-Laroche que me echaba el ojo.

—Yo creo haber cogido un torticolis—reponía lánguidamente la rubia Susana.—En verdad, si aquello se hubiese prolongado un minuto más, habría vuelto a poner la cabeza en mi postura natural, tanto me dolía ya el cuello.

El señor Hupel de la Noue, desde el vano a donde había llevado a los señores Mignon y Charrier, dirigía miradas inquietas al grupo formado en torno de las dos jóvenes; temía que le estuviesen tomando el pelo. Las demás ninfas llegaron unas tras de otras; todas habían vuelto a ponerse sus trajes de piedras preciosas; la condesa Vanska, de Coral, obtuvo un éxito loco, cuando pudieron examinarse de cerca los ingeniosos detalles de su vestido. Luego se presentó Máximo, en su correcto traje de frac, y con risueño semblante; una nube de mujeres le envolvió, dejéronle en medio del círculo y se le bromeó sobre su papel de flor, sobre su pasión por los espejos; él, sin perder la serenidad, y como enamorado de su personaje, continuó sonriendo, contestaba a las cuchufletas, confesaba que se adoraba a sí propio y que se hallaba bastante curado de las mujeres para preferirse a todas ellas. Las carcajadas eran más atronadoras, el grupo se extendía, ocupando todo el centro del salón, mientras que el joven, anegado en aquel mar de desnudos hombros, en aquel barullo de resplandecientes trajes, conservaba su perfume de amor monstruoso, en relajada dulzura de rubia flor.

Mas cuando por último bajó Renata, se produjo un semisilencio. Se había puesto un nuevo

traje, de gracia tan original y de tamaña audacia, que aquellos señores y damas, con todo y hallarse acostumbrados a las excentricidades de la joven, no pudieron evitar un primer movimiento de sorpresa. Iba vestida de Otaitiana; este traje, a lo que parece, es de los más primitivos; una malla de suave color que le subía desde los pies a los senos, le dejaba al descubierto hombros y brazos; y sobre la malla figuraba una sencilla blusa de muselina, corta y guarnecida con un par de volantes para disimular un tanto las caderas. En la cabeza llevaba una corona de flores silvestres; en los tobillos y en las muñecas ajorcas de oro. Y paren ustedes de contar. Estaba desnuda. La malla ofrecía flexibilidad de carne bajo la transparencia de la blusa; la línea pura de aquella desnudez se adivinaba desde las rodillas a los sobacos, atenuada un tanto por los volantes, pero acentuándose y reapareciendo entre las mallas de la blonda, al menor movimiento. Era aquella una salvaje seductora, una joven bárbara y voluptuosa, oculta apenas en un blanco vapor, en un girón de bruma marina, en cuyo fondo todo su cuerpo se adivinaba.

Renata, sonrosadas las mejillas, se adelantaba con paso ligero. Celeste había hecho estallar la primera malla; felizmente la joven, previendo el caso, había tomado sus precauciones. La rotura de aquella malla había hecho que se retardara. Pareció como que daba escasa importancia a su triunfo. Ardíanle las manos y brillábanle los ojos por la fiebre. Sonreíase, no obstante, contestando con cortas frases a los caballeros que la detenían y le daban parabienes sobre la pureza de sus actitudes, en los cuadros al vivo. Dejaba en pos de sí un reguero de trajes negros, encantados y admirados de la transparencia de su blusa de muselina. Cuando llegó al grupo de mujeres

que rodeaban a Máximo, produjo breves exclamaciones; la marquesa se puso a mirarla de la cabeza a los pies, y murmuró con delicado acento:

—Está admirablemente formada.

La señora de Michelin, cuyo traje de almea resultaba horriblemente ordinario al lado de aquel sencillo velo, se mordía los labios, en tanto que madama Sidonia, encogida en su vestido negro de hechicera, murmuraba a su oído:

—Eso es de lo más indecente que imaginarse puede, ¿no es verdad, hermosa mía?

—En verdad—dijo por último la linda morena,—si yo me desnudase así, el señor Michelin se atufaría de lo lindo.

—Y le sobraría razón—concluyó diciendo la corredora.

El grupo de los hombres graves no era de semejante parecer y se extasiaba desde lejos. El señor Michelin, a quien su mujer con tan poca oportunidad mezclaba en el asunto, se entusiasmaba para bailar el agua al señor Toutin-Laroché y al barón Gouraud, a quienes la vista de Renata elevaba al quinto cielo. Dióse la más cordial enhorabuena a Saccard por la perfección de formas de su consorte. Y Aristides doblaba el espinazo, mostrándose satisfechísimo. La velada resultaba a pedir de boca para él, y, a no ser por cierta preocupación que a cada instante se le ofrecía a la vista, cuando dirigía una rápida mirada a su hermana, habría parecido completamente feliz.

—Oye, hasta ahora nunca nos había enseñado tanto—dijo alegremente Luisa al oído de Máximo, señalándole a Renata con el rabillo del ojo.

Y se contuvo, con sonrisa indefinible:

—A mí, al menos.

El joven la miró con semblante inquieto; pero ella seguía sonriendo, picarescamente, como es-

colar embelesado por una broma de color algo subido.

Rompióse el baile. Habíase echado mano del tablado de los cuadros vivos para colocar una reducida orquesta, en que dominaban los instrumentos de metal; y los clarinetes y los cornetines, lanzaban sus claras notas en el bosque ideal, entre los árboles azules. Se dió principio con una *quadrille*:

Ah! il a des bottes, il a des bottes, Bastien! que era a la sazón la delicia de los bailes populares. Aquellas señoras bailaron: las polkas, los vales, las mazurcas, alternaban con las *quadrilles*. El prolongado balanceo de las parejas, iba y venía, llenando la extensa galería, saltando al azote de los instrumentos de metal y meciéndose al cadencioso compás de los violines. Los trajes, aquella ola de mujeres de todas las regiones y de todas las épocas, daba vueltas y más vueltas, con hormiguelo y mescolanza de estofas vivientes. El ritmo, después de haber mezclado y transportado los colores, en cadencioso barullo, volvía a juntar bruscamente, a ciertos golpes de arco, la misma túnica de raso color de rosa, el mismo corpiño de terciopelo azul, a la vera del mismo traje negro. Luego otro acorde de violín, un toque de los cornetines, impulsaban a las parejas, hacíanlas viajar en hilera en torno al salón, con cadenciosos movimientos de barquilla que corre a sotavento, impulsada por huracanada ráfaga que ha roto la amarra. Y así siempre, sin término, durante horas y más horas. A las veces, entre dos bailes, una dama se acercaba a una ventana, sofocada, para respirar un instante el aire helado; una pareja descansaba en un confidente del saloncito capullo de oro, o bajaba a la estufa, dando despacito la vuelta por las avenidas. Bajo las bóvedas de enredaderas, en el fondo de la tibia obscuridad a donde llegaban los *forte* de los corne-

tines de pistón, en las *quadrilles* de *Ohé! les p'lits agneaux* y de *J'ai un pied qui r'mue*, las faldas, de que apenas se divisaban las fimbrias, parecieron sonreír languidecientes.

Cuando se abrió la sala del comedor, transformado en *buffet*, con sus aparadores apoyados en las paredes y una larga mesa en el centro, cargada de fiambres, aquello fué una gran afluencia, un aplastarse la gente. Un buen mozo, que había tenido la timidez de conservar su sombrero en la mano, fué tan violentamente empujado hacia la pared, que la desgraciada prenda estalló con sordo gemido, lo que hizo reír a la concurrencia. Lanzábanse sobre los pasteles y sobre las aves trufadas, empujándose por modo brutal. Aquello era un verdadero pillaje, una entrada a saco, las manos se tropezaban en medio de las viandas, y los sirvientes no sabían a quién contestar, en medio de aquella bandada de hombres *comme il faut*, cuyos extendidos brazos expresaban tan sólo el temor de llegar sobrado tarde y de encontrar los platos vacíos. Un anciano caballero se puso hecho una furia porque no tenía burdeos y porque el champaña, daba por seguro, le quitaba el sueño.

—Poco a poco, señores, poco a poco— decía Baulista con su voz grave.—Habrá para todo el mundo.

Pero nadie le escuchaba. El comedor estaba lleno completamente y los inquietos fraques se empinaban a la puerta. Delante de los aparadores había grupos estacionados, que comían de prisa y corriendo apretándose unos a otros. Muchos tragaban sin beber, por no haber podido echar mano a vaso alguno. Otros, por el contrario, bebían, corriendo inútilmente tras un pedazo de pan.

—Escuchen ustedes—dijo el señor Hupel de la Noue, a quien los señores Mignon y Charrier,

hartos de mitología, habían arrastrado al comedor,—nada conseguiremos si no hacemos causa común... Mucho peor sucede en las Tullerías, por lo que he adquirido alguna experiencia... Encárguense ustedes del vino, que yo me encargaré de lo sólido.

El prefecto acechaba un gigote. Extendió la mano, en un momento oportuno, en una clara de hombros, y se lo atrajo tranquilamente, después de haberse llenado las faltriqueras de panecillos. Los contratistas volvieron por su parte, Mignon con una botella y Charrier con dos botellas de champaña; pero no habían podido encontrar más que dos vasos; dijeron que la cosa no importaba un pito y que beberían en el mismo vaso. Y aquellos señores cenaron en el extremo de una jardinera, en el fondo de la habitación. Ni siquiera se quitaron los guantes, poniendo las lonjas ya cortadas del gigote en el pan y guardando las botellas bajo los brazos. Y, en pie, charlaban con la boca llena, apartando las barbas de los chalecos, para que la salsa cayera sobre la alfombra.

Charrier, que había trasegado el vino antes de haberse comido el pan, preguntó a un doméstico si podría traerle una copa de champaña.

—Hay que esperar, caballero,—contestó colérico el sirviente, azorado y con la cabeza al traste, olvidándose de que no estaba en la cocina.—Ya se han bebido trescientas botellas.

Entretanto oíanse los acordes de la orquesta que iban en aumento con bruscos resoplidos. Bailábase la polka de *Los Besos*, célebre en los bailes públicos, y en la cual cada bailarín debía marcar el compás besando a su pareja. La señora de Espanet apareció en la puerta del comedor muy encarnada, casi despeinado el cabello, y arrastrando con encantadora lasitud su gran vestido de Plata. Como la gente se apartara apenas,

se vió obligada a insistir con el codo para abrirse paso. Dió vuelta a la mesa, vacilante y con cierto mohín en los labios. Después se dirigió en derecha al señor Hupel de la Noue, quien ya había concluido y se limpiaba la boca con el pañuelo.

—¡Qué amable sería usted, caballero—le dijo con deliciosa sonrisa,—si me encontrase una silla! he dado vuelta a la mesa, pero inútilmente.

El prefecto guardaba cierto rencor a la marquesa, pero su galantería no titubeó un punto; se apresuró cuanto pudo, encontró la silla, instaló a la señora de Espanet y se quedó a su espalda para servirla. Quería tan sólo unos langostinos, con un poco de manteca y dos deditos de champaña. Comía con delicadeza suma en medio de la glotonería de los hombres. Tanto la mesa como las sillas estaban exclusivamente reservadas a las señoras; pero hacíase siempre una excepción en favor del barón Gouraud. Veíase allí, arrellenado, delante de un trozo de pastel, cuya corteza masticaban sus mandíbulas con lentitud. La marquesa reconquistó al prefecto con decirle que en su vida olvidaría sus emociones de artista, en los *Amores del bello Narciso* y de *la ninfa Eco*. Llegó hasta a explicarle el por qué no le había esperado, de modo que le consoló completamente: aquellas señoras, al saber que el ministro se encontraba allí, habían pensado que sería poco conveniente prolongar el entreacto. Terminó rogándole que fuese en busca de la señora de Haffner, que bailaba con el señor Simpson, hombre brutal—decía— a quien no podía ver, ni en pintura. Y tan luego como Susana se encontró allí, no volvió a mirar al señor Hupel de la Noue.

Saccard, seguido de los señores Toutin-Laroché, Mareuil y Haffner, se habían posesionado del aparador. Como la mesa estuviese llena y el señor de Saffré pasase con la señora de Michelin

del brazo, les detuvo y quiso que la linda morena disfrutase con ellos. Púsose la dama a cuscurrear pastelillos, sonriendo y dirigiendo sus claros ojos a los cinco hombres que le rodeaban, quienes se inclinaban hacia ella, rozaban sus velos de almea bordados con hilos de oro, y la estrechaban contra el aparador, al que concluyó por arrimarse, admitiendo pequeñas finezas de todas las manos, amable y cariñosa, con la amorosa docilidad de una esclava en medio de sus señores. El señor Michelin, enteramente solo, al otro extremo de la habitación, daba buena cuenta de una tartera de *foie gras* de que había conseguido apoderarse.

Entretanto, madama Sidonia que rodaba por el baile desde los primeros acordes de la orquesta, entró en el comedor y llamó a Saccard con el rabillo del ojo.

—No baila—le dijo en voz baja.—Parece inquieta. Creo que medita alguna calaverada... Pero no he podido descubrir al doncel... Voy a tomar un pisolabis y a volver al acecho.

Comióse en pie, como un hombre, un ala de ave que se hizo servir por el señor Michelin, que había dado fin a su tartera. Echóse Málaga en una gran copa de champaña; después, habiéndose enjugado los labios con las yemas de los dedos, se volvió al salón. La cola de su vestido de hechicera parecía que había recogido ya todo el polvo de la alfombra.

El baile languidecía y la orquesta parecía dar las boqueadas, cuando se oyó un rumor: “¡el cotillón! ¡el cotillón!” que reanimó a los bailarines y a los instrumentos. Llegaron parejas de todos lados de la estufa; llenóse el gran salón como para la primera *quadrille*, y en medio del reanimado barullo se discutía. Era la última llamara del baile. Los hombres que no rendían culto a Terpsicore, miraban desde los huecos de las ven-

tanás, con indolentes benevolencias, al grupo parlanchín que aumentaba en medio de la estancia; mientras que los cenadores del comedor, sin soltar el pan, alargaban el pescuezo para ver.

—El señor de Mussy no quiere—decía una dama—jura que no lo dirigirá... Vamos, por la última vez, señor de Mussy, nada más que una vececita. Hágalo usted por nosotras.

Pero el joven agregado de embajada permanecía afectando gran tiesura en su arrugado cuello. Era imposible, pues lo había jurado. La contrariedad era completa. Máximo se negó también, alegando que no podía, que estaba hecho un jabón. El señor Hupel de la Noue no se atrevía a ofrecerse, pues él no descendía sino para poetizar. Habiendo hablado una dama del señor Simpson, se la hizo callar; el señor Simpson era el más extravagante director de cotillón que imaginarse pudiera; entregábase a imaginaciones fantásticas y maliciosas; en un salón en donde se cometió la imprudencia de elegirle, contábase que había obligado a las damas a saltar por encima de las sillas, y que una de sus figuras favoritas consistía en hacer andar a todo el mundo a gatas alrededor de la sala.

—¿Se habrá ausentado el señor de Saffré?—preguntaba una voz infantil.

El señor de Saffré se marchaba y se hallaba despidiéndose de la hermosa señora de Saccard, con la que se hallaba en los mejores términos, desde que nada quería con él. Aquel amable escéptico sentía admiración por los caprichos de los demás. Si bien se defendía, pidiendo sonriente que no se le comprometiera, porque era hombre formal, se le llevó triunfalmente al salón desde el vestíbulo. Luego, ante la multitud de blancas manos que se tendían hacia él:

—Vamos—dijo—ocupen ustedes sus respectivos puestos... Pero debo advertir a ustedes que

me tengo por clásico y que no cuento ni con dos céntimos de imaginación.

Las parejas se sentaron alrededor del salón en todos los asientos de que se pudo echar mano; los jóvenes fueron en busca hasta de las sillas de hierro de la estufa. Era aquel un cotillón monstruo. El señor de Saffré que tenía el recogido aspecto de un cura oficiando, eligió por dama a la condesa de Vanska, cuyo traje de coral le preocupaba en extremo. Cuando cada cual se hallaba en el sitio que le correspondía, lanzó una larga mirada a aquella hilera circular de faldas, flanqueada cada una por un traje negro. Y dió la señal a la orquesta, cuyos metales resonaron. Cabezas había que se inclinaban a lo largo del sonriente cordón de los rostros.

Renata se había negado a tomar parte en el cotillón. Mostraba alegría nerviosa desde el comienzo del baile, bailando apenas, mezclándose en los grupos y sin permanecer tranquila en ninguna parte. Sus amigas encontraban algo singular en ella. Durante la velada había estado hablando en hacer un viaje en globo con un célebre aeronauta de que se ocupaba todo París. Cuando el cotillón dió principio, sintióse contrariada por no poderse mover a sus anchas y se mantuvo en la puerta del vestíbulo, dando apretones de manos a los hombres que se retiraban y hablando con los íntimos de su marido. El barón Gouraud, a quien se llevaba un lacayo, envuelto en un abrigo de pieles, le tributó su último elogio por su traje de Otaitiana.

Entretanto el señor Toutin-Laroche estrechaba la mano de Saccard.

—Máximo cuenta con usted—le dijo éste.

—Perfectamente—contestó el nuevo senador. Y volviéndose hacia Renata:

—Señora—le dijo,—no he felicitado a usted... Ya tenemos al muchacho colocado.

Y como ella exhibiese una sonrisa de admiración:

—Mi mujer nada sabe todavía—repuso Saccard...—Esta noche ha quedado convenido el matrimonio de la señorita de Mareuil y de Máximo.

Renata continuó sonriendo, inclinándose ante el señor Toutin-Laroche, quien hablaba diciendo:

—El contrato lo firman ustedes el domingo, ¿no es así? Yo tengo que ir a Nevers para un negocio de minas, pero ya estaré de vuelta.

Quedóse sola en medio del vestíbulo. Ya no se sonreía, y a medida que iba penetrando en lo que acababa de saber, sentíase pasto de un gran estremecimiento. Contempló las colgaduras de terciopelo rojo, las plantas raras, los jarrones de mayólica, con mirada fija. Y luego dijo en alta voz:

—Es preciso que le hable.

Y volvió al salón; mas tuvo que quedarse a la entrada porque una figura del cotillón obstruía el paso. La orquesta tocaba en sordina un motivo de vals. Las damas se hallaban cogidas de las manos formando un círculo, uno de esos ruidos de niñas cantando *Giroflé girofla*; y daban vuelta con la mayor velocidad posible, tirándose de los brazos, riendo y deslizándose. En el centro, un caballero—era el malicioso señor Simpson,—llevaba en la mano una larga banda color de rosa; poníala en alto, con ademán del pescador que lanza el esparavel; mas no se daba la mayor prisa, pues le resultaba chistoso, sin duda, el que aquellas damas diesen vueltas y vueltas hasta cansarlas. Hallábanse ya jadeantes y pedían compasión. Entonces lanzó la banda, e hizo lo con tanta destreza, que fué a enrollarse en los hombros de las señoras de Espanet y de Haffner, que, juntas, daban vueltas. Era aquella una broma del americano. Quiso en seguida valsar con las

dos señoras a la vez, y habíalas cogido ya a ambas por la cintura, a la una con el brazo derecho y a la otra con el izquierdo, cuando el señor de Saffré, con su severa voz del rey del cotillón, dijo:

—No se baila con dos señoras:

Pero mister Simpson no quería dejar así como así ambas cinturas. Adelina y Susana se tumbaban riéndose a más no poder en sus brazos. Comentábase el hecho, las señoras se disgustaban, el desorden se prolongaba, y los trajes negros, en los huecos de las ventanas se preguntaban unos a otros cómo saldría Saffré con gloria de caso tan delicado. Pareció, efectivamente, por un instante perplejo, como ideando un refinamiento de gracia para poner de su parte a los que reían. Por último, con la sonrisa en los labios, cogió a las señoras de Espanet y de Haffner, cada una por una mano, les hizo una pregunta al oído, y, recibida la respuesta, se dirigió en seguida al señor Simpson:

—¿Escoge usted la verbena o la hierba doncella?

El señor Simpson, algo aturullado, contestó que se decidía por la verbena. Entonces el señor Saffré le dió la marquesa, diciendo:

—Aquí tiene usted la verbena.

Se aplaudió discretamente y se encontró aquello muy bonito. El señor de Saffré era un director de cotillón "que jamás se quedaba corto"; tal fué la expresión de aquellas señoras. Durante este tiempo la orquesta había reanudado, en todos los tonos, el motivo de vals, y el señor Simpson, después de haber dado la vuelta al salón valsando con la señora de Espanet, la acompañó a su sitio.

Renata pudo pasar al fin. Habíase mordido los labios hasta hacerse sangre, en presencia de todas "aquellas necedades". Consideraba el colmo de la estupidez el que aquellos caballeros y seño-

ras se arrojasen bandas y que tomasen nombres de flores. Zumbábanle los oídos, y una furiosa impaciencia la impelia a lanzarse bruscamente de cabeza para abrirse paso. Atravesó el salón rápidamente, tropezando con las rezagadas parejas que volvían a sus asientos. Fuese en derecha a la estufa. No había visto ni a Luisa ni a Máximo entre los bailarines, y tenía por seguro que deberían de encontrarse allí, en algún hueco de follaje, reunidos por aquel instinto de picardías y de tunantadas, que les inducía a buscar los rinconcitos, en cuanto se encontraban solos en alguna parte. Pero visitó inútilmente la semi-obscuridad de la estufa. Tan sólo divisó en el fondo de una bóveda, a un buen mozo que besaba religiosamente las manos de la pequeñuela señora Daste, murmurando:

—Ya me lo tenía dicho la señora de Lauwerens; usted es un ángel.

Aquella declaración en su casa, en la estufa, la ofendió. En realidad, la señora de Lauwerens habría debido llevar su comercio a otra parte. Renata habría encontrado un gran consuelo, a haber podido arrojar de sus habitaciones a toda aquella gente que tan alto gritaba. De pie, delante de la taza de la fuente, fijábase en el agua y se preguntaba en dónde Máximo y Luisa se habrían podido ocultar. La orquesta seguía tocando aquel vals cuyo amortiguado balanceo le trastornaba el corazón; era insoportable, no había medio de reflexionar en su propia casa. No sabía ya qué pensar. Olvidaba que los jóvenes no estaban aún casados, y encontraba muy natural y sencillo el que se hubiesen ido a acostar. En seguida pensó en el comedor y subió corriendo la escalera de la estufa. Pero en la puerta del gran salón, vióse detenida por segunda vez por una figura del cotillón.

—Estos son los "Puntos negros", señoras—de-

cía galantemente el señor de Saffré.—Es invención mía y dedico a ustedes las primicias.

Reíase mucho, y los caballeros explicaban la alusión a las jóvenes. El emperador acababa de pronunciar un discurso, en que aseguraba, en el horizonte político, la presencia de ciertos "puntos negros". Los tales puntos negros, sin que se supiera por qué, habían tenido suerte. El ingenio parisiano se había apoderado de aquella expresión, hasta el punto de que, de ocho días a aquella parte, aplicábase todo a los puntos negros. El señor de Saffré colocó a los caballeros a uno de los extremos del salón, haciendo que volviesen la espalda a las señoras, que se las había dejado al otro extremo. Luego les ordenó que se levantasen los faldones del frac, de manera que ocultasen la parte posterior de la cabeza, operación que se realizó en medio de loca alegría. Encorvados, con los hombros comprimidos y con los faldones de los fraques no pasándoles de la cintura, los caballeros aparecían verdaderamente horribles.

—No se rían ustedes, señoras mías—gritaba el señor de Saffré con la más cómica seriedad,—o les mando poner sus encajes sobre la cabeza.

El regocijo fué en aumento. Y se valió energicamente de su soberanía ante algunos de aquellos caballeros que se negaban a ocultar sus cogotes.

—Ustedes son los "puntos negros"—decía,—cúbranse las cabezas y no enseñen más que la espalda, es preciso que estas señoras no vean más que negro... Ahora anden ustedes, mézclense los unos con los otros, para que no puedan ser conocidos.

Reíanse todos hasta descoyuntarse. Los "puntos negros" iban y venían sobre sus delgadas piernas, con balanceos de cuervos sin cabeza. Vióse la camisa de un caballero con la punta del tirante. Aquellas damas no podían más, se aho-

gaban y pedían misericordia; y entonces el señor de Saffré tuvo a bien ordenarles que fuesen en busca de los "puntos negros". Partieron, como una bandada de perdigones, con gran ruido de faldas. Luego, al final de la carrera, cada una cogió al caballero que le deparó la suerte. Fué aquel un barullo inexplicable. Y, en hilera, las improvisadas parejas se desprendían y daban la vuelta al salón valsando al más ruidoso diapasón de la orquesta.

Renata se mantenía apoyada en la pared, y dirigía la vista, pálido el rostro y con los labios apretados. Un anciano caballero se acercó para preguntarle cortésmente por qué no bailaba. Ella debió de sonreír y contestar algo; luego huyó de allí y entró en el comedor. En medio de los aparadores saqueados, de las botellas y platos tirados por el suelo, Máximo y Luisa cenaban con toda tranquilidad, al extremo de la mesa, el uno al lado del otro, sobre una servilleta que habían extendido. Parecía que se hallaban a sus anchas, riéndose en aquel desorden, entre aquellos vasos sucios, entre aquellos platos manchados de grasa, entre aquellos restos, tibios aun, de la glotonería de las cenas de guante blanco. Habíanse contentado con sacudir las migajas que había a su alrededor. Bautista se paseaba gravemente a lo largo de la mesa, sin tener una mirada para aquella habitación, que parecía haber sido atravesada por una manada de lobos; hallábase en espera de que los criados llegasen para poner un tanto de orden en los aparadores.

Todavía Máximo había podido reunir una cena muy confortante. Luisa se parecía por los almendrados de pistacho, de los que había quedado un plato lleno en lo alto de un aparador. Tenían delante tres botellas de champaña empezadas ya.

—Tal vez papá se ha ido—dijo la joven.

—Mejor que mejor—contestó Máximo,—yo la acompañaré a usted.

Y como ella se riese:

—Ya sabe usted que resueltamente se desea que me case con usted. Ya no es una broma, la cosa es seria... ¿Qué es lo que vamos a hacer así que estemos casados?

—Pues haremos lo que hacen los demás.

Aquella broma se le había escapado antes de la cuenta; así es que repuso vivamente, como para retirarla:

—Iremos a Italia, lo que será un bien para mi pecho. Estoy muy enferma... ¡Ah, pobre Máximo mío, qué mujer más chusca va usted a tener! No abulto más que dos sueldos de manteca.

Y se sonreía con un finte de tristeza que contrastaba con su vestido de paje. Una tos seca hizo subir rojizas manchas a sus mejillas.

—Es el almendrado—dijo Luisa.—En casa me lo tienen prohibido... Acérqueme el plato; quiero meterme lo que queda en el bolsillo.

Y hallábase vaciando el plato, cuando Renata entró. Acercóse en derechura a Máximo, haciendo inauditos esfuerzos para no blasfemar y para no sacudir las liendres a aquella corcovada, a quien encontraba allí, a la mesa con su amante.

—Quiero hablarte—balbuceó con sordo acento.

Máximo titubeaba sobrecogido de pavor y temiendo una entrevista.

—A ti solo, sin perder un instante—repetía Renata.

—Vaya usted, Máximo—dijo Luisa con su mirada indefinible.—De paso procurará usted encontrar a mi padre. En todas las veladas se me pierde.

Se levantó Máximo y trató de detener a la joven en medio del comedor, para preguntarle qué

era lo que con tanta prisa quería decirle. Mas ella repuso entre dientes:

—Sígueme o lo canto todo delante de la gente.

Máximo se puso muy pálido y la siguió con obediencia de animal vapuleado. Creyó que Bautista la miraba, mas en aquella ocasión importábase un bledo las penetrantes miradas de aquel lacayo. En la puerta el cotillón la detuvo por tercera vez.

—Espera—masculló Renata.—Esos imbéciles no acabarán.

Y le cogió la mano para que no intentara escaparse.

El señor de Saffré colocaba al duque de Fozán con la espalda contra la pared, en un ángulo del salón, al lado de la puerta de comedor. Puso una dama delante de él, luego un caballero, espalda con espalda, después otra señora delante del caballero, y todo esto en una hilera, pareja por pareja, cual larga serpiente. Como las bailarinas charlaban y se retardaban:

—Vamos, señoras—gritó—a su sitio todas para las "Columnas".

Llegaron, y las "columnas" quedaron formadas. La indecencia que resultaba, el encontrarse por tal modo cogidas, apretadas entre dos hombres, apoyadas en la espalda de uno y teniendo delante de sí el pecho del otro, regocijaba mucho a las señoras. Los pezones de sus senos rozaban las solapas de los fraques y las piernas de los caballeros desaparecían entre las faldas de las bailarinas, y cuando una súbita alegría hacía inclinar una cabeza, los bigotes de enfrente veíanse precisados a apartarse para no llevar las cosas hasta el beso. Un bromista tuvo la ocurrencia de dar un ligero empujón; la fila se estrechó, y los fraques trabaron conocimiento aun más íntimo con las faldas; oyéronse ahogados gritos y risitas, risitas que no acababan ya. Oyóse a la baro-

nesa de Meinhold que decía: "Pero, caballero, usted me ahoga; no me estruje usted tanto", lo que pareció tan gracioso, produjo a toda la hilera risa tan loca, que las "columnas", conmovidas, vacilaban, se entrechocaban y se apoyaban unas con otras, para no medir el suelo. El señor de Saffré, con las manos en alto dispuesto a dar la señal, esperaba. Por fin, dió unas palmadas, y, a este aviso, todos se volvieron de repente. Las parejas que se hallaban fronteras unas de otras, se cogieron por la cintura, y la fila descargó en el salón su rosario de valsadores. Unicamente el pobre duque de Rozán, al volverse, se encontró con las narices pegadas a la pared. Todos se mofaron de él.

—Ven—dijo Renata a Máximo.

La orquesta continuaba tocando el vals, aquella música afeminada, cuyo monótono ritmo languidecía a la larga, redoblaba la exasperación de la joven. Dirigióse al saloncillo, llevando a Máximo de la mano; y, empujándole en la escalera que conducía al gabinete tocador:

—Sube—le ordenó.

Ella le siguió. En aquel instante, madama Sidonia, que había rodado toda la noche en torno de su cuñada, admirada de sus incesantes paseos a través de las habitaciones, llegaba precisamente a la escalinata de la estufa. Vió las piernas de un hombre hundirse en medio de las finieblas de la escalerilla. Una pálida sonrisa iluminó su rostro de cera, y, recogiendo su falda de hechicera para andar más de prisa, buscó a su hermano, descomponiendo una figura del cotillón, y dirigiéndose a los domésticos con quienes se tropezaba. Encontró por último a Saccard con el señor Mareuil, en la pieza inmediata al comedor y que, provisionalmente, se había transformado en fumadero. Ambos padres hablaban de dote, de contrato; mas tan luego como su hermana le dijo

una palabra al oído, Saccard se levantó, le rogó que le dispensara y desapareció.

Allá arriba, en el gabinete tocador, reinaba el mayor desorden. Acá y allá, sobre los asientos veíase el disfraz de la ninfa Eco con las mallas desgarradas, trozos de encajes arrugados, ropa blanca en montones, todo lo que la prisa de una mujer esperada deja en pos de sí. Los diminutos utensilios de marfil y de plata yacían por doquier; había cepillos, limas caídas sobre la alfombra; y las toallas húmedas aún, las pastillas de jabón olvidadas sobre el mármol, los frascos que quedaron destapados, difundían, en la tienda de color de carne, un fuerte y penetrante olor. La joven, para quitarse el blanco de brazos y hombros, se había empapado en la bañera de mármol color de rosa, después de los cuadros al vivo, y extensas placas irisadas se redondeaban sobre la superficie del agua ya fría.

Máximo, pisando un corsé, a punto estuvo de medir el suelo y trató de reír. Mas daba diente con diente ante el duro semblante de Renata. Acercóse a él, empujándole, y le dijo en voz baja:

—¿Con que te vas a casar con la jorobada?

—En modo alguno — murmuró Máximo. — ¿Quién te ha dicho eso?

—¡Eh! no mientas, es inútil...

El joven se sublevó. Teníale inquieto y quería acabar con ella.

—Pues bien, sí, me caso. ¿Y qué? ¿Acaso no soy dueño de obrar como me acomode?

Renata se le acercó con la cabeza algo inclinada, con risa maligna y cogiéndole por las muñecas:

—¡Dueño! ¡dueño tú!... Bien te consta que no. La dueña aquí soy yo. A ser una mujer mala, te rompería los brazos; tú no tienes más fuerza que una niña.

Y como Máximo forcejease, le retorció los bra-

zos con toda la nerviosa fuerza que le daba la cólera que la dominaba. Lanzó un débil grito y entonces le soltó, diciendo:

—No lleguemos a pegarnos; como ves, la ventaja estaría de mi parte.

El joven se quedó pálido, con la vergüenza del dolor que sentía en sus muñecas. Mirábala ir y venir en el gabinete; veíala arrojar al suelo los muebles, reflexionando, decidiendo la ejecución del plan que le bailaba por la cabeza, desde el punto y hora en que su marido le había dado parte del casamiento.

—Voy a encerrarte aquí—le dijo por último, —y tan pronto como apunte el día, partiremos para el Havre.

Máximo palideció aún más, de inquietud y de estupor.

—¡Pero eso es una locura!—exclamó.—No podemos irnos juntos. ¡Pierdes la cabeza!...

—Es posible. En ese caso, tú y tu padre sois los que me la habéis hecho perder... Te necesito y me apodero de ti; ¡tanto peor para los imbéciles!

Resplandores rojizos brillaban en sus ojos. Y prosiguió, volviendo a acercarse a Máximo y abrasándole el rostro con su aliento:

—¿Qué sería de mí si llegases a casarte con la jorobada? Haríais burla y chacota de mí, me vería tal vez obligada a volver a tomar a ese gran belitre de Mussy, que ni capaz sería de calentarme los pies... Cuando se ha hecho lo que hemos hecho nosotros, hay que permanecer juntos. Por lo demás la cosa es evidente, me aburro cuando no te tengo a mi lado, y como me voy, te llevo conmigo... Puedes decir a Celeste lo que quieres que te traiga de tus habitaciones.

El desventurado tendía las manos en actitud suplicante:

—Vamos, Renata mía, no hagas semejante ne-

cedad; vuelve en ti... Piensa en el escándalo que se movería...

—¡Me río del escándalo! Si te niegas, bajo al salón y digo a grito herido que he dormido contigo y que eres bastante villano para querer casarte ahora con la jorobada.

El joven inclinó la cabeza, la escuchó, doblegándose ya, aceptando aquella voluntad que por tan ruda manera le infundía respeto.

—Iremos al Havre—continuó en voz más baja, acariciando su ensueño,—y de allí pasaremos a Inglaterra. Si no nos creemos bastante lejos partiremos para América. Nadie nos volverá a fastidiar. Yo, que siempre tengo frío, me encontraré allí a pedir de boca. Muchas veces he envidiado a las criollas...

Pero a medida que desarrollaba su proyecto, el terror volvía a apoderarse de Máximo. ¡Dejar a París, irse tan lejos con una mujer que, con seguridad, estaba loca, dejar tras de sí una historia cuyo vergonzoso carácter le desterraba para siempre! aquello era una pesadilla atroz que le ahogaba. Buscaba con desesperación el medio de salir de aquel gabinete de tocado, de aquel retiro color de rosa en donde resonaba el lúgubre tañido de Charenton. Creyó haber dado con él.

—Pero es el caso que no tengo dinero—dijo con dulzura, a fin de no exasperarla.—Si me encierras no me lo podré proporcionar.

—Lo tengo yo—contestó ella con expresión de triunfo. Cuento con cien mil francos; todo se arregla a las mil maravillas...

Sacó del armario de espejo la escritura de cesión que su marido le había dejado, con la vaga esperanza de que cambiaría de pensar. Púsola sobre la mesa de tocado y obligó a Máximo a que le llevase pluma y tintero que se encontraban en la alcoba, apartó los jabones, y firmando la escritura:

—Mira—le dijo—la tontería queda hecha. Si resulto robada, es porque así lo he querido... Pasaremos por casa de Larsonneau antes de ir a la estación... Ahora, Maximito mío, te voy a encerrar, y nos escaparemos por el jardín, tan luego como haya dejado a toda esa gente a la puerta. Ni siquiera necesitamos llevar maletas.

Y volvía a ponerse alegre. Aquella calaverada la llenaba de contento; era la mayor de las excentricidades; una determinación que, en aquella devoradora fiebre, le parecía del todo original. Aquello sobrepujaba en gran manera a su deseo de viajar en globo.

Fué a coger a Máximo en sus brazos, murmurando:

—Hace un instante te hice mal, pobre amor mío. Te negabas... Ya verás qué bonito resultará todo. ¿Acaso la corcovada te querría como te quiero yo?... Esa negrilla ni siquiera es una mujer...

Se reía, lo atraía hacia ella y le besaba en los labios, cuando cierto rumor les hizo volver la cabeza. Saccard se hallaba en pie en el umbral de la puerta.

Reinó un silencio terrible. Lentamente Renata desprendió sus brazos del cuello de Máximo; no bajaba la frente, sino que continuaba mirando a su marido con sus grandes y fijos ojos de muerta, mientras que el joven, anonadado, lleno de terror, se tambaleaba, con la cabeza baja, ahora que no se hallaba sostenido por los brazos de Renata. Saccard, aterrado ante aquel terrible golpe que hacía despertar en él al esposo y al padre, no se adelantaba; hallábase lívido y les abrasaba desde lejos con el fuego de sus miradas. En el húmedo y aromático ambiente de la habitación, las tres bujías flameaban enhiestas, con la inmovilidad de ardientes lágrimas. Y, rompiendo el silencio, el terrible silencio, un hálito de música

se abría paso por la angosta escalera, se deslizaba, se anudaba, se dormía sobre la nevada alfombra, en medio de la desgarrada malla y de las faldas arrastradas por el suelo.

El marido se adelantó después. Un anhelo de brutalidad le amorataba el rostro, y apretaba sus puños como para aplastar a los culpables. La cólera, en el interior de aquel hombrecillo turbulento, estallaba con estrépitos de armas de fuego. Lanzó un ahogado rugido de mofa, y acercándose aún más:

—Le anunciabas tu casamiento, ¿no es cierto?

Máximo retrocedió y se arrimó a la pared.

—Escucha—balbuceó—es ella la que...

Iba a acusarla villanamente, a arrojar sobre ella el crimen, a decir que quería robarle, a defenderse con la humildad y los temblores del muchacho sorprendido infraganti; mas le faltaron las fuerzas y las palabras se le secaron en la garganta. Renata conservaba su rigidez de estatua, su muda provocación. Entonces Saccard, sin duda para encontrar un arma, lanzó una rápida mirada a su alrededor. Y al extremo de la mesa tocador, en medio de los cepillos para uñas y de los peines, divisó la escritura de cesión, cuyo papel sellado amarilleaba el mármol. Miró el documento y después a los culpables. Luego, inclinándose, notó que la escritura estaba firmada. Sus ojos pasaban del tintero destapado a la pluma húmeda aun, dejada al pie del candelabro. Ante aquella firma quedóse parado y con ademán reflexivo.

El silencio parecía prolongarse, las llamas de las bujías se alargaban y el vals parecía mecerse a lo largo de las tapicerías con mayor molición aun. Saccard se encogió imperceptiblemente de hombros. Miró de nuevo a su mujer y a su hijo con semblante reconcentrado, como para arrancar a sus rostros una explicación que no podía encontrar. Acto seguido dobló la escritura y se la metió en el bolsillo

del frac. Sus mejillas habían palidecido por completo.

—Has hecho muy bien en firmar, querida amiga—dijo con dulzura a su mujer...—Son cien mil francos los que ganas. Esta tarde te haré entrega del dinero.

Casi se sonreía, y tan sólo en sus manos se percibía un ligero temblor. Dió algunos pasos agregando:

—Se ahoga uno aquí !Vaya una idea la de venir a tramar alguna de vuestras jugarretas a este baño de vapor!...

Y dirigiéndose a Máximo, que había levantado la cabeza sorprendido ante la sosegada voz de su padre:

—Vamos, vente—repuso.—Te había visto subir y te buscaba para que te despidieses del señor Mareuil y de su hija.

Ambos hombres bajaron hablando juntos. Renata se quedó sola, en pie en mitad del gabinete tocador, mirando la abierta puerta de la escalerilla, por la cual acababa de ver desaparecer los hombros del padre y del hijo. No le era dable apartar los ojos de aquel hueco. ¡Cómo podía aquello ser! Se habían marchado tranquilamente, como amigos. ¡Y aquellos dos hombres no se habían aplastado! Prestaba atento oído, y escuchaba si alguna lucha atroz no hacía rodar los cuerpos por la escalera. Nada. En aquellas tibias tinieblas tan sólo se oía rumor de baile, un prolongado vaivén. Creyó oír, en lontananza, las risas de la marquesa y la clara voz del señor de Saffré. ¿Acaso el drama había terminado?... Su crimen, los besos en el gran lecho gris y rosa, las feroces noches de la estufa, todo aquel amor maldito que la había abrasado durante meses, llegaba a aquel desenlace pedestre e inoble. Su marido lo sabía todo y ni siquiera le pegaba. Y el silencio que reinaba en torno suyo, aquel silencio en que se difundía el interminable vals, la es-

pantaba mucho más que el ruido de un asesinato. Tenía miedo de aquella paz, miedo de aquel gabinete suave y discreto, rebosante de amoroso perfume.

Distinguió su figura en el alto espejo del armario. Acercóse admirada al verse, olvidada de su marido, olvidada de Máximo, preocupada tan sólo por la extraña mujer que tenía delante de ella. La locura iba en aumento. Sus cabellos amarillos, recogidos sobre las sienes y la nuca, parecíanle una desnudez, una obscenidad. La arruga de la frente marcaba tan profunda huella, que dibujaba una sombría línea por encima de los ojos, cual la herida estrecha y azulada de un latigazo. ¿Quién la había marcado por tal manera? Su marido, no obstante, no le había levantado la mano. Y sus labios la admiraban por su palidez y sus ojos de miope parecíanle muertos. ¡Qué vieja se veía! Inclinó la frente y al verse en sus mallas y en su ligera blusa de gasa, se contempló, bajó los ojos, con sonrojos repentinos. ¿Quién la había desnudado? ¿qué era lo que hacía en aquel desorden de muchacha que descubre hasta el vientre? Ya no lo sabía. Mirábase los muslos redondeados por la malla, las caderas, cuyas ondulantes líneas seguía con la vista bajo la gasa, su busto entero, por demás transparente; y se avergonzaba de sí misma, y un desprecio de su cuerpo la henchía de sorda cólera contra los que así la dejaban con simples anillos de oro en tobillos y muñecas para ocultarle la piel.

Indagando entonces, con la idea fija de una inteligencia que se anega, qué era lo que hacía allí, desnuda por completo ante el espejo aquel, se transportó de un salto bruscamente a su infancia, volvió a verse a los siete años, en la grave obscuridad del hotel Béraud. Hizo memoria de un día en que la tía Isabel las había vestido, a ella y a Cristina, en los días de Navidad, con trajes de lana gris con cuadros colorados. ¡Cuán contentas se mostraban con

aquellos vestidos semejantes! La tía las mimaba demasiado, y llevó las cosas hasta el extremo de regalarles sendos brazaletes y collares de coral. Las mangas eran largas y el corpiño les llegaba hasta la barba, las joyas se extendían sobre la tela, lo que les parecía de lo más bonito. Acordábase Renata también de que su padre se hallaba allí y que se sonreía con semblante de tristeza. En aquel día su hermana y ella, en la habitación de las niñas, se habían estado paseando como grandes personajes, sin jugar, para no ensuciarse los vestidos. Más tarde, en el colegio de la Visitación, sus compañeras la habían hecho burla por su "traje de Pierrot", que le llegaba hasta las yemas de los dedos y que le subía hasta por encima de las orejas. Durante la clase se había puesto a llorar. En la hora de asueto, para que no volvieran a mofarse de ella, se había remangado las mangas y se metió para adentro el cuello del corpiño. Y el collarito y la pulsera de coral le parecían más bonitos sobre el cutis de su cuello y brazo. ¿Si habría sido aquél el día en que empezó a ponerse desnuda?...

Veía desarrollarse su vida ante ella. Asistía a su largo azoramiento, a aquel alboroto del oro y de la carne que se había apoderado de ella, invadiéndola hasta las rodillas, hasta el vientre, luego hasta los labios, cuya oleada sentía ahora llegarle a la cabeza, golpeándole el cráneo con precipitados golpes. Era aquello como una ponzoñosa savia que le había debilitado los miembros, le había llevado al corazón excrecencias de vergonzosas ternuras y hecho brotar en el cerebro caprichos de enferma y de ser irracional. Aquella savia la planta de sus pies la había cogido en la alfombra de su carruaje, en otras alfombras también, en todas aquellas sedas y terciopelos sobre los cuales andaba desde su casamiento. Los pasos de otras gentes debían de haber dejado allí aquellos envenenados gérmenes, manifestados a la sazón en su sangre y que se le difundían

por las venas. Tenía muy presente su infancia. Cuando era pequeña dominábanla mil curiosidades. Y aun más tarde, tras de aquella violación que la había arrojado al mal, la abochornaba baldón tan grande. Es indudable que habría llegado a ser mejor, a haber permanecido haciendo media junto a la tía Isabel. Y oía el candencioso tic-tac de las agujas de la tía, mientras miraba fijamente en el espejo, para leer aquel porvenir de paz que de ella había huído. Mas tan sólo veía sus sonrosados muslos, sus sonrosadas caderas, aquella singular mujer de rosada seda que tenía delante de ella y cuyo cutis de raso fino, con apretadas mallas, parecía formado para preciosos arlequines y muñecas. A esto era a lo que había llegado Renata, a ser una gran muñeca, cuyo desgarrado seno tan sólo deja oír un hilito de voz. Entonces, ante las enormidades de su vida, la sangre de su padre, aquella sangre burguesa que la atormentaba en sus horas de crisis, gritó en su interior y se rebeló. La que había temblado siempre a la idea del infierno, debería haber vivido en el fondo de la lóbrega severidad del hotel Béraud. ¿Quién, pues, la había desnudado?

Y en la azulada obscuridad del espejo creyó ver alzarse las figuras de Saccard y de Máximo. Saccard, negruzco, zumbón, con su color ferroso, con su sardónica sonrisa y con sus delgadas piernas, era una voluntad, un carácter. De diez años a aquella parte veíale en la fragua, entre las chispas del metal enrojecido, con la carne abrasada, jadeante, golpeando siempre, manejando martillos veinte veces más pesados que lo que permitían sus brazos, con riesgo de aplastarse a sí mismo. Ahora le comprendía, apareciéndosele engrandecido por aquel esfuerzo sobrehumano, por aquella bellaquería enorme, por aquella idea fija de llegar a una inmensa e inmediata fortuna. Recordábale saltando obstáculos, revolcándose en pleno lodo, y sin parar mientes en detenerse para limpiarse, a fin de llegar

antes de la hora, sin detenerse siquiera para gozar en el camino, masticando sus monedas de oro sin dejar de correr. Luego la linda y rubia cabeza de Máximo se le representaba tras los rudos hombros de su padre; tenía su clara sonrisa de mujer, sus insustanciales ojos de mujerzuela que no se bajaban nunca, y su raya en mitad de la frente, enseñando la blancura de su cráneo. Burlábase de Saccard y calificábale de burgués al tomarse tanto trabajo para ganar un dinero que el joven se comía con tan encantadora pereza. Vivía mantenido: sus manos largas y delicadas hablaban de sus vicios. Su epíladado cuerpo tomaba cansadas actitudes de mujer hastiada. En todo su sér, ruin y flojo, en que se deslizaba el libertinaje con la suavidad de agua tibia, no brillaba siquiera el relámpago de la curiosidad del mal. Se sometía. Y Renata, al ver las dos apariciones salir de las tenues sombras del espejo, retrocedió un paso, vió que Saccard la había lanzado como un envite, como una puesta de fondos, y que Máximo se había encontrado allí para recoger aquel luis caído del bolsillo del especulador. La joven quedaba como un valor en la cartera de su marido; impelíala a los tocados de una noche, a los amantes de una estación; retorcíala en las llamas de su fragua, sirviéndose de ella como de un metal precioso, para dorar el hierro de sus manos. Paso a paso el padre la había vuelto sobrado loca, sobrado indigna, para los besos del hijo. Si Máximo era la empobrecida sangre de Saccard, ella, por su parte, tenía por el producto, por el agusanado fruto de aquellos dos hombres, por la infamia que entre ambos habían cavado y en que rodaban uno y otro.

Ahora comprendía; ellos eran los que la habían desnudado. Saccard había desabrochado el corpiño y Máximo había dejado caer la falda. Después, ambos a dos, acababan de arrancarle la camisa. Ahora se encontraba sin un jirón, y con las ajoreas

de oro, como una esclava. Hacía un instante que la miraban y no eran buenos para decirle: "Estás desnuda". El hijo temblaba como un cobarde, se estremecía a la sola idea de ir hasta el término de su crimen, negándose a seguirla en su pasión. El padre, en vez de matarla, la había robado; aquel hombre castigaba a la gente vaciándole los bolsillos; una firma caía como un rayo de sol en medio de la brutalidad de su ira, y, como venganza, se llevaba la firma. Luego había visto que los hombros de ambos se hundían en las tinieblas. Nada de sangre en la alfombra, ni un grito, ni una queja. Eran unos viles: la habían desnudado.

Hizo memoria de que una vez tan sola había leído en el porvenir, el día en que, ante las susurrantes sombras del parque de Monceaux, la idea de que su marido la mancharía y la lanzaría un día a la locura, había venido a amedrentar sus deseos siempre crecientes. ¡Ah! ¡cuánto sufría su pobre cabeza! ¡en qué grado sentía, en tal hora, la falsedad de aquella imaginación, que la llevaba a creer que vivía en una esfera bienaventurada de goces y de impunidad divinas! Había vivido en el país del oprobio, y veíase castigada por el abandono de todo su cuerpo, por la muerte de su sér que agonizaba. Lloraba por no haber escuchado los elocuentes acentos de aquellos árboles.

Su desnudez le excitaba la cólera. Volvió la cabeza y miró a su alrededor. El gabinete de tocado conservaba la pesadez del almizclado olor, su tibio silencio, a donde los compases del vals continuaban llegando, como los últimos y moribundos círculos en una superficie líquida. Aquella debilitada risa de lejana voluptuosidad, pasaba sobre ella como intolerables burlas. Tapóse los oídos para no oír más. Entonces se fijó en el lujo del gabinete. Alzó los ojos a la rosada tienda, hasta a la corona de plata que dejaba distinguir un mofletado amorcillo que aparejaba su flecha; detúvose en los muebles,

en el mármol de la mesa-tocador, atestada de frascos y de útiles que ya no conocía; dirigióse a la bañera, llena aún y cuya agua se hallaba en reposo; rechazó con el pie las telas arrojadas sobre el blanco-raso de los sillones, el traje de la ninfa Eco, las faldas, las toallas olvidadas. De todo aquello se alzaban voces de vergüenza; el vestido de la ninfa Eco hablábale del juego aquel que había aceptado por la originalidad de ofrecerse a Máximo en público; la bañera exhalaba el olor de su cuerpo; el agua en que se había sumergido difundía por la habitación su fiebre de mujer enferma, la mesa, con sus jabones y sus aceites, los muebles con sus redondeces de lecho, hablábanle brutalmente de su carne, de sus amores, de todas aquellas inmundicias que quería olvidar. Volvió al centro del gabinete, con el rostro amoratado, sin saber a dónde huir para alejarse de aquel perfume de alcoba, de aquel lujo que se descotaba con impudencia de prostituta, ostentando los rosados miembros. La estancia se ofrecía desnuda como ella; la rosada bañera, el rosado cuero de los tapices, los rosados mármoles de las dos mesas, se animaban, se estiraban, se apelotonaban, rodeándola con orgía tal de voluptuosidades vivientes que cerró los ojos, bajó la frente, abismándose bajo los encajes del lecho y de las paredes que la aplastaban.

Pero, en la obscuridad, volvió a ver la mancha de carne del gabinete-tocador, y percibió además la suavidad gris de la alcoba, el oro mate del saloncito, el verde crudo de la estufa, todas aquellas cómplices riquezas. Allí era en donde sus pies habían cogido la ponzoñosa savia. No habría dormido con Máximo sobre un jergón, ni en el fondo de una buhardilla; habría sido demasiado innoble. La seda había dado coquetería a su crimen. Y soñaba en arrancar todas aquellas blondas, en escupir sobre aquella seda, en destrozarse su gran lecho a punta-

piés, en arrastrar su lujo en cualquier arroyo, del que saliese tan ajado y tan sucio como ella.

Cuando abrió de nuevo los ojos se acercó al espejo, volvióse a mirar y se examinó de cerca. Estaba acabada; se vió muerta. Todo su rostro le anunciaba que el desquiciamiento cerebral tocaba a su fin. Máximo, aquella última perversión de sus sentidos, había terminado su obra, agotado su cuerpo, desconcertado su inteligencia. Ya no tenía alegrías que sentir, ni esperanzas de despertar. Ante aquella idea una salvaje cólera encendióse en su interior. Y en última crisis de deseo soñó con apoderarse otra vez de su presa, expirar en brazos de Máximo y llevárselo consigo. Luisa no podía casarse con él, Luisa sabía que no era para ella, ya que los había visto besarse en los labios. Entonces se echó en los hombros un abrigo de pieles, para no atravesar el baile completamente desnuda. Y bajó.

En el saloncito se encontró cara a cara con la señora Sidonia, la cual, para disfrutar del drama, había vuelto a situarse en la escalinata de la estufa. Mas no supo a qué carta quedarse cuando Saccard apareció con Máximo y cuando contestó brutalmente a las preguntas que le hizo en voz baja, que había estado soñando y que nada había absolutamente. Después madama Sidonia olfateó la verdad; púsose amarilla como la cera y encontró la cosa demasiado fuerte. Y, con toda suavidad, se fué a pegar el oído a la puerta de la escalera, en la espera de que oiría llorar a Renata allá arriba. Cuando la joven abrió la puerta, una de las hojas casi abofeteó a su cuñada.

—Usted me está espiondo—le dijo montando en cólera.

Pero la señora Sidonia le contestó con soberano desdén:

—¿Acaso me ocupo yo de tus porquerías?

Y recogiendo su falda de hechicera, y retirándose con majestuosa mirada:

—Niña mía—le dijo—no es culpa mía si te suceden accidentes... Mas yo no guardo rencor, ¿lo oyes? Y has de saber muy bien que habrías encontrado y que encontrarás aún en mí una segunda madre. En mi casa te espero, cuando bien te venga en talante.

Renata no la escuchaba. Entró en el gran salón y atravesó una figura muy complicada del cotillón, sin percatarse de la sorpresa que producía su abrigo de pieles. En medio de la pieza había grupos de damas y de caballeros que se mezclaban unos con otros agitando banderolas, y la aflautada voz del señor de Saffré decía:

—Vamos, señoras, "la guerra de Méjico"... Es preciso que las damas que figuran las malezas, extiendan sus faldas en redondo y se queden en el suelo... Ahora los caballeros dan vuelta en torno a las malezas... Después, cuando dé yo una palmada, cada uno de ellos valseará con su maleza.

Y dió la palmada. Los instrumentos de metal tocaron y el vals volvió a lanzar las parejas alrededor del salón. La figura había tenido escaso éxito. Dos damas se habían quedado sobre la alfombra trabadas con sus faldas. La señora Daste declaró que lo que la divertía en "la guerra de Méjico" era tan sólo el hacer "un queso" con sus faldas, como en el colegio.

Renata, una vez en el vestíbulo, encontró a Luisa y a su padre, a quienes Saccard y Máximo acompañaban. El barón Gouraud había partido ya. Madama Sidonia se retiraba con los Mignon y Charrier, en tanto que el señor Hupel de la Noue acompañaba a la señora Michelin, de quien su marido iba en pos discretamente. El prefecto había empleado el resto de la velada en hacer la corte a la linda morena. Acababa de decidirla a que pasase un mes del verano en su distrito, en donde se veían antigüedades por demás curiosas.

Luisa, que cuscurreaba como quien nada hacía

el almendrado que tenía en el bolsillo, fué acometida de un acceso de tos, en el instante de salir.

—Tápate bien—le dijo su padre.

Y Máximo se apresuró a apretar más todavía el lazo del capuchón de su salida de baile. La joven levantaba la barba y se dejaba envolver. Mas cuando la señora Saccard se presentó, el señor de Mareuil volvió atrás para despedirse. Ambos permanecieron allí hablando un instante. Renata, queriendo explicar su palidez y su temblor, dijo que había sentido frío y que había subido a su habitación para echarse a los hombros aquel abrigo de pieles. Y espía el momento en que pudiese hablar hajo a Luisa, que la miraba con su curiosa tranquilidad. Mientras los hombres seguían estrechándose las manos inclinóse y murmuró:

—Usted no se casará con él, ¿eh? Eso no es posible. Usted sabe bien que...

Pero la niña la interrumpió, irguiéndose, y diciéndole al oído:

—¡Oh! viva usted tranquila, me lo llevo... Eso nada importa, pues partimos para Italia.

Y sonreía, con su sonrisa vaga de viciosa esfinge. Renata quedó balbuciente. No comprendía, imaginábase que la corcovada se mofaba de ella. Después, cuando los Mareuil se hubieron alejado repitiendo muchas veces: "Hasta el domingo", miró a su marido, miró a Máximo con espantados ojos, y, viéndolos tan tranquilos, en actitud satisfecha, se ocultó el rostro entre las manos, echó a huir y se refugió en el fondo de la estufa.

Las avenidas estaban desiertas. Los espesos follajes dormían, y sobre la pesada superficie de la fuente dos capullos de ninfea se abrían lentamente. Renata habría querido llorar; pero aquel húmedo calor, aquel olor penetrante que le era conocido, le subía a la garganta y ahogaba su desesperación. Miraba a sus plantas, al borde de la concha, a aquel sitio de la arena amarilla, en donde extendía la piel

de oso el último invierno. Y cuando alzó los ojos todavía volvió a ver una figura del cotillón, allá en el fondo entre las dos puertas que se habían dejado abiertas.

Era aquél un ruido ensordecedor, una refriega confusa en que, en un principio, tan sólo se distinguían voladoras faldas y piernas negras, paseando y dando vueltas. La voz del señor de Saffré gritaba: "¡El Cambio de señoras! ¡el Cambio de señoras!" Y las parejas pasaban en medio de finísimo polvo amarillo; cada caballero, después de haber dado tres o cuatro vueltas de vals, echaba a su dama en brazos del vecino, quien a su vez le lanzaba la suya. La baronesa de Meinhold, en su traje de Esmeralda, caía de manos del conde de Chibray a las de mister Simpson; éste la recogía, saliera lo que saliera, por un hombro, mientras que la punta de sus guantes se deslizaba bajo el corpiño. La condesa Vanska, como una amapola, haciendo sonar sus colgantes de coral, iba de un salto del pecho del señor de Saffré al del duque de Rozán, a quien enlazaba y a quien obligaba a hacer piruetas durante cinco compases, para cogerse en seguida a la cadera de Mr. Simpson, que acababa de lanzar la Esmeralda al director del cotillón. Y las señoras de Teissiere, de Dasle, de Lauwerens, lucían como grandes joyas vivientes, con la rubia palidez del Topacio, el azul celeste de la Turquesa y el ardiente azul del Zafiro, abandonábanse un momento, se cimbreaban sobre la extendida mano de un valsador; después se separaban de nuevo y se volvían de espaldas o de cara, para recibir en hilera los abrazos de todos los hombres del salón. Entretanto la señora de Espanet, delante de la orquesta, había conseguido coger al paso a la señora de Haffner y se puso a valsar con ella sin quererla soltar. El Oro y la Plata bailaban juntos amorosamente.

Renata se dió cuenta entonces de aquel torbellino de faldas, de aquel pataleo de piernas. Estaba

situada en parte baja y veía la furia con que se movían los pies, el revoltijo de las charoladas botas y de los tobillos blancos. A veces se le figuraba que un viento huracanado iba a levantar los vestidos. Aquellos hombros, aquellos brazos desnudos, aquellas cabelleras que volaban, que se arremolinaban, tan pronto recogidas, como lanzadas y vueltas a coger, en el fondo de aquella galería en donde el vals de la orquesta enloquecía, en donde las rojas tapicerías desmayaban bajo los últimos ardores del baile, parecióle como la tumultuosa imagen de su propia vida, de sus desnudeces, de sus abandonos. Y experimentaba tal dolor al pensar en que Máximo, para tomar a la corcovada en sus brazos acababa de lanzarla allí, a aquel sitio en que se habían amado, que pensó en arrancar un tallo del Tanghin que le rozaba la mejilla y mascarle hasta la madera. Pero le faltó valor y se quedó ante el arbusto tiritando bajo el abrigo de pieles que sus brazos atraían y oprimían estrechamente, con profundo ademán de aterrorizada vergüenza.

VI

Tres meses más adelante, en una de esas tristes mañanas de primavera que traen a París la obscuridad y la sucia humedad del invierno, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza del Chateau-d'Eau, y se internaba, con otros cuatro señores, en el boquete de demoliciones que abría paso al futuro bulevar del Príncipe Eugenio. Formaban los cinco una comisión de investigación que el jurado de las indemnizaciones enviaba sobre el terreno para justipreciar ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amigablemente con el Municipio.

de oso el último invierno. Y cuando alzó los ojos todavía volvió a ver una figura del cotillón, allá en el fondo entre las dos puertas que se habían dejado abiertas.

Era aquél un ruido ensordecedor, una refriega confusa en que, en un principio, tan sólo se distinguían voladoras faldas y piernas negras, paseando y dando vueltas. La voz del señor de Saffré gritaba: "¡El Cambio de señoras! ¡el Cambio de señoras!" Y las parejas pasaban en medio de finísimo polvo amarillo; cada caballero, después de haber dado tres o cuatro vueltas de vals, echaba a su dama en brazos del vecino, quien a su vez le lanzaba la suya. La baronesa de Meinhold, en su traje de Esmeralda, caía de manos del conde de Chibray a las de mister Simpson; éste la recogía, saliera lo que saliera, por un hombro, mientras que la punta de sus guantes se deslizaba bajo el corpiño. La condesa Vanska, como una amapola, haciendo sonar sus colgantes de coral, iba de un salto del pecho del señor de Saffré al del duque de Rozán, a quien enlazaba y a quien obligaba a hacer piruetas durante cinco compases, para cogerse en seguida a la cadera de Mr. Simpson, que acababa de lanzar la Esmeralda al director del cotillón. Y las señoras de Teissiere, de Dasle, de Lauwerens, lucían como grandes joyas vivientes, con la rubia palidez del Topacio, el azul celeste de la Turquesa y el ardiente azul del Zafiro, abandonábanse un momento, se cimbreaban sobre la extendida mano de un valsador; después se separaban de nuevo y se volvían de espaldas o de cara, para recibir en hilera los abrazos de todos los hombres del salón. Entretanto la señora de Espanet, delante de la orquesta, había conseguido coger al paso a la señora de Haffner y se puso a valsar con ella sin quererla soltar. El Oro y la Plata bailaban juntos amorosamente.

Renata se dió cuenta entonces de aquel torbellino de faldas, de aquel pataleo de piernas. Estaba

situada en parte baja y veía la furia con que se movían los pies, el revoltijo de las charoladas botas y de los tobillos blancos. A veces se le figuraba que un viento huracanado iba a levantar los vestidos. Aquellos hombros, aquellos brazos desnudos, aquellas cabelleras que volaban, que se arremolinaban, tan pronto recogidas, como lanzadas y vueltas a coger, en el fondo de aquella galería en donde el vals de la orquesta enloquecía, en donde las rojas tapicerías desmayaban bajo los últimos ardores del baile, parecióle como la tumultuosa imagen de su propia vida, de sus desnudeces, de sus abandonos. Y experimentaba tal dolor al pensar en que Máximo, para tomar a la corcovada en sus brazos acababa de lanzarla allí, a aquel sitio en que se habían amado, que pensó en arrancar un tallo del Tanghin que le rozaba la mejilla y mascarle hasta la madera. Pero le faltó valor y se quedó ante el arbusto tiritando bajo el abrigo de pieles que sus brazos atraían y oprimían estrechamente, con profundo ademán de aterrorizada vergüenza.

VI

Tres meses más adelante, en una de esas tristes mañanas de primavera que traen a París la obscuridad y la sucia humedad del invierno, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza del Chateau-d'Eau, y se internaba, con otros cuatro señores, en el boquete de demoliciones que abría paso al futuro bulevar del Príncipe Eugenio. Formaban los cinco una comisión de investigación que el jurado de las indemnizaciones enviaba sobre el terreno para justipreciar ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amigablemente con el Municipio.

Saccard renovaba el afortunado golpe de la calle de la Pepinière. Para que el nombre de su mujer desapareciese por completo, imaginó primero una venta de los terrenos y del café-concierto. Larsonneau cedió la totalidad a un supuesto acreedor. La escritura de venta rezaba la cantidad colosal de tres millones. Aquella cantidad era tan exorbitante que la comisión del Ayuntamiento, cuando el agente de expropiación, en nombre del propietario imaginario, reclamó el precio de compra como indemnización, no quiso nunca conceder más de dos millones quinientos mil francos a pesar del sordo trabajo del señor Michelin y los alegatos del señor Toutin-Laroche y del barón Gouraud. Saccard esperaba aquel contratiempo, rechazó el ofrecimiento y dejó que el expediente fuese al jurado, del que precisamente formaba parte con el Sr. de Mareuil, por una casualidad a que debía de haber prestado ayuda. Y de esta suerte se vió encargado, con cuatro de sus colegas, de hacer una información sobre sus propios terrenos.

El señor de Mareuil le acompañaba. Entre los otros tres jurados hallábanse un médico que se fumaba un cigarro y a quien importaban un comino los cascotes sobre los cuales tenía que saltar, y dos industriales, de los cuales uno, fabricante de instrumentos de cirugía, había sido en otro tiempo amolador en las calles.

El camino en que se engolfaron aquellos señores era horroroso. El suelo, empapado, habíase convertido en un río de barro, entre las casas demolidas en aquel camino trazado en plena tierra movediza, en donde los carros de transporte se hundían hasta los ejes. A ambos lados había lienzos de pared, agujereados por la piqueta, que permanecían en pie; altas construcciones, con su interior descubierto, dejaban ver sus descoloridas entrañas, dando al viento sus cajas de escaleras vacías, sus habitaciones hendidas, colgantes, semejantes a los des-

trozados cajones de algún grande y feo, mueble. Nada más doloroso que los papeles pintados de aquellas habitaciones, cuadrados amarillos o azules que se iban en jirones, indicando a la altura de cinco o seis pisos, pobres cuartitos, angostos agujeros, en donde tal vez toda la existencia de un hombre había transcurrido. Sobre las dismanteladas paredes, huecos de chimeneas ascendían unos junto a otros, con bruscos ángulos de lúgubre negrura. Una veleta olvidada rechinaba al borde de un techo, mientras que los canalones, medio desprendidos, colgaban cual si fueran pingajos. Y la abertura se dilataba más y más, en medio de aquellas ruinas, semejante a una brecha que el cañón hubiese abierto; el arroyo, apenas indicado aún, lleno de escombros, presentaba montones de tierra, profundos charcos de agua, extendiéndose bajo el cielo gris, en la siniestra palidez del polvo de yeso que caía, y como guarnecida por los enlutados filetes de los negros huecos de las chimeneas.

Aquellos señores con sus botas bien embetunadas, con sus levitas y sombreros de última moda, transmitían una nota especial a aquel paisaje fangoso, de amarillo sucio, por donde tan sólo pasaban pálidos obreros, caballos llenos de barro hasta los lomos y carricoches cuyas maderas desaparecían bajo una costra de polvo. Iban en fila, uno detrás de otro, saltando de piedra en piedra, evitando los charcos de barro movedizo, hundiéndose a veces hasta los tobillos y blasfemando al sacudir los pies. Saccard había hablado de ir a tomar la calle de Charonne, lo que les habría ahorrado tal paseo en aquellas tierras hundidas; pero, por desgracia, tenían que visitar muchos inmuebles en la larga línea del bulevard; la curiosidad les aguijaba y se habían decidido a pasar por en medio de los trabajos. Por otra parte, aquello les interesaba muchísimo. Parábanse a veces en equilibrio sobre un montón de cascote resbalando sobre una senda, al-

zaban la vista y se llamaban unos a otros para indicarse un gran hoyo, un trozo de chimenea suspendido en el aire, una viga caída sobre un techo cercano. Aquel rincón de ciudad destruida, al salir de la calle del Temple, les parecía de lo más chistoso.

—Esto es curioso en verdad—decía el señor de Mareuil.—Mire usted, Saccard, mire usted aquella cocina de allá arriba; allí quedó una vieja sartén colgada sobre el fogón... La veo perfectamente.

Pero el médico, con el cigarro en la boca, se había plantado delante de una casa demolida, de la que tan sólo quedaban las habitaciones de los bajos, llenas de los cascotes de los demás pisos. Un solo lienzo de pared se alzaba sobre el montón de escombros; para echarlo abajo de un solo golpe había se le rodeado de una cuerda, de la que tiraban unos treinta hombres.

—No lo conseguirán—decía el médico.—Tiran demasiado a la izquierda.

Los otros cuatro señores habían vuelto atrás para ver caer la pared. Y los cinco, con la vista fija, conteniendo la respiración, esperaban el derrumbamiento con estremecimientos de gozo. Los obreros aflojaban, después se afirmaban bruscamente y gritaban: "¡Ohe!... ¡iza!"

—No lo conseguirán—repetía el médico.

Después, al cabo de unos segundos de ansiedad:

—¡Ya se mueve, ya se mueve!—dijo alegremente uno de los industriales.

Y cuando el paredón cedió por fin, cayendo con espantoso estruendo y levantando una nube de yeso, aquellos señores se miraron sonriendo; sentíanse admirados. Las levitas se les cubrieron de finísimo polvo, que les dejó blancos brazos y hombros.

Entonces pusiéronse a hablar de los trabajadores, prosiguiendo su prudente marcha a través de los charcos. No abundaban gran cosa los buenos; por lo general eran todos unos holgazanes. unos

despilfarradores, testarudos a más no poder y no soñando más que en la ruina de los patronos. El señor de Mareuil, quien, desde hacía un instante, miraba tembloroso dos pobres diablos encaramados en un techo emprendiéndola a piquetazos con una pared, emitió la idea de que aquellos hombres, sin embargo, demostraban un gran valor. Los demás volvieron a detenerse, levantaron los ojos hacia los demoledores, encorvados, en equilibrio, y golpeando con todas sus fuerzas; apartaban las piedras con el pie y las miraban tranquilamente destrozarse allá abajo; si sus piquetas diesen en falso, el solo impulso de sus brazos les precipitaría a lo hondo.

—¡Bah! todo es la costumbre—dijo el médico llevándose el cigarro a los labios.—No son más que brutos.

En esto ya habían llegado a uno de los inmuebles que debían de inspeccionar. Desempeñaron su trabajo en un cuarto de hora y prosiguieron su paseo. Poco a poco fueron perdiendo su horror al barro: marchaban por en medio de los charcos, renunciando a la esperanza de preservar sus botas. Así que hubieron pasado la calle de Ménilmontant, uno de los industriales, el antiguo amolador, mostróse inquieto. Tendía la vista a su alrededor y ya no sabía el barro en que se hallaba. Decía que había vivido por allí, hacía más de treinta años, a su llegada a París, y que tendría un verdadero placer si encontrase aquel sitio. Continuaba huroneando con la mirada, cuando la vista de una casa que la piqueta de los demoledores había dividido ya por mitad, detúvole en seco en medio del camino. Fijóse en la puerta, en las ventanas, y después señalando con el dedo un lado de la demolición, exclamó en voz alta:

—¡Héla aquí, la conozco!

—¿Qué?—preguntó el médico.

—Mi habitación, ¡pardiez! ¡Es la misma!

Era, en el quinto piso, una reducida habitación,

que debería dar antiguamente a un patio. Una pared ya derribada dejábala al descubierto, desmantelada, destruída ya por uno de sus lados, con su papel de grandes ramas amarillas, del cual un rasgón enorme se agitaba al viento. Veíase aún el hueco de un armario, a la izquierda, tapizado con papel azul, y al otro lado el agujero de una estufa, en donde se encontraba un pedazo de tubo.

La emoción sobrecogía al antiguo obrero.

—Allí pasé cinco años—murmuró.—Las cosas no andaban muy al pelo, que digamos, en aquellos tiempos; pero lo mismo daba, uno era joven... Vean ustedes allí el armario; allí fué donde guardé mis economías, trescientos francos reunidos sueldo a sueldo. Y el hueco de la estufa; aun me acuerdo del día en que lo abrí. El cuarto no tenía chimenea, hacía un frío de mil demonios, tanto más cuanto que no muy a menudo éramos dos.

—Vamos—interrumpió el médico bromeando,—que nadie le pide a usted confidencias. Usted ha hecho de las suyas, como cada hijo de vecino.

—Es mucha verdad—prosiguió ingenuamente el buen hombre.—Todavía me acuerdo de cierta planchadora de la casa de enfrente... Miren ustedes, la cama estaba a la derecha, junto a la ventana... ¡Oh, pobre habitación mía, buena me la han puesto!

Y en verdad estaba triste.

—Vamos, amigo—dijo Saccard—no es ningún mal el que se echen abajo esas viejas casucas. En su lugar van a edificarse hermosas viviendas con piedra de talla... Por ventura ¿habitaría usted todavía semejante zaquizamí? Mientras que ahora podría usted muy bien instalarse en el nuevo bulevar.

—Eso es verdad—contestó de nuevo el fabricante, que pareció consolado.

La comisión investigadora se detuvo todavía en dos inmuebles. El médico se quedaba a la puerta,

fumando y dirigiendo la vista al cielo. Cuando llegaron a la calle de los Amandiers las casas iban viéndose cada vez más diseminadas; tan sólo cruzaban ya grandes cercas, terrenos sin cultivo, en donde se alzaban algunas casuchas medio derribadas. Saccard parecía regocijarse con aquella excursión a través de las ruinas. Acababa de traer a la memoria la comida que en pasados tiempos tuvo con su primera mujer en los cerrillos de Montmartre; acordándose perfectamente haber indicado, con su extendida mano, el corte que dividía a París desde la plaza del Chateau-d'Eau a la barrera del Trono. La realización de aquella lejana predicción le hechizaba. Seguía con la vista el trazado, con alegrías secretas de autor, como si por sí mismo hubiese dado los primeros piquetazos con sus dedos de hierro. E iba saltando los charcos, pensando en que tres millones le esperaban bajo aquellos escombros, al final de aquel río de pingüe fango.

Entretanto aquellos caballeros se creían en el campo. La vía pasaba por medio de jardines, cuyas paredes de cerea habían derribado. Veíanse grandes macizos de lilas en capullo, y los follajes se revestían de color verde claro. Cada uno de aquellos jardines se abría, como un retiro cubierto con la verdura de los arbustos, con su estrecho estanque, una cascada en miniatura, con trozos de pared en donde se veían pintados cuadros de engañifa, bóvedas de verdura en pequeños y azulados fondos de paisaje. Las habitaciones, diseminadas y discretamente ocultas, se asemejaban a pabellones italianos, a templos griegos; el musgo roía el pie de las columnas de argamasa, mientras que las hierbas locas habían resquebrajado la cal de los frontones.

—Esas son casitas—dijo el médico guiñando el ojo.

Mas como vió que aquellos señores no le comprendían, les explicó que los marqueses, en tiempo

de Luis XV, tenían retiros para sus partidas galantes. Aquello estaba de moda.

Y añadió:

—Llamábanlas casitas. Este barrio estaba cuajado de ellas... Muy buenas huelgas se corrieron... ¿eh?

La comisión investigadora había prestado gran atención. A los dos industriales les relucían los ojos, se sonreían y contemplaban con grande interés aquellos jardines, aquellos pabellones a los que ni siquiera habían dado una mirada antes de las explicaciones de su colega. Una gruta les detuvo por largo rato. Mas cuando el médico hubo dicho, al ver una habitación ya empezada a destruir por la piqueta, que reconocía la casita del conde de Savigny, tan célebre por las orgías de aquel noble, toda la comisión dejó el bulevar para ir a visitar las ruinas. Se encaramaron a los escombros y entraron por las ventanas a las piezas del piso bajo; y, como los obreros se habían ido a almorzar, allí se les pasó el tiempo a toda su satisfacción. Permanecieron media hora larga, examinando los rosetones de los techos, las pinturas de encima de las puertas, las molduras deterioradas de aquellos enyesados amarillos por el tiempo. El médico reconstruía la habitación.

—Vean ustedes; esta pieza debe de ser la sala de los festines. Allí, en aquel hueco de la pared, había seguramente un inmenso diván, y no dudo en modo alguno que sobre él había un espejo; aquí tienen ustedes los listones en que se apoyaba... ¡Oh! ¡qué bien sabían gozar de la vida los muy tnanantes!

No se habrían apartado de aquellas viejas piedras que halagaban su curiosidad, si Aristides Saccard, impaciente, no les hubiese dicho riendo:

—Ya pueden ustedes buscar, que lo que es aquellas damas ya no existen... Vamos a nuestros asuntos.

Mas, antes de alejarse, el médico subió a una chimenea para desprender con todo cuidado, con la piqueta, una cabecita de Amorcillo pintada, que se metió en el bolsillo de la levita.

Llegaron por último al término de su excursión. Los antiguos terrenos de la señora de Aubertot eran vastísimos; el café-concierto y el jardín apenas ocupaban la mitad; el resto se veía sembrado de edificios sin importancia. El nuevo bulevar ocupaba aquel gran paralelogramo oblicuamente, lo que había apaciguado uno de los temores de Saccard; estuvo figurándose durante mucho tiempo que tan sólo el café-concierto sería desesquinado. Así era que Larsonneau había recibido orden de levantar el gallo, pues los terrenos anejos de mayor valor, debían cuando menos quintuplicar su importe, y amenazaba al Municipio con servirse de un reciente decreto que autorizaba a los propietarios a no entregar sino el terreno puramente necesario para los trabajos de pública necesidad.

El agente de expropiación fué quien recibió a aquellos señores. Paseólos por el jardín, llevólos a visitar el café-concierto y les enseñó un legajo de papeles enorme. Pero los dos industriales, que habían vuelto a bajar en compañía del médico, le hicieron nuevas preguntas acerca de aquella casita del conde de Savigny, de que tenían llena la imaginación. Escucháronle con la boca abierta, plantados los tres al lado de un juego de tonel. Y les habló de la Pompadour, contándoles los amores de Luis XV, mientras que el señor Mareuil y Saccard continuaban solos la investigación.

—Ya está todo listo—dijo el último volviendo al jardín.—Si ustedes lo tienen a bien, señores, yo me encargaré de redactar el informe.

El fabricante de instrumentos de cirujía ni siquiera llegó a entender; hallábase en plena regencia.

—Y sin embargo, qué tiempos aquellos más divertidos—murmuró.

Luego encontraron un fiacre, calle de Charonne, y se marcharon, llenos de lodo hasta las rodillas, y satisfechos de su paseo como de una partida de campo. En el fiacre la conversación cambió, hablaron de política y dijeron que el emperador hacía grandes cosas. Nunca se había visto nada semejante a lo que acababan de ver. Aquella grande vía tan recta sería soberbia cuando se hubiesen edificado casas.

Fué Saccard quien redactó el informe, y el jurado otorgó tres millones. El especulador atravesaba una situación desesperada y no habría podido esperar ni un mes más. Aquel dinero le salvaba de la ruina y hasta a poco de los tribunales. Dió quinientos mil francos a cuenta del millón que debía al tapicero y al contratista, por el hotel del parque Monceaux. Tapó otros agujeros, lanzóse a nuevas empresas y ensordeció a París con el ruido de aquellos verdaderos escudos que echaba a espuestas en los estantes de su armario de hierro. El río de oro tenía por fin manantial; mas aquello no era todavía una fortuna sólida, encauzada, fluyendo por modo igual y continuo. Saccard, salvado de una crisis, se encontraba miserable con las migajas de sus tres millones; decía ingenuamente que era todavía demasiado pobre y que no se podía detener.

Y el suelo no tardó en volver a crujir bajo sus plantas.

Larsonneau se había portado tan admirablemente en el negocio de Charonne, que Saccard, tras de corta vacilación, llevó su honradez hasta el extremo de darle su diez por ciento y su alboroque de treinta mil francos. El agente de expropiaciones abrió entonces una casa de banca. Cuando su cómplice, con avinagrado acento, le acusaba de ser más rico que él, el guapote de guantes amarillos contestaba riendo:

—Verá usted, querido maestro, usted es un gerifalte para eso de hacer llover monedas de cien sueldos, pero no sabe usted recogerlas.

Madama Sidonia se aprovechó del afortunado golpe de su hermano para pedirle prestados diez mil francos, con los cuales se fué a pasar dos meses a Londres. Volvióse sin un cuarto, y nunca se supo a dónde los diez mil francos habían ido a parar.

—¡Caramba! eso cuesta mucho — contestaba cuando se le hacían preguntas.—He registrado todas las bibliotecas, y tenía tres secretarios para mis investigaciones.

Y cuando se le preguntaba si tenía por último datos exactos sobre sus tres mil millones, empezaba por sonreirse misteriosamente y concluía por murmurar:

—Todos sois unos incrédulos... Nada he encontrado, mas esto no importa. Ya veréis, ya veréis un día.

Sin embargo, no había perdido por completo el tiempo en Inglaterra. Su hermano el ministro se aprovechó de su viaje para encargarle una misión delicada, y cuando estuvo de regreso obtuvo importantes pedidos del ministerio. Aquello fué para ella una nueva encarnación; hacía contratos con el gobierno y se encargaba de todos los abastos imaginables. Vendíale víveres y armas para las tropas, mueblajes para las prefecturas y administraciones públicas, leña para la calefacción de oficinas y museos. El dinero que ganaba no fué parte para decidirla a cambiar sus eternos vestidos negros, ni para alterar su rostro amarillo y quejumbroso. Saccard pensó entonces que ella y no otra era la que en tiempos pasados había visto salir furtivamente de casa de su hermano Eugenio. En todo tiempo debía de haber mantenido secretas relaciones con él, para asuntos de que nadie en el mundo estaba en autos.

En medio de aquellos intereses, de aquellas ar-

dientes ansias que no se podían satisfacer, Renata vivía en la mayor angustia. La tía Isabel había muerto; su hermana, casada, había dejado el hotel Béraud, en donde sólo su padre se sostenía en la solemne obscuridad de las espaciosas habitaciones. En una sola estación acabó Renata con la herencia de su tía. Ahora se había entregado al juego, había dado con un salón en que las damas se sentaban ante el tapete verde hasta las tres de la madrugada, perdiendo centenares de miles de francos cada noche. Quiso probar a dedicarse a la bebida; mas no pudo conseguirlo, por experimentar repugnancias invencibles. Desde que se hubo encontrado sola, entregada a aquella ola mundana que la arrastraba, abandonóse más y más, no sabiendo cómo matar el tiempo. Concluyó por probarlo todo, mas nada la conmovió en el inmenso hastío que la agobiaba. Envejecía, circuíansele los ojos de un tinte azul, se le adelgazaba la nariz, y el gesto de sus labios ofrecía risas bruscas y sin ton ni son. Era aquello el fin de una mujer.

Cuando Máximo se hubo casado con Luisa y cuando ambos jóvenes partieron para Italia, no volvió a inquietarse por su amante, y hasta pareció haberle olvidado por completo. Y cuando al cabo de seis meses Máximo volvió solo, habiendo enterrado a la "jorobada" en el cementerio de una pequeña ciudad de Lombardía, demostró un odio profundo. Hizo memoria de *Fedra*, acordóse sin duda de aquel amor envenenado, al que había oído a la Ristori prestar sus sollozos. Entonces, para no volver a tropezarse en su casa al joven, para abrir para siempre un abismo de baldón entre el padre y el hijo, Renata obligó a su marido a enterarse del incesto, refiriéndole que el día en que le había sorprendido con Máximo, era él quien la perseguía hacía mucho tiempo, tratando de violentarla. Saccard se sintió horriblemente contrariado ante la insistencia que empleaba su mujer para querer

abrirle los ojos: tuvo que incomodarse con su hijo, dejar de verle. El joven viudo, rico con la dote de su mujer, se fué a vivir a lo soltero a un hotelito de la avenida de la Emperatriz. Había hecho dimisión de su empleo en el consejo de Estado y vivía a sus anchas. Renata saboreó con aquello una de sus postreras satisfacciones. Vengábase, arrojando al rostro de aquellos dos hombres la infamia que habían puesto en ella, y decíase que en lo sucesivo ya no les vería mofarse de su persona, yendo del brazo el uno del otro, como dos amigotes.

En el derrumbamiento de sus amores llegó un momento en que Renata no tuvo ya más que a su doncella a quien amar. Poco a poco había ido sintiendo por Celeste un afecto maternal. Tal vez aquella muchacha, que era cuanto quedaba a su alrededor del amor de Máximo, traía a su memoria horas de goces muertos para siempre. Quizás tan sólo se sentía conmovida por la fidelidad de aquella sirvienta, de aquel honrado corazón, cuya tranquila solicitud nada parecía conmover. Agradecíale en el fondo de sus remordimientos, el haber asistido a sus bochornosos actos, sin abandonarla de repugnancia; traía a su imaginación las abnegaciones, toda una vida de desprendimiento, para llegar a comprender la tranquilidad de la doncella ante el incesto, sus heladas manos, sus cuidados respetuosos y desinteresados. Y sentíase tanto más feliz por su abnegación, cuanto que sabía que era honrada y económica, sin amantes, sin vicios.

A veces, en sus momentos de tristeza, le decía: —Tú serás, hija mía, quien me cerrará los ojos.

Celeste no contestaba y la miraba con especial sonrisa. Una mañana le dijo con toda tranquilidad que se iba, que se marchaba a su pueblo. Renata se puso a temblar, como si la sobreviniese una gran desgracia. Lamentóse en gran manera y la acosó a preguntas. ¿Por qué la abandonaba cuando se entendían tan bien? Y le ofrecía doblarle el salario.

Pero la doncella, a tan bondadosas palabras, decía que no con la mirada, por modo tan apacible como obstinado.

—Mire usted, señora—concluyó por contestar; —aun cuando me ofreciese usted todo el oro del Perú, no permanecería aquí ni una semana más. Usted no me conoce, señora... Ocho años hace que estoy al lado de usted, ¿no es verdad? Pues bien, desde el primer día me dije: "En cuanto haya reunido cinco mil francos, me iré allá; compraré la casa a Lagache y viviré feliz..." Esta es una promesa que me hice, como usted comprende. Y tengo los cinco mil francos desde ayer, en cuanto me hubo usted pagado mi salario.

A Renata se le encogieron las alas del corazón. Veía a Celeste pasar detrás de ella y Máximo, en tanto que se besaban, y veíala siempre con su indiferencia, con su perfecto desprendimiento, pensando en sus cinco mil francos. Todavía trató de disuadirla, aterrada ante el vacío en que iba a vivir, soñando, a pesar de todo, en conservar a su lado a aquella testaruda bestia, que había tenido por abnegada y que tan sólo resultaba egoísta. La otra sonreía y continuaba moviendo la cabeza, murmurando:

—No, no, eso no es posible. Hasta a mi madre me negaría... Comparé dos vacas y pondré tal vez un pequeño comercio de mercería. Entre nosotros eso resulta muy bonito. ¡Ah! ¡ojalá que usted quisiese venir a verme! Mi pueblo está cerca de Caen; ya le dejaré a usted mi dirección.

Entonces Renata no insistió más, y lloró amargamente en cuanto estuvo sola. Al siguiente día, cediendo a un capricho de enferma, quiso acompañar a Celeste a la estación del Oeste en su propio cupé. Dióle una de sus mantas de viaje, hízole un regalo de dinero y se mostró solícita en torno suyo, como una madre cuya hija emprende algún penoso y largo viaje. En el cupé la miraba con los ojos

arrasados de lágrimas. Celeste hablaba y decía lo contenta que se hallaba de irse. Luego, tomando alas, se desahogó y se puso a dar consejos a su ama:

—Yo, señora, no habría emprendido la vida como usted. Muy a menudo me lo he dicho para mi sayo, cuando la encontraba a usted con el señorito Máximo: "¿Es posible que se pierda por tal modo la chaveta por los hombres?" Eso siempre acaba mal... ¡Por mi parte siempre he desconfiado! Se reía y se retrepaba en el rincón del cupé.

—Mis escudos serían los que habrían tomado el vuelo—proseguía—y hoy mis ojos serían fuentes. Así es que lo mismo era ver un hombre, que armar-me de un mango de escoba. No me he atrevido nunca a decirle a usted nada de esto. Por lo demás todo aquello no me importaba un pepino. Usted era muy libre, y a mí no me tocaba otra cosa que ganar honradamente mi dinero.

En la estación Renata quiso pagar por ella y le tomó clase de primera, y como habían llegado con anticipación, la contuvo estrechándole las manos y repitiéndole:

—Que tengas cuidado y que te traten bien, mi buena Celeste.

Y la muy egoísta se dejaba acariciar. Sentíase feliz viendo los anegados ojos de su señora, con su semblante fresco y sonriente. Renata volvió a hablar de lo pasado; y, bruscamente, la otra exclamó:

—¡Ah! me olvidaba: no le he contado a usted la historia de Bautista, el ayuda de cámara del señor... No le habrán querido decir a usted...

La joven confesó que, en efecto, nada sabía.

—Pues bien, usted hará memoria de sus grandes actitudes de dignidad, de sus miradas desdenosas, usted misma llegaba a hablarme... Todo aquello no era más que comedia... No le gustaban las mujeres y no bajaba a la cocina cuando nos-

otras nos hallábamnos allí; y hasta—ahora lo puedo repetir,—decía que el salón ofrecía un aspecto repugnante a causa de los vestidos descotados. ¡Ya lo creo que no le gustaban las mujeres!

Y se inclinó al oído de Renata y la hizo ruborizar, sin que por ello se alterara la honrada placidez de Celeste.

—Cuando el nuevo muchacho de cuadra—continuó—se lo dijo todo al señor, el señor prefirió despedir a Bautista en vez de entregarlo a la justicia. Y parece que tan sucias cosas se venían sucediendo hace años en las cuadras... ¡Y salir con que aquel gran jayán tenía pasión por los caballos! A los palafreneros era a quienes quería.

La campana la interrumpió. Tomó de prisa y corriendo los ocho o diez lios de que no se había querido separar. Dejose besar y se marchó sin volver la cabeza.

Renata se quedó en la estación hasta que se oyó el silbido de la locomotora. Y, cuando el tren hubo partido, desesperada, ya no supo qué hacer; parecía que los días se extendían ante ella vacíos como aquella gran sala, en donde se había quedado sola. Volvió a subir al cupé y dijo al cochero que volviese al hotel; pero en el camino cambió la idea; tuvo miedo de su habitación, del aburrimiento que la esperaba; no se sentía siquiera con valor para subir a cambiar de traje y dar su acostumbrado paseo alrededor del lago. Necesitaba sol y la presencia de la gente.

Ordenó al cochero que se dirigiera al Bosque. Eran las cuatro. El Bosque se despertaba de la pesada atmósfera de las primeras horas de la tarde. A lo largo de la avenida de la Emperatriz, las humaredas de polvo ascendían, y veíanse a lo lejos las extendidas sábanas de verdura, que limitaban los ribazos de Saint-Cloud y de Suresnes, coronados por los cenicientos vapores del monte Valeria-

no. El sol, que se mantenía aún sobre el horizonte, iba descendiendo y llenaba con polvo de oro los huecos de la hojarasca, iluminaba las altas ramas y cambiaba aquel océano de luz. Pero junto a las fortificaciones, en la avenida del Bosque que conduce al lago, acababan de regar; los carruajes rodaban sobre la obscura tierra, como sobre la lana de una alfombra, en medio de la frescura y del olor a tierra húmeda que se elevaba. A ambos lados, los arbolillos de los sotos, escondían, entre las bajas malezas, la multitud de sus tempranos troncos, perdiéndose en el fondo de una semi-obscuridad verdosa, que los rayos de luz, aquí y allá, cruzaban con fulgores amarillos; y, a medida que se acercaban al lago, las sillas de las aceras eran mayores en número, y las familias sentadas miraban, con rostro reposado y silencioso, el interminable desfile de ruedas. Luego, al llegar a la encrucijada, por delante del lago, el espectáculo era deslumbrador; el oblicuo sol hacía de la redondez del agua un gran espejo de bruñida plata, que reflejaba la resplandeciente faz del astro. La vista iba de un lado a otro, y tan sólo se distinguía, a la izquierda, cerca de la orilla, la obscura mancha de la barca de paseo. Las sombrillas de los carruajes se inclinaban, con movimiento suave y uniforme, hacia aquel esplendor, y no volvían a alzarse sino en la avenida, a lo largo de la sábana de agua, que, desde lo alto del ribazo, tomaba entonces las negras tintas de metales rayados por las bruñidoras de oro. A la derecha, los ramilletes de coníferas alineaban sus columnatas, tallos delgados y rectos, cuyos colores de violeta claro iluminaban los resplandores del cielo; a la izquierda las praderas de césped se extendían, anegadas de claridad, semejantes a campos de esmeraldas, hasta el lejano encaje de la puerta de la Muette. Y, aproximándose a la cascada, mientras que por uno de los lados la media luz de los talleres

volvía a aparecer; las islas, a la otra parte del lago, se alzaban en el ambiente azul, con los rayos de sol de sus orillas, con las enérgicas sombras de sus abetos, al pie de los cuales el Chalet parecía un juguete de niño perdido en un rincón de selva virgen. Todo el bosque se estremecía y reía a la luz del sol.

Renata se avergonzó de su cupé, de su traje de seda color castaña, en aquel esplendente día. Echóse un poco atrás, y con las ventanillas abiertas, contemplaba aquel torrente de luz que se derramaba sobre el agua y sobre el bosque. En los recodos de las avenidas distinguía la hilera de ruedas que giraban como estrellas de oro, en una larga extensión de destumbradores reflejos; las charoladas cajas de los coches, los resplandores de las piezas de cobre y de acero, los vivos colores de los tocados, se alejaban, al trote regular de los caballos, y producían, sobre los horizontes del Bosque, el efecto de una ancha faja móvil, un rayo de luz desprendido del cielo, prolongándose y siguiendo las curvas de la calzada. Y en aquel rayo de luz, la joven, entornando los ojos, veía a cada instante destacarse el rubio moño de una mujer, el negro dorso de un caballo y la blanca crin de un alazán. Las redondas e irisadas copas de las sombrillas resplandecían como lunas de metal.

Entonces, en presencia de aquella esplendente claridad, de aquellas inmensas sábanas de sol, pensó en la menuda ceniza del crepúsculo que había visto caer una noche sobre la amarillenta hojarasca. Máximo la acompañaba. Era la época en que el deseo de poseer a aquel muchacho se despertaba en ella. Y volvía a ver las praderas humedecidas por el aire vespertino, los ensombrecidos sotos, las avenidas desiertas. Las hileras de carruajes pasaban con triste rumor a lo largo de las sillas vacías, al paso que ahora el ruido de las ruedas, el trote de los caballos, resonaban como con alegrías de cha-

ranga. Todos sus paseos al Bosque acudieronle entonces a la memoria. Allí había vivido, Máximo había crecido allí, al lado suyo, sobre los almohadones de su coche. Era aquello su jardín. Sorprendiales la lluvia, el sol volvía a atraerles y la noche no siempre les arrojaba de aquel sitio. Paseábanse allí en todo tiempo, saboreaban los aburrimientos y las alegrías de la vida. En el vacío de su ser, en la melancolía que le había ocasionado la partida de Celeste, aquellos recuerdos le producían una alegría amarga. Su corazón decía: ¡No volverán! ¡no volverán! Y quedóse helada al evocar aquel paisaje de invierno, aquel lago congelado y opaco, sobre el que habían patinado; el cielo se ofrecía de color negruzco, la nieve cosía a los árboles encajes blancos, y el cierzo les arrojaba a los ojos y a los labios imperceptible arena.

Entretanto, a la izquierda, en la vía reservada a los caballeros, había conocido al duque de Rozán, al señor de Mussy y al señor de Saffré. Larsonneau había matado a la madre, al presentarle, al vencimiento, los pagarés por ciento cincuenta mil francos firmados por su hijo, y el duque se comía su segundo millón con Blanca Müller, después de haber dejado los primeros quinientos mil francos en manos de Laura de Aurigny. El señor de Mussy, que había dejado la embajada de Inglaterra por la de Italia, habíase hecho galante; dirigía los cotillones con nuevas gracias. En cuanto al señor de Saffré, seguía siendo el escéptico y el vividor más amable del mundo. Renata le vió dirigir su caballo hacia la portezuela del coche de la condesa Vanska, de la que estaba enamorado como un loco, según se decía, desde la noche en que la había visto de Coral, en casa de los Saccard.

Por lo demás, todas aquellas señoras se encontraban allí, la duquesa de Sternich, en su eterno carruaje de ocho muelles; la señora de Lauwerens,

llevando en frente de ella a la baronesa de Meinhold y a la pequeñuela señora Daste, en un landó; la señora de Teissière y la señora de Guende, en una victoria. En medio de aquellas señoras, Silvia y Laura de Aurigny se repantigaban sobre los almohadones de una magnífica carretela. Hasta la señora Michelin pasó, en el fondo de un cupé; la linda morena había ido a visitar el departamento del señor Hupel de la Noue; y, al regreso, habíasela visto en el Bosque en aquel cupé, al que confiaba en breve agregar una carretela descubierta. Renata distinguió asimismo a la marquesa de Espanet y a la señora de Haffner, las inseparables, ocultas bajo sus quitasoles, riendo con ternura, mirándose mutuamente a los ojos y tendidas una al lado de otra.

Luego pasaron los caballeros siguientes: el señor de Chibrey, en *mail*; el señor Simpson, en *dog-cart*; los señores Mignon y Charrier, más sedientos de dinero cada día a pesar de su ensueño de próxima retirada, en un cupé que dejaban al extremo de las avenidas, para hacer una pequeña caminata a pie; el señor de Mareuil, de luto todavía de su hija, mendigando saludos por su primera interrupción, lanzada el día anterior en el cuerpo legislativo, paseando su importancia política en el carruaje del señor Toutin-Laroche, que acababa nuevamente de salvar al Crédito vitícola, después de haberlo puesto a dos dedos de su ruina, y a quien el senado daba de día en día mayor importancia.

Y, como para cerrar aquel desfile, como última majestad, el barón de Gouraud se aplanaba al sol, recostado sobre dobles almohadones con que se guarneecía su coche. Experimentó Renata una sorpresa, una repugnancia, al conocer a Bautista, al lado del cochero, con su rostro blanco y su solemne ademán. El gran lacayo había entrado al servicio del barón.

Los sotos continuaban alejándose, el agua del

lago se irisaba, bajo los rayos del sol más oblicuos aún, la hilera de los coches prolongaba sus móviles resplandores. Y la joven, dominada también y arrastrada por tan regocijado espectáculo, dábase vaga cuenta de todos aquellos apetitos que se agitaban en medio del sol. No sentía indignación alguna contra aquellos comedores de desperdicios; pero los odiaba por su alegría, por aquel triunfo que los exhibía en pleno polvo de oro del cielo. Presentábanse soberbios y sonrientes; las mujeres se ostentaban, empolvadas y bien mantenidas; los hombres lanzaban vivas miradas, con embelesados ademanes de amantes afortunados. Y ella, en el fondo de su corazón, tan sólo sentía tedio, envidia sorda. ¿Era acaso mejor que los demás para doblegarse por tal modo bajo los placeres? ¿o eran los demás los dignos de alabanza por haber sido dotados con naturaleza más robusta que la suya? Lo ignoraba, apetecía nuevos deseos para empezar de nuevo la vida, cuando, volviendo la cabeza, distinguió, al lado suyo, en la acera que hay a lo largo de los sotos, un espectáculo que le desgarró el corazón con golpe supremo.

Saccard y Máximo andaban pasito a paso del brazo el uno del otro. El padre debió de haber ido a visitar al hijo, y ambos habían bajado, hablando, desde la avenida de la Emperatriz hasta el lago.

—Ya me entiendes—repetía Saccard—eres un bobo... Cuando se tiene dinero como tú, no se le deja dormir en el fondo de los cajones. Hay para ganar ciento por ciento en el negocio de que te hablo. Se trata de una colocación segura. Si así no fuera, no sería yo quien querría comprometerte.

Pero el joven parecía aburrido con tanta insistencia. Sonreía con su gracioso aspecto y dirigía sus miradas a los coches.

—Mira allá abajo aquella mujercita con vestido

color de violeta—dijo de repente.—Es una planchadora que ese animal de Mussy ha “lanzado”.

Ambos dirigieron la vista a la mujer con traje color de violeta. Luego Saccard sacó un cigarro del bolsillo, y dirigiéndose a Máximo, que fumaba, le dijo:

—Dame fuego.

Entonces se pararon un instante, frente a frente, acercando sus rostros. Cuando el cigarro quedó encendido:

—Mira—continuó el padre volviendo a cogerse del brazo del hijo, y apretándolo con fuerza bajo el suyo—serías un imbécil si no escuchases mis consejos. ¡Eh! ¿queda convenido? ¿Me llevarás mañana los cien mil francos?

—Bien sabes que yo ya no voy a tu casa—contestó Máximo mordiéndose los labios.

—¡Bah! ¡tonterías! es preciso que eso acabe de una vez.

Y cuando dieron algunos pasos más sin hablar palabra, en el instante en que Renata, sintiéndose desfallecer, hundía la cabeza en el almohadón del cupé, para no ser vista, un creciente rumor se dejó sentir a lo largo de la fila de coches. Los transeuntes se retenían en las aceras y se volvían, con la boca abierta, siguiendo con la vista algo que se acercaba. Oyóse un ruido de ruedas más marcado, los carruajes se apartaron respetuosamente, y aparecieron dos batidores vestidos de verde, con redondos casquetes, sobre los cuales saltaban borlas de oro, cuyos hilos volvían a caer en forma de cascada. Corrían, un tanto inclinados, al trote de sus grandes caballos bayos. Detrás de ellos dejaban un vacío. Entonces, en este vacío, apareció el emperador.

Iba en el fondo de un landó, solo sobre el asiento posterior. Vestido de negro, con levita abrochada hasta el cuello, llevaba un sombrero de copa alta, ligeramente inclinado y cuya seda brillaba. En

frente de él, ocupando el otro asiento, dos caballeros, trajeados con correcta elegancia, bien acogida en las Tullerías, permanecían serios, con las manos sobre las rodillas, con el mudo ademán de dos invitados a boda paseados en medio de la curiosidad de la multitud.

A Renata le pareció el emperador envejecido. Bajo los grandes bigotes retorcidos con cosmético, su boca se abría con más flojedad. Los párpados aparecían más pesados hasta el punto casi de cubrir los medio apagados ojos, cuyo color gris amarillo se turbaba más y más. Tan sólo la nariz conservaba su perfil seco, en el indeciso semblante.

Entretanto, mientras que las damas de los coches sonreían discretamente, los transeuntes unos a otros, se señalaban al príncipe. Un hombre grueso aseguraba que el emperador era el caballero que daba la espalda al cochero, a la izquierda. Algunas manos se levantaron para saludar; pero Saccard, que se había quitado el sombrero aun antes que los batidores hubiesen pasado, esperó a que el carruaje imperial se encontrase precisamente en frente de él, y entonces gritó con su potente voz provenzal:

—¡Viva el emperador!

El emperador, sorprendido, se volvió, conoció sin duda al entusiasta, y devolvió el saludo sonriendo. Y todo desapareció a la claridad del sol, las hileras de coches se volvieron a cerrar, y Renata ya no veía por encima de las crines de los caballos y por entre las espaldas de los lacayos, sino los verdes casquetes de los batidores, que saltaban con sus borlas de oro.

Permaneció un instante con los ojos del todo abiertos, henchidos con aquella aparición que le recordaba otros instantes de su vida. Parecía que el emperador, al mezclarse en la fila de los carruajes, acababa de transmitir el último rayo necesario y de dar una significación a aquel desfile triunfal.

Entonces aquello era una gloria. Todas aquellas ruedas, todos aquellos hombres condecorados, todas aquellas mujeres con languidez tendidas, desaparecieron en los resplandores y en el rodar del landó imperial. Aquella sensación se convirtió en tan aguda y dolorosa, que la joven experimentó el imperioso deseo de huir de aquel triunfo, de aquel grito de Saccard que le sonaba aún en los oídos, de aquella vista del padre y del hijo, cogidos del brazo, charlando y andando a paso menudito. Con las manos apoyadas en el pecho como abrasado por un fuego interior, buscó remedio a sus males; así fué que con repentina esperanza de alivio y de saludable frescura, inclinóse hacia el cochero y le dijo:

— ¡Al hotel Béraud!

El patio conservaba su frialdad de claustro. Renata dió la vuelta a los arcos, sintiéndose dichosa con la humedad que le caía sobre los hombros. Acercóse al tazón verde con el moho, y reluciente en los bordes por el desgaste, miró la cabeza de león medio borrada, con las fauces entreabiertas, que dejaban caer un hilito de agua por un tubo de hierro. ¡Cuántas veces ella y Cristina habían cogido aquella cabeza en sus brazos de chicuelas, para inclinarse y llegar al hilito de agua, cuyo helado chorro se perecían por sentir en sus manecitas! Subió después la gran escalera silenciosa y distinguió a su padre en el fondo de la hilera de vastas habitaciones; erguía su alta estatura y se perdía lentamente en la obscuridad de la antigua morada, de aquella altiva soledad en donde absolutamente se había enclaustrado desde la muerte de su hermana; y entonces Renata pensó en los hombres del Bosque, en aquel otro anciano, el barón Gouraud, que hacía rodar su carruaje al sol, echado sobre almohadas. Subió más arriba aun, tomó los corredores, las escaleras del servicio, haciendo el viaje a las habitaciones de las niñas. Cuando llegó a lo más

alto, encontró la llave en la cerradura, como de costumbre, grande llave llena de herrumbre, en que las arañas habían tejido su tela. La cerradura dejó oír su plañidero ruido. ¡Qué tristeza en la habitación de las niñas! Oprimiósele el corazón al encontrarla tan vacía, tan silenciosa, tan muda. Cerró la puerta de la pajarera, que se había dejado abierta, con la vaga idea de que por aquella puerta debieron de haber huído las alegrías de su infancia. Detúvose delante de las jardineras, llenas aun con tierra endurecida y agrietada como fango seco, y cortó con los dedos un tallo de rododendron; aquel esqueleto de planta, mezquino y lleno de polvo, era cuanto quedaba de sus vivientes canastillos de verdura. Y la estera, hasta la estera misma, desteñida, roída por los ratones, se extendía con melancolía de sudario que espera desde hace años la muerte prometida. En un rincón, en medio de aquella desesperación muda, de aquel abandono, cuyo silencio arrancaba lágrimas, encontró una de sus antiguas muñecas; todos los sonidos que emitía se habían escapado por un agujero de la cabeza de porcelana, continuaba sonriendo con sus labios de esmalte, sobre aquel flexible cuerpecito que parecía aniquilado con locuras de muñeca.

Renata se ahogaba en aquel mimado ambiente de sus primeros años. Abrió la ventana y contempló el inmenso paisaje. Nada sucio había en él; encontraba sus eternas alegrías, la eterna juventud del aire libre. Tras de ella el sol se debía poner; tan sólo veía los resplandores del astro al descender, dorando con suavidades infinitas aquella parte de la ciudad que tan bien le era conocida; era como la última canción del día, un estribillo de gozo que se adormecía lentamente sobre todo lo creado. Allá abajo, la estacada ofrecía reflejos de leonadas llamas, mientras que el puente de Constantina destacaba el negro encaje de sus cuerdas de fierro sobre la blan-

cura de sus pilares. Luego, a la derecha, las sombras del Mercado de los vinos y del Jardín de Plantas, formaban una gran laguna, con sus aguas estancadas y cubiertas de musgo, cuya verdosa superficie iba a perderse en las brumas del firmamento. A la izquierda, el muelle de Enrique IV y el de la Rapée enfilaban la misma hilera de casas, aquellas casas que las niñas, veinte años antes, habían visto allí, con las mismas manchas oscuras de cobertizos, con las mismas chimeneas rojizas de las fábricas. Y, por encima de los árboles, el apizarrado techo de la Salpêtrière, azulado por el sol, le apareció de repente como un antiguo amigo. Pero lo que la tranquilizaba, lo que llevaba frescura a su pecho eran los dilatados ribazos grises, era sobre todo el Sena, el gigante, que veía venir del lejano horizonte, en derecha hacia ella, como en aquellos dichosos tiempos en que tenía miedo de verlo engrosar y de que subiera hasta la ventana. Acordábase de los amores de ambas hermanas para con el río, de su corriente colosal, del estremecimiento que les ocasionaba aquella agua mugiente, que se extendía cual inmensa sábana a sus pies, abriéndose alrededor y detrás de ellas, en dos brazos que ya dejaban de ver, y cuyas grandes y puras caricias seguían sintiendo. Eran ya coquetas y decían, los días de claro cielo, que el Sena se había puesto su hermoso traje de seda verde tachonado de blancas llamas, y que las corrientes, en que el agua se estremecía, ponían al traje encajes de raso, mientras que en lontananza, más allá del cinturón de los puentes, placas de luz ostentaban paños de tela color de sol.

Renata, alzando los ojos, miró el inmenso cielo, color azul pálido, que se abría ante ella y que se oscurecía poco a poco al desvanecerse el crepúsculo. Pensaba en la ciudad cómplice, en el resplandecimiento de las noches del bulevar, en las ardorosas tardes del Bosque, en los días pálidos y crudos de

los grandes hoteles nuevos. Después, cuando bajó la cabeza y dirigió una nueva mirada al apacible horizonte de su infancia, a aquella parte de ciudad burguesa y obrera en donde soñaba una vida de paz... una última amargura apareció en los labios. Con las manos juntas sollozó al aproximarse la noche.

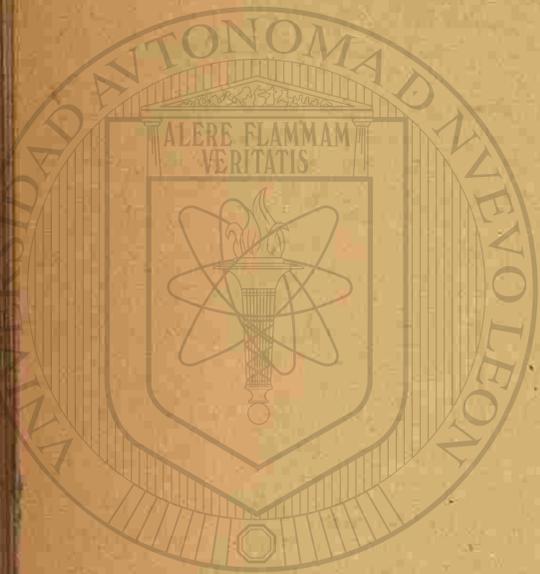
En el siguiente invierno, cuando murió Renata de una meningitis aguda, su padre fué quien pagó sus deudas. La factura de Worms ascendía a doscientos cincuenta y siete mil francos.

F I N

UNIVERSIDAD AVILA
 ANL

UNIVERSIDAD AVILA
 BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AVILA
 BIBLIOTECA DE BIBLIOTECAS



PUBLICACIONES DE LA CASA

HISTORIA UNIVERSAL 43 tomos
CÉSAR CANTÚ
HISTORIA NATURAL 24 tomos
K. ZIMMERMANN
HISTORIA DE LA REVOLU-
CIÓN FRANCESA 12 tomos
A. THIERS
DICCIONARIO FILOSOFICO... 2 tomos
VOLTAIRE

Obras de EMILIO ZOLA
15 títulos

— AVENTURAS DE DETECTIVES —
SHERLOCK HOLMES, NICK CARTER, JIM-NAY,
KING BRADY, ENIGMAS Y NOVELA MAESTRA

— BIBLIOTECA PRÁCTICA —
MANUALES DE CONOCIMIENTOS ÚTILES
Para ser su propio médico.
Para conquistar las mujeres.
Para decir la buena ventura.
Para ser actor.
Para ser magnetizador.
Para ser ventrílocuo.
Para ser mágico.
Para hacer máquinas eléctricas.
Para ser buen jugador.
Para ser detective.

— BIBLIOTECA SELECTA —
DE LOS MEJORES AUTORES
Colección de 90 títulos

La llave del hipnotismo.
Nuevas teorías de hipnotismo.
Hipnotismo teatral.
Hipnotismo y Sugestión.
Magnetismo personal.

CUENTOS INFANTILES
GRAN-SURTIDO

— PIDANSE CATALOGOS GRATIS —

